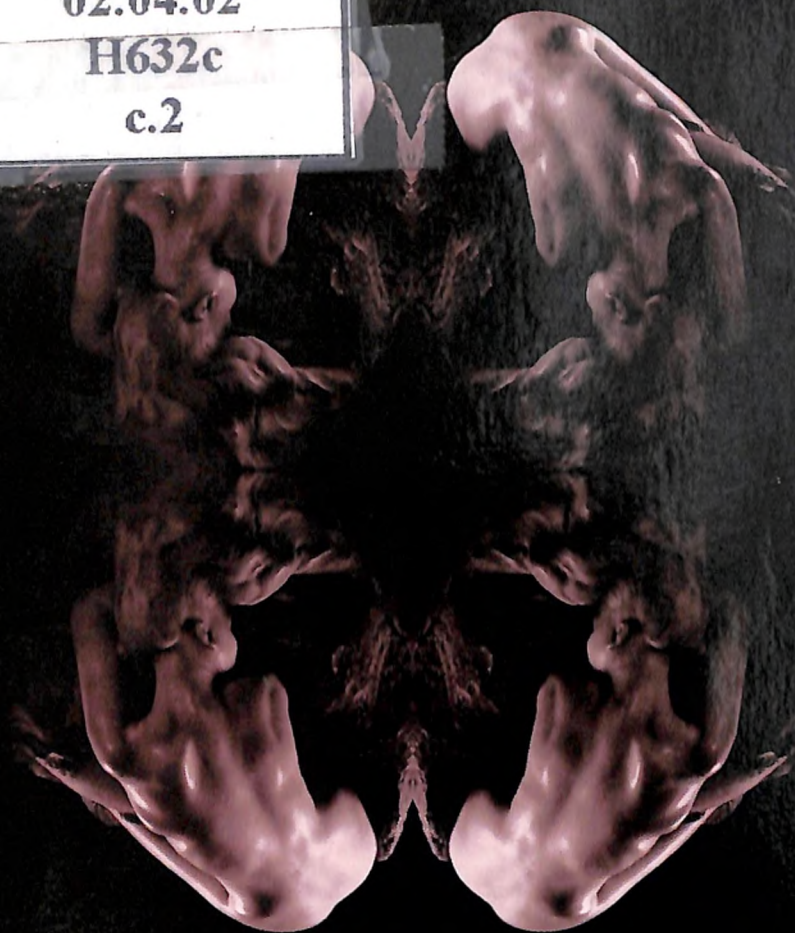


ROXANA HIDALGO XIRINACHS • LAURA CHACÓN ECHEVERRÍA

02.04.02

H632c

c.2



CUANDO LA FEMINIDAD
SE TRASTOCA
EN EL ESPEJO
MATERNIDAD



13803
CIDCACS



COLECCIÓN
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

ROXANA HIDALGO XIRINACHS
LAURA CHACÓN ECHEVERRÍA

CUANDO LA FEMINIDAD
SE TRASTOCA
EN EL ESPEJO
DE LA MATERNIDAD

**Conversaciones con mujeres penalizadas
por cometer infanticidio
Una interpretación psicosocial**



**Editorial de la Universidad de Costa Rica
Colección Instituto de Investigaciones Sociales**

Edición aprobada por la Comisión Editorial
de la Universidad de Costa Rica

Primera edición: 2001

Jefa de Planificación:
María Elena Camacho V.

Jefe de la Editorial:
Nimrod Cabezas M.

Dirección Editorial y Difusión de la
Investigación:
Mario Murillo R.

© Editorial de la Universidad de Costa Rica
Ciudad Universitaria "Rodrigo Facio".
Apdo. 75-2060. Fax: 207-5257
e-mail: editucr@cariari.ucr.ac.cr
San José, Costa Rica.

305.42
H632c

Hidalgo Xirinachs, Roxana

Cuando la feminidad se trastoca en el espejo de
la maternidad : conversaciones con mujeres penali-
zadas por cometer infanticidio : una interpretación
psicosocial / Roxana Hidalgo Xirinachs, Laura Cha-
cón Echeverría. - 1. ed. - San José, C.R. : Editorial
de la Universidad de Costa Rica, 2001.

301 p.

ISBN 9977-67-664-X

1. MUJERES - CUESTIONES SOCIALES Y MO-
RALES. 2. INFANTICIDIO - COSTA RICA. 3. FEMINI-
DAD (PSICOLOGÍA). I. Chacón Echeverría, Laura,
coautora. II. Título.

CIP/976
CC/SIBDI.UCR

Prohibida la reproducción total o parcial.
Todos los derechos reservados.
Hecho el depósito de ley.

CONTENIDO

Primera parte

Entre la feminidad y la maternidad:

¿Encuentro con el desencuentro? 9

Supe que por mi herida me sangraban
otros golpes: acerca de nuestra
contratransferencia 11

La maternidad, la feminidad
y el infanticidio 21

Maternidad y muerte 22

La mujer que deviene madre:
hacia un análisis intrapsíquico 43

Segunda parte

Vidas entrecortadas por el silencio . . . 53

Historias de estas mujeres madres55

Lo inefable: suelo de
infancias imposibles57

El padre: horror que se nutre de un anhelo irrealizable	66
La madre: sombra especular de lo innombrable	76
La pareja: ausencias de quimeras indecibles	99
La maternidad: un río de amor y odio . .	117
Amor, pasión y odio en estas mujeres-madres	119
El parto: alumbramiento de un cuerpo roto, un cuerpo hueco . . .	130
La escena del infanticidio: el doble, el monstruo y el diablo	139
Fue un accidente: no soy madre infanticida	145
Interrogatorio, juicio e ingreso en la cárcel: calabozos y mazmorras	150
La llegada a la cárcel: las internas les gritan “madres asesinas”	159
Salvar su impureza: circular tras las huellas de la maternidad . . .	163

Tercera parte

Imaginario social y sacrificio

<i>en la maternidad</i>	171
--	------------

<i>El imaginario social en estas mujeres madres</i>	<i>173</i>
---	------------

<i>El rostro del otro habitando en sus cuerpos: Los hijos y los hombres . . .</i>	<i>174</i>
<i>Resistencia y silencio en estas voces ausentes</i>	<i>199</i>
<i>La presencia de los otros en sus vidas: La mirada de los familiares cercanos</i>	<i>212</i>
<i>Sacrificio y transgresión en estas mujeres-madres</i>	<i>229</i>
<i>El horror habitando la cotidianidad</i>	<i>229</i>
<i>El cuerpo femenino como un otro insondable, como abyección</i>	<i>236</i>
<i>La presencia de lo abyecto en los sacrificios humanos</i>	<i>246</i>
<i>La madre loca: monstruo de la modernidad</i>	<i>252</i>
<i>Los velos imaginarios de la cotidianidad</i>	<i>270</i>
<i>La multiplicidad de lo corpóreo</i>	<i>275</i>

Cuando la feminidad se trastoca en el espejo ...

Reflexiones finales

Lo siniestro que habita

nuestros sueños281

Epílogo291

Bibliografía295

PRIMERA PARTE

**Entre la feminidad y
la maternidad:
¿Encuentro con el
desencuentro?**

Supe que por mi herida me sangraban otros golpes

**Acerca de nuestra
contratransferencia**

*Hoy caminé en el lado de otro odio
donde ronda el mundo y yo cuando estoy,
y vi la realidad bajo una tempestad.
Supe que por mi herida me sangraban otros golpes
y otras furias también,
y vi la realidad arrodillada frente al mar.
Quiero un disparo
y vestirme de humano en esta suerte.
Quiero la vida, si no la muerte,
serenateando bajo el arco del sol.*

Silvio Rodríguez

¿Qué mayor renuncia a la razón occidental que el infanticidio? ¿Qué mayor caída de los templos y de los dioses cuando todos estos se fundan en una madre que da vida? Madre Tierra, Madre Iglesia, Madre Nuestra, Madre Naturaleza. ¿Qué mayor renuncia a la fe, cuando se da esta caída de la fe hacia los infiernos, hacia las profundidades? ¿Hacia cuáles callejones sin salida nos aventuramos al explorar sobre

la muerte en la maternidad? ¿Por qué preguntarnos sobre el odio en la madre y no sobre el amor que esta puede generar? ¿Cuánto de estas preguntas se vincula con nuestra propia vida? ¿Cuánto en estas preguntas se encuentra entretejido en nuestra historia con nuestras propias madres?

Un estudio muy intenso este que nos propusimos sobre el infanticidio, tal vez el más fuerte que jamás hayamos enfrentado, después de mucho andar entre calles, niños abandonados, prostíbulos, lugares marginales, adolescentes encarcelados, clínica con psicosis y otros.¹ El interés en este estudio surge con María Antonia, la noticia en un periódico,

-
1. Este trabajo corresponde a la primera fase de una investigación más amplia realizada en el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Costa Rica. El estudio llevado a cabo por las autoras de este libro consiste en una interpretación psicosocial de casos de mujeres penalizadas por cometer infanticidio. El análisis de los casos se realizó con base en entrevistas realizadas a las mujeres que se encontraban penalizadas por este delito y que estaban internas en la cárcel de mujeres "El Buen Pastor." Además del Instituto de Investigaciones Sociales, esta primera fase fue apoyada por el Departamento Ecuménico de Investigaciones. Posteriormente, las psicólogas Carmen Caamaño y Constanza Rangel, también investigadoras del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Costa Rica, realizaron la segunda fase de la investigación. Esta fase consistió en el análisis de las relaciones entre infanticidio, maternidad y feminidad, con base en la interpretación psicosocial de las imágenes sobre estas mujeres presentes en los medios de comunicación y en los expedientes judiciales de las mujeres penalizadas por cometer infanticidio. Esta segunda fase de la investigación, también publicada por la

la muerte de un niño. La pregunta sobre la maternidad pertenece a esas preguntas que te persiguen. Esas que te nacen, que a veces parecen asfixiarte y otras veces darte vuelo para pensar en esto que testimoniamos y vivenciamos. No somos nosotros quienes escogemos las preguntas, son las preguntas que nos escogen a partir de nuestra historia, a partir de lo que se construye en nosotros. La pregunta se inserta, se clava en nuestro cuerpo, exactamente allí donde el dolor deja la huella y continúa sangrando. La pregunta se instala allí, en esa herida que se ha cansado del silencio y, por tanto, procura apagar su ardor, entregándose a la búsqueda de un diálogo con otras preguntas, con otros textos, con otras y otros. Con la pregunta de la maternidad se hace presente la pregunta sobre la vida, sobre la muerte que habita la vida y sobre la vida presente en la muerte, sobre la maternidad en su vinculación con la muerte.

Sigamos con la experiencia: después de pasar por los trámites y pruebas de aprobación del proyecto, fuimos a visitar la cárcel de mujeres *El Buen Pastor*; nuestra tarea inicial fue la lectura de expedientes. La revisión de expedientes en relación con estos casos fue

algo frustrante: es más la información que se silencia que la que se encuentra en el expediente. Tanto los funcionarios técnicos como los administrativos que escriben en estos expedientes, generalmente escriben palabras que dicen poco de la vida de estas mujeres.

En relación con el tratamiento y la comprensión de estos casos, vimos que detrás de la técnica psiquiátrica, psicológica, médica, judicial y penal, subyace el desconocimiento frente a los casos mismos. También el contenido de estos expedientes ocasionó en todos nosotros fuertes huracanes internos. Al principio tuvimos miedo de no lograr ninguna entrevista con las internas, debido a una negativa propia de ellas o una negativa implícita o explícita por parte de la institución. Sin embargo, la experiencia no fue así; contrariamente recibimos apoyo y acompañamiento por parte del equipo técnico de la cárcel. Igualmente, las mujeres aceptaron las entrevistas, no sin recelo y desconfianza, como era de esperar ante lo traumático de las experiencias vividas.

Caminando en esta investigación, la tristeza nos ha acompañado ante tanta soledad, ante tantos monstruos del pasado que se hacen presentes en los momentos de desolación, ante la cárcel como alternativa sin respuesta, ante las alternativas inexistentes. Con este

estudio mucho se quedará sin comprender, a pesar de lo mucho que hemos aprendido, no solo de estas mujeres, sino de nosotras mismas como mujeres. En la mayoría de los relatos de vida, la angustia y el horror se encuentran presentes como ausencia, silencio o engaño. A excepción de dos mujeres, que pudieron hablar sobre la escena de la muerte de sus hijos, en las otras mujeres entrevistadas estas escenas quedaron envueltas por un manto de silencio. Hablan y en su discurso se contradicen, hablan con el temor que les representa el otro, la institución y la sociedad que las ha dañado profundamente. Nos hablaron como si nosotras personificáramos de alguna forma, aquella mirada represiva, distante, de los otros que las juzgan, para sentirse lejos de lo que ellas representan: la muerte en la maternidad. El silencio o la deformación de la realidad se esculpen en múltiples instituciones de violencia y de control social. Estas situaciones habitan las conversaciones que se gestan dentro de la institución carcelaria. La cárcel encierra en sí misma una contradicción. Esta se abandera como reforma de los sujetos y llega a ser fábrica de anulación del sujeto, proceso de anonimización, olvido de quien se es, edificación de quien no se es, continuación de una destrucción que ya alguna vez se había iniciado.

Por lo tanto, ¿quién habló en las entrevistas? Un pedazo de ellas, con pedazos de engaño y horror. Habló siempre una mujer silenciada, con retazos de historia que sí sucedieron, con grandes omisiones y con una necesidad de representar el personaje ideal que la sociedad y su condición carcelaria le imponen. En otros momentos no es el silencio el que se impone: no dicen porque no saben. No saben más de sí mismas, de sus acciones, de la historia que habla a través de sus cuerpos. Saben no todo sobre su odio y sobre la forma en que han sido odiadas. Estas mujeres hablan a través de múltiples mecanismos de defensa contra la aceptación de la realidad, que van desde la escisión hasta la deformación de lo vivido, desde la falta de reconocimiento hasta la negación. Localizar la existencia de esos mecanismos de defensa que bloquean la comunicación entre investigadora e investigada, es posible parcialmente, en la medida en que se permite el hablar, y por tanto, el ser escuchado. Sin embargo, para escuchar y para dejar que el otro hable, cada uno de nosotros debe permanecer atento a sus propios fantasmas, sus propios estereotipos y prejuicios, sobre todo cuando la sociedad los avala. Como en el caso del estereotipo en el que el parto es equivalente a la vida y la maternidad es equivalente al amor. Los relatos de vida

fueron contruidos principalmente a partir de la ayuda de estas mujeres; con ellas nos remontamos a sus antecedentes, levantando los velos que han dejado atrás, la historia de la construcción de una niña-mujer-madre. En ellas poco de su cuerpo habla de la vida. Su comportamiento habla de una muerte larga y silenciosa. Su medio de supervivencia, una vida ausente de meditación y reflexión, el saber que los otros, el mundo entero, han sido una amenaza constante y que la única estrategia para seguir acá, no importa cómo sea este acá, es por medio del silencio o el autoengaño; son condiciones de vida que marcan de forma intensa la existencia de estas mujeres. Hemos procurado comprender, no buscar culpables ni responsables, tampoco chivos expiatorios. Pretendemos, contrariamente, liberarnos de esas necesidades de categorización y acercarnos a sus vidas, para involucrarnos desde lo incierto, en lo siniestro presente en nuestro mundo cotidiano, en lo silenciado que intenta salir a gritos y es acallado por los diques morales que se imponen permanentemente.

El infanticidio es el final de la historia de un niño o una niña cuya travesía ha sido el sufrimiento, la tortura y el horror. Si algo reventó esta experiencia, es el dolor impotente y amargo, el saber sobre el sufrimiento, la

tortura que sufren cientos, miles de niños, cada uno en silencio, cada uno detrás de la puerta de su casa, cada uno sabiendo más de la muerte que de la vida. No nos referimos solo a los niños que mueren, sino a todos aquellos que sufren el maltrato y la humillación sistemáticos en sus casas, por parte de sus propios padres o familiares. Nos referimos no solo a los hijos de estas madres, sino también a ellas mismas como mujeres, como niñas que fueron. Niños que mueren diariamente, viviendo desde el terror, el dolor y la desesperanza. Hablamos de la tortura de los presos de cualquier índole, político u otro, de la violencia de los violadores, de los ladrones, pero silenciamos, nos enceguecemos ante el dolor físico y emocional de los niños, ante el desamparo, el desamor y la agresión de sus padres u otros a cargo de su protección. Niños privados de aquello que está aparentemente en el fundamento de la existencia humana: una relación de intercambio con otro cuerpo y otras palabras que alejen el frío de la desolación. Creemos que no hay esquina, dentro de todo lo visualizado y meditado en esta investigación, que no nos haya golpeado, al punto de algunas veces llorar y otras veces tener pesadillas. Y muchas veces sufrir resistencia, no querer siquiera tocar los papeles de la investigación, para blindarnos y no saber nada de

estos niños y de estas mujeres, para no saber nada del dolor de estos tiempos.

En la primera parte del trabajo², desarrollamos las relaciones entre la feminidad, la maternidad y el infanticidio, a partir del análisis de la presencia de la muerte en la creación de vida, en la procreación desde la realidad de la mujer. Realizamos esta reflexión a partir de una crítica de la sociedad occidental en sus particularidades como sociedad capitalista y patriarcal, refiriéndonos específicamente a las condiciones de exclusión y destrucción sistemáticas hacia los seres humanos y la naturaleza. Igualmente trabajamos sobre los procesos de constitución de la feminidad en relación con el ser madres, con el parto, el embarazo y la crianza del hijo. En la segunda parte, entramos en el análisis de las narraciones de las mujeres entrevistadas, de cinco casos de mujeres internas en la cárcel y penalizadas por haber asesinado a alguno de sus hijos. Inicialmente, realizamos una reconstrucción hilvanada de sus historias de vida, de las relaciones con sus primeras figuras de identificación, sus relaciones de pareja, sus experiencias sexuales y sus formas de enfrentarse con la vida. Para luego pasar a

2. Mientras la primera y la segunda parte fueron escritas por ambas autoras, la tercera parte fue realizada fundamentalmente por Roxana Hidalgo.

explorar sobre la maternidad en la vida de estas mujeres. Reflexionando sobre el amor, la pasión y el odio en estas mujeres, sobre sus experiencias con el embarazo, el parto y la crianza de sus hijos, sobre las condiciones que rodearon la escena del infanticidio y, por último, sobre el futuro y la esperanza en sus vidas. En la tercera parte analizamos el imaginario social de estas mujeres, sus propias visiones de mundo, sus miradas hacia sí mismas, hacia la feminidad, la maternidad, la familia y los otros en sus vidas. En este apartado intentamos acercarnos a los desgarramientos, distorsiones y ausencias presentes en sus discursos, a la relación entre estas miradas y la realidad concreta que ellas han habitado. Para luego realizar una reflexión crítica sobre la interdependencia entre estas historias y las estructuras de dominación capitalista y patriarcal que determinan el imaginario social hacia la maternidad y el infanticidio en la sociedad costarricense. Finalmente, como reflexiones finales, hablamos sobre la presencia de lo siniestro en la cotidianidad, en las experiencias más familiares, en los sueños más cercanos, en nuestro propio cuerpo.



La maternidad, la feminidad y el infanticidio

En mi ciudad natal vivían
una mujer y su hija
que caminaban dormidas.
Una noche mientras el silencio
envolvía al mundo, la mujer y su hija
caminaron dormidas hasta que se reunieron
en el jardín envuelto en un velo de niebla.
Y la madre habló primero y le dijo:
"¡Al fin! ¡Al fin puedo decírtelo, mi enemiga!
¡A ti que destrozaste mi juventud,
y que has vivido edificando tu vida
en las ruinas de la mía!
¡Tengo deseos de matarte!"
Luego la hija habló en estos términos:
"¡Oh mujer odiosa, egoísta y vieja!
¡Te interpones entre mi libérrimo ego y yo!
¡Quisieras que mi vida fuera un eco
de tu propia vida marchita!
¡Desearía que estuvieras muerta!"
En aquel momento cantó el gallo
y ambas mujeres despertaron.
La madre dijo amablemente:
"¿Eres tú tesoro?"
Y la hija respondió
con la misma amabilidad:
"Sí, soy yo, querida mía".

MATERNIDAD Y MUERTE

La visión del infanticidio³ como acto monstruoso es histórica. En el Imperio Romano, de acuerdo con Veyne (1986), el infanticidio se configura como una práctica común entre los esclavos. En el año 318, bajo el reinado de Constantino, este acto es considerado un crimen; y es hasta el año 374, tras más de medio siglo de cristianismo, que el infanticidio fue considerado como homicidio (véase Flandrin,

-
3. El infanticidio se define como: "Muerte dada violentamente a un niño, sobre todo si es recién nacido o está próximo a nacer. 2. Muerte dada al recién nacido por la madre o ascendientes maternos para ocultar la deshonra de aquella". El filicidio se define como: "Muerte dada por un padre o una madre a su propio hijo" (*Diccionario de la Lengua Española*, 1992, pp. 1162 y 968). Sin embargo este padre en la mayoría de los casos es la madre o figura materna. Al respecto, afirma Lagarde (1990): "El filicidio de criaturas es una forma extrema de maternidad porque el asesinato de los hijos pequeños es realizado sobre todo por las madres. Son ellas también, quienes cometen más intentos fallidos de filicidio, identificados como tales. Pero también hay intentos fallidos de filicidio de los que no se tiene evidencia directa, sino secretas confesiones de algunas madres, que aseguran haber hecho pasar por accidentes domésticos agresiones hechas a sus hijos pequeños." (pág. 638) La diferencia reside principalmente en que el infanticidio es el asesinato de cualquier niño, incluido un hijo, mientras que el filicidio es el asesinato de un niño que necesariamente debe ser hijo. En este trabajo utilizaremos el concepto de infanticidio por tener una connotación social más generalizada y por estar directamente asociado con la madre, aunque los casos con los que trabajamos no son niños recién nacidos, sino con edades entre los tres meses y los cuatro años.

1984). En relación con el infanticidio, el cristianismo presenta una importante paradoja. Por un lado, el infanticidio empieza a ser criminalizado, pero, por otra parte, al instaurarse el matrimonio como única vía posible de procreación, el hijo bastardo pasa a ser el representante del deshonor y de la humillación de una mujer, razón por la cual se acude al infanticidio como una forma de ocultar la vergüenza ante el pecado cometido. Durante la Alta Edad Media, el infanticidio también se comete con los hijos que nacen deformes, ya que la religión cristiana afirmaba que el niño deforme nacía cuando los padres habían tenido relaciones sexuales en forma indebida; por ejemplo, al tener relaciones sexuales en el día domingo o en el período de menstruación de la mujer. En palabras de Flandrin: "Lo que sí debe señalarse es que la ideología cristiana de la Alta Edad Media hizo posible que esta forma de infanticidio (matar a los niños deformes) sobreviviera, pese a la condena radical de que era objeto por parte del cristianismo..." (Ibid; 1984: 86). La pena de muerte para el infanticidio se dicta en el siglo XVI. El Edicto de Enrique II en 1557 dice lo siguiente:

"...pena de muerte contra las muchachas que habiendo ocultado su embarazo y su parto dejan morir a sus hijos (...) estando debidamente avisados de un crimen muy

enorme, frecuente en nuestro reino, que es que varias mujeres que han concebido hijos por medios deshonestos o bien persuadidas por mal querer y consejo, disfrazan, ocultan y esconden sus embarazos, sin descubrirlos y declararlos para nada, y llegando el momento de su parto y suelta de su fruto, lo ocultan, lo paren y después, lo ahogan, lo asesinan y de este modo lo suprimen, sin haberlos hecho impartir el Santo Sacramento del Bautismo; hecho esto los arrojan en lugares secretos e inmundos o los entierran en el suelo profano..." (Flandrin, 1984: 187)

Flandrin plantea, en este sentido, que: "cuanto más se preocupaba la sociedad por hacer respetar la moral sexual, más dura se mostraba con las madres solteras y con los bastardos, y en cuanto a las madres culpables, menos posibilidad les dejaba de encariñarse con ese niño que constituía el signo visible de su degradación. La represión sexual impulsaba lógicamente al infanticidio, (...) cabe preguntarse si el terrorismo resultó eficaz en una sociedad que se complacía en considerar el honor más valioso que la vida." (1984: 188)

Los textos históricos anteriores nos permiten hacer algunas reflexiones en relación con el infanticidio en el momento histórico actual. Históricamente, en la cultura occidental, ser madre y ser mujer pasan a ser entidades inseparables, por lo tanto, con la separación de

estas dos entidades, aparece el fantasma de la prostitución⁴. Esta escisión ha dominado las relaciones de producción entre los géneros: la masculinidad asociada con lo público, la razón y el orden social; la feminidad asociada con lo privado, lo irracional y la naturaleza. Se ha creado un abismo, una lucha entre los géneros, en la que las imágenes se fragmentan como oposiciones binarias. La feminidad aparece como un otro, como irreconocible, como algo extraño para la normalidad imperante, como amenaza para el orden establecido.

Pero esta organización dual en oposiciones jerárquicas, no se reduce a la estructura patriarcal de la sociedad occidental, también incluye las relaciones de explotación entre clases sociales y todas las otras formas de dominación necesarias para reproducir las estructuras de clase. Actualmente, las formas de producción capitalista y la sociedad patriarcal se entrelazan como estructuras inseparables que posibilitan la reproducción del sistema de dominación en forma conjunta. El origen de este trabajo conjunto –explotación de clase y dominación patriarcal– se encuentra en la tradición sacrificial de la sociedad occidental desde sus comienzos, según lo desarrolla Hinkelammert (1991), en su libro

4. Ver Chacón 1993.

Sacrificios humanos y sociedad occidental: Lucifer y la bestia. El autor analiza como la ley romana se instaure en aquella época, como ley absoluta⁵ que mata al estar por encima del sujeto, al no respetar la vida humana. La ley formal se impone sin restricciones como sacrificialidad; se debe sacrificar a los que violan la ley, pero estos sacrificios no se asumen como sacrificios, se invisibilizan. Estas víctimas son consideradas a su vez sacrificadores y, por lo tanto, deben ser exterminados. Son los pecadores, los rebeldes o desviados, los que deben ser perseguidos y asesinados en nombre de la ley. Se produce una inversión absoluta del sacrificio; estos se vuelven antisacrificios, la sociedad se organiza como una *anti-sacrificialidad sacrificial*". La víctima es convertida en victimario y este es transformado en víctima que debe expulsar o extirpar al victimario. Este victimario se vuelve un otro, extraño y lejano, se le despoja de su humanidad, para así legitimar su persecución y asesinato. A partir del desarrollo reciente del capitalismo, esta ley romana se seculariza con la instauración de la ley absoluta del

-
5. Este concepto es utilizado por el autor para referirse a los valores y presupuestos normativos sobre los que se debe regir la vida humana en una sociedad determinada, los cuales son asumidos como naturales, absolutos e incuestionables. Algunos ejemplos, que han dominado la historia de los últimos siglos en occidente, son: el amor al prójimo, la ley de Dios, el bien común o la leyes del mercado.

mercado como condición indispensable para enfrentarse con el caos, el desorden o la subversión. Según Hinkelammert.

"Esto lleva al circuito sacrificial en su forma burguesa. La sociedad burguesa obedece a un sacrificio original realizado por todas las despotías de la historia, considerando a todas las sociedades no burguesas como despotías. Se trata de un sacrificio original, no realizado por la sociedad burguesa, sino por las sociedades en contra de las cuales aquella lucha y a las cuales considera despotías... La sociedad burguesa se ofrece como la sociedad que potencialmente, por medio del mercado, es una sociedad sin sacrificios... En cuanto haya amenaza de vuelta de la despotía, también la sociedad burguesa es despótica, sólo que en forma de un poder despótico que lucha de manera despótica en contra de la despotía. Después de su victoria definitiva, no habrá ya ninguna despotía." (1991: 34)

De acuerdo con el autor, los sacrificios se vuelven una necesidad compulsiva para redimir los genocidios que a lo largo de la historia se han cometido en nombre de una sociedad libre: "El occidente realizó sacrificios, sigue realizándolos y tiene que proseguir, para que los sacrificios pasados mantengan su sentido. Esto lleva a una expansión frenética del mercado como una esfera pretendida de la humanidad." (Hinkelammert,

1991: 38) A partir de esta estructura mítica, se pueden legitimar las diferentes formas de exclusión del sistema capitalista mundial: la explotación de clases, el sexismo, el racismo, el etnocentrismo y las otras formas múltiples de discriminación. Es en estas formas de exclusión donde se encuentra el sentimiento de carencia, la vivencia de precariedad o la ausencia de plenitud que se presenta como dolor social.⁶

El infanticidio realizado por las mismas madres, históricamente, ha sido asociado principalmente con mujeres de los sectores más desfavorecidos de la sociedad. Según una revisión que realizamos, como parte de esta investigación, de los expedientes sobre casos de infanticidio materno en los últimos veinte años en Costa Rica, estos han ocurrido, principalmente, en mujeres que pertenecen al sector informal de la economía. Mujeres pobres que viven en condiciones precarias que, además, en su mayoría eran amas de casa o empleadas domésticas en el momento del infanticidio, han sido las protagonistas principales. Es en el dolor social presente en estas mujeres donde nos interesa profundizar; en

6. Según Gallardo (1992), el dolor social es la experiencia, afectiva y sentida corporalmente, de la precariedad o de la ausencia de plenitud, vivida como consecuencia de las condiciones múltiples de exclusión y dominación desarrolladas históricamente.

su doble exclusión como mujeres ubicadas en el límite del mundo privado de la domesticidad y como pertenecientes a los sectores más empobrecidos de la sociedad costarricense. Vamos a abordar el infanticidio ligado al maltrato infantil, desde su relación con la maternidad y la feminidad, con la realidad de la mujer desde su experiencia de exclusión de la racionalidad occidental. Vamos a hablar de la mujer madre que transgrede el mito de la maternidad sagrada al maltratar y asesinar a uno de sus hijos, la madre asesina, que subvierte los límites de la feminidad, que provoca una ruptura en la fusión entre el ser madre y el ser mujer, condición que ha dominado a la largo de la historia en sociedades muy diversas.

La maternidad, desde épocas lejanas, tiene un lugar de omnipresencia en la realidad de las mujeres, y ha sido concebida como inseparable del matrimonio.⁷ Ella se constituye, históricamente, en la posibilidad de acceso al goce para la mujer, en la medida en que otras formas

7. La feminidad definida socialmente deriva del poder estructurante del matrimonio. Dentro de la estructura del matrimonio, afirma Lévi-Strauss (1963), la mujer es intercambiada y en ese intercambio, en algún sentido, se transforma de niña en mujer. La cuestión de cómo una niña se convierte en mujer se encuentra en el corazón de toda indagación sobre la feminidad. El matrimonio, en las culturas tradicionales, es la institución suprema que ha determinado la transformación de la niña en mujer.

de placer le han sido negadas.⁸ Es una vía de acceso al goce y al poder, pues toda madre sabe que en ella reside la capacidad de crear vida o de dar muerte. Se trata de un goce y un poder que al estar situado en el límite entre lo biológico, ligado a las diferencias entre el cuerpo de la mujer y del hombre, y lo cultural, producto de la separación social entre los roles sexuales, se ha construido como una experiencia diferente al goce y al poder masculino. El goce femenino alcanzado desde la maternidad reside en una creación interna, una creación distanciada de la creación externa referida a todo lo vinculado con la edificación de la cultura e identificada históricamente con lo masculino. Siguiendo a Kristeva (1974), en la cultura occidental, lo femenino se construye como manifestación del poder creador de la mujer, pero al mismo tiempo, este poder y goce diferente al masculino, excluye a la mujer de dos campos del crecimiento humano: El goce de su sexualidad y el

¿Por qué en muchas culturas, se pregunta Schneidermann (1992, pág. 282), una niña no puede convertirse en mujer formando parte de la comunidad o grupo u obteniendo una identidad sexual de modo opuesto o igual al que los hombres obtienen la suya?

8. El único modo que encontró la Iglesia de procurarle un goce sexual a las mujeres no profesantes de órdenes religiosas, y a la vez, poder inmunizarlas contra la tentación de los hombres, fue la maternidad.

acceso al mundo simbólico, al mundo de la palabra y del conocimiento.

En relación con la sujetación del goce sexual y la creatividad en la mujer, el papel de la maternidad en la constitución de la feminidad, constituye el punto de partida ineludible. La mujer ha sido identificada históricamente, desde el surgimiento del monoteísmo, –a partir del *rol* de madre y esposa– como la responsable de la procreación legitimada. Lagarde (1990), afirma que todas las mujeres, todavía hoy día, podrían ser definidas como madresposas, en la medida en que la maternidad y la conyugalidad son los ejes socioculturales y políticos que definen la condición genérica de las mujeres.⁹ Esta maternidad omnipresente en la realidad de las mujeres, inseparable del matrimonio, se ha constituido en la principal muralla de contención de la sexualidad, de la capacidad creadora y de los múltiples poderes femeninos. La maternidad

9. Al respecto, afirma la autora: "Ser madre y ser esposa consiste para las mujeres, en vivir de acuerdo con las normas que expresan su ser para y de otros, realizar actividades de reproducción y tener relaciones de servidumbre voluntaria, tanto con el deber encarnado en los otros, como con el poder en sus más variadas manifestaciones ... Aunque no sean madres (no tengan hijos), ni esposas (no tengan cónyuge), las mujeres son concebidas y son madresposas de maneras alternativas; cumplen las funciones reales y simbólicas de esa categoría sociocultural con sujetos sustitutos y en instituciones afines." (pp. 349-351).

implica, el acceso al goce materno. La gestación y la fertilidad son expresiones de la creación de vida. Según Kristeva (1974), el cuerpo de la madre se transforma en el lugar del goce, en fuerza semiótica que quebranta el orden temporal. La madre penetra en una experiencia rítmica, guiada no por el lenguaje y el tiempo, sino por los sonidos, las sensaciones táctiles, gestos, olores y colores susceptibles de *semiotización*. Es una experiencia donde lo inconsciente se impone indiferente a la palabra, misterioso e incomprensible desde lo simbólico. Según la autora, durante el embarazo se produce un "escape de la temporalidad social diaria, una interrupción de los ciclos mensuales regulares: la mujer abandona la superficie –piel, ojos– para descender a las profundidades del cuerpo, para oír, palpar, oler la vida infinitesimal de las células." (Kristeva, 1974: 35, traducción nuestra)¹⁰

En la medida en que la función de la mujer es la procreación, como está escrito en el discurso bíblico mediante la imagen de la virgen cristiana, su conocimiento queda ligado al cuerpo, al sexo y a la fertilidad. Sin embargo,

10. "A pregnancy: escape from the daily social temporality, interruption of the regular monthly cycles: woman deserts the surface –skin, eyes– so that she may descend to the depths of the body, to hear, taste, smell the infinitesimal life of the cells."

esta relación entre mujer y maternidad es más antigua que la religión cristiana, en épocas más lejanas este vínculo no era tan restrictivo y devaluado como va a ocurrir posteriormente con el monoteísmo¹¹. Con el surgimiento de este, su rol social se reduce a la reproducción de la especie, como tarea secundaria frente a la actividad pública de los hombres. Quedando la mujer, como consecuencia, excluida del reparto del poder, del conocimiento racional y de la simbolización. Según el cristianismo, Eva es seducida por la serpiente en tanto representante del pecado, siendo sentenciada a parir con dolor, como responsabilidad principal en la reproducción de la especie. Por lo tanto, la maternidad es asumida como una experiencia devaluada. La mujer no solo debe sufrir intensamente para procrear, para que de ella brote la vida, sino que mediante el ideal de la madre virgen, se

11. En un ensayo sobre la Virgen María como ideal femenino, Vuola (1993) plantea: "Ya antes de María existió el mito de la Madre Diosa virginal, la que creó la vida de sí misma. Ella fue el origen y el fundamento de todo lo que existe, el estado original femenino, el cuidado maternal universal, el vientre cósmico. Primero, la Gran Madre Diosa fue la creadora de todo lo que existe. La creación del mundo fue explicada como un acto de parto. Segundo, ella fue la que mantiene la renovación y el marchitamiento, el movimiento circular de la vida, del cual la muerte es una parte esencial e inevitable. Tercero, ella fue, por supuesto la diosa de la fertilidad. Ella fue la dadora de la vida y de la muerte, en todas sus dimensiones, tanto en el nivel cósmico como en el nivel individual." (pág. 12)

le niega el acceso al goce, al placer sexual. La idealización de la madre como ser asexuado, sin nombre, ausente y silencioso, se convierte en una trampa. En una celda en la que la mujer queda atrapada bajo un manto que cubre la humillación y la sujeción a la que se verá sometida. Un lugar que se transforma en una parte de ese destino oscuro de la mujer que, según la historia oficial, la naturaleza ha sellado.

La maternidad, como consecuencia de esta legendaria tradición cultural es para la mujer, al mismo tiempo, el acceso al goce y la negación del goce. La pulsión de vida y la pulsión de muerte se entrelazan en un tejido enmarañado, mediante la paradójica mezcla entre la creación de vida y la disolución de la vida en la muerte y el dolor.¹² El goce materno de la gestación se avergüenza de sí mismo a raíz de la prohibición del erotismo femenino. La presencia de un nuevo ser se trastoca con el silencio y la ausencia impuesta sobre la heterogeneidad de lo femenino. Mientras el hijo o hija se constituye en la posibilidad de ser, se convierte, a la vez, en una imposibilidad de ser; no puede ser más que a través de él. El hijo viene a edificarse en el representante del

12. Con esto queremos decir que la pulsión que invita a la vida se encuentra entrelazada en la maternidad con la pulsión autodestructiva que se encuentra presente en todo sujeto.

falo para la madre,¹³ en el medio para acceder al orden simbólico, a la cultura y al poder, pero la mujer en la maternidad desaparece y solo queda ella representada como ente reproductor de lo humano. Al mismo tiempo, el hijo es el símbolo de su humillación, de la herida narcisista sufrida por ocupar el lugar de la marginalidad, por ser ese *segundo sexo* mutilado en su pluralidad, en su libertad. El hijo representa el camino oscuro de la mujer reducida a ser madre, de la mujer sometida al silencio de la maternidad, en una sociedad en la que la gestación se produce anulando a su autora. La mujer queda convertida en un objeto, en un medio para la procreación y la reproducción de la comunidad.¹⁴ El placer

13. El falo constituye el representante del poder que la madre ha identificado como faltante, a partir de su inserción en la historia de la humanidad, en forma prioritaria, como sujeto de creación interna, más no de creación externa. Situación que, sin embargo, en la actualidad, está cambiando decisivamente, como consecuencia de las transformaciones lentas, pero radicales que se están produciendo en las relaciones entre los géneros. En las últimas décadas, el lugar social de la mujer ya no se encuentra reducido, necesariamente, al rol de madre o ama de casa; por el contrario, esta ha empezado a salir al mundo público como sujeto creador y protagonista.

14. Lagarde plantea: "En el mundo patriarcal se especializa a las mujeres en la maternidad: en la reproducción de la sociedad (los sujetos, las identidades, las relaciones, las identidades) y de la cultura (la lengua, las concepciones de mundo y de la vida, las normas, las mentalidades, el pensamiento simbólico, los afectos y el poder)." (Op. cit., pág. 351)

intenso por la creación de vida, por engendrarla, se combina con el horror ante el dolor del parto y ante el silenciamiento de la feminidad que este implica. El embarazo y el parto, desde este destino, son vividos en forma ambivalente y contradictoria. Unos textos extraídos de la novela *Vals del Adiós* de Milán Kundera, ejemplifican lo anterior:

"...ella se decía que no tenía el derecho a renunciar, que ella no tenía el derecho de capitular porque en su vientre residía su única esperanza, su único pase de entrada al futuro... esa semilla en movimiento protegida por la sociedad y por la tradición. La única cosa que ella poseía era el glorioso destino del universo femenino, el cual le prometía combatir para ella..." (1986: 122 - 167).

Desde este entrelazamiento, lo femenino queda asociado con la naturaleza, el mundo de los instintos primitivos, las pasiones incontenibles y lo irracional. Los flujos corporales encarnan lo femenino como expresiones de lo incontrolable, lo innombrable, lo salvaje. La pasión animal y los deseos de la carne han representado a la mujer desde el surgimiento del monoteísmo y el cristianismo, asociándola con el pecado, con lo prohibido. Se le encerró en el territorio de los deseos, obstaculizando de esta forma su acceso al orden simbólico. La

intenso por la creación de vida, por engendrarla, se combina con el horror ante el dolor del parto y ante el silenciamiento de la feminidad que este implica. El embarazo y el parto, desde este destino, son vividos en forma ambivalente y contradictoria. Unos textos extraídos de la novela *Vals del Adiós* de Milán Kundera, ejemplifican lo anterior:

"...ella se decía que no tenía el derecho a renunciar, que ella no tenía el derecho de capitular porque en su vientre residía su única esperanza, su único pase de entrada al futuro... esa semilla en movimiento protegida por la sociedad y por la tradición. La única cosa que ella poseía era el glorioso destino del universo femenino, el cual le prometía combatir para ella..." (1986: 122 - 167).

Desde este entrelazamiento, lo femenino queda asociado con la naturaleza, el mundo de los instintos primitivos, las pasiones incontenibles y lo irracional. Los flujos corporales encarnan lo femenino como expresiones de lo incontrolable, lo innombrable, lo salvaje. La pasión animal y los deseos de la carne han representado a la mujer desde el surgimiento del monoteísmo y el cristianismo, asociándola con el pecado, con lo prohibido. Se le encerró en el territorio de los deseos, obstaculizando de esta forma su acceso al orden simbólico. La

mujer exótica y de clase alta ha sido exaltada, desde esta imagen, en forma ficticia, pero la mujer de clase oprimida ha sido víctima, perseguida y humillada brutalmente, como en la época de las brujas.¹⁵ Igualmente ocurrió con las indígenas durante la conquista de América, quienes fueron sistemáticamente humilladas y violadas por los conquistadores.

Siguiendo a Dio Bleichmar, podríamos afirmar que la reducción de la feminidad a la sexualidad femenina, se manifiesta, actualmente, como un *trastorno narcisista del género*, en el que la histeria se convierte en la protesta de la mujer frente a la sujeción que experimenta:

"Existe un feminismo espontáneo de la histeria que consiste en la protesta desesperada, aberrante, actuada, que no llega a articularse en palabras, una reivindicación de una feminidad que no quiere ser reducida a la sexualidad, de un narcisismo que clama por poder privilegiar la mente, la acción en la realidad, la moral, los principios y no quedar atrapado solo en la belleza del cuerpo." (1985: 214)

El maltrato, el sometimiento y la exclusión ejercidos sobre las mujeres –legitimados mediante su conexión con la sexualidad y la maternidad– han determinado la sujeción de

15. Véase Theweleit, 1977, pág. 299.

estas al dolor, a vivir sometidas al sufrimiento intenso por el hecho de ser mujeres. De manera que la maternidad, de acuerdo con Kristeva (1974), se vuelve una experiencia melancólica, en la que la frustración y la hostilidad estancadas se vuelcan sobre el cuerpo de la madre, y por lo tanto, sobre el hijo. Lo femenino se convierte en algo devaluado y rechazado por la normalidad imperante. Ser mujer y, por lo tanto, ser madre se transforman en experiencias dolorosas, repulsivas, amenazantes. En aquello abyecto, degradado, aversivo, que se detesta, que se procura expulsar de sí, pero que también se desea infinitamente.¹⁶ De lo que no se puede escapar o huir durante toda la vida. Son experiencias que están ancladas al cuerpo, a las particularidades del cuerpo de la mujer: su hueco, raja, abertura, su menstruación cíclica y dolorosa. El cuerpo materno, sus transformaciones y el dolor del parto, se convierten en el receptáculo de esta humillación histórica, de

16. Kristeva (1980) en su libro *Los poderes de la perversión*, realiza una interesante reflexión sobre la abyección, en la que analiza la relación entre esta y la maternidad. Sobre la ambivalencia frente al cuerpo materno afirma: "los devotos de lo abyecto no cesan de buscar, en lo que huye del foro interno del otro, el adentro deseable y terrorífico, nutritivo y homicida, fascinante y abyecto, del cuerpo materno" (pág. 75). Asimismo, se refiere a la angustia profunda que se siente frente al "cuerpo imposible, intocable y ausente de la madre." (pág. 14)

este rechazo legendario, que, como ya habíamos afirmado, surge como producto del lugar intermedio, fronterizo, que la maternidad ocupa entre lo biológico y lo social. Al mismo tiempo, estas experiencias son el lugar del deseo, del placer sin límites, del goce creador, del encuentro oceánico con la madre cósmica. Integrar estos afectos encontrados, el deseo y la aversión, el placer y el dolor, es una lucha constante. Una pugna determinada por la instauración de la falta, de la carencia en la producción de las relaciones entre los géneros.¹⁷ Con esta fusión entre la maternidad y la feminidad, la mujer ha quedado excluida de la producción del lenguaje.¹⁸ En relación con esto Schneidermann (1992) escribe: "Una mujer será ejemplar de su cuerpo por proporcionar carne para vestir a la Palabra..." (pág. 295) ¿Qué efectos tiene para la construcción

-
17. Según Theweleit (1977), se necesita la instauración de la carencia en las relaciones entre iguales potenciales para mantener el sistema: "La carencia se presenta como la incapacidad de experimentar a los otros sino es a través del miedo, la desconfianza o la dominación." (pág. 373, traducción nuestra)
18. Muchos de los discursos del dogma cristiano impulsan la exclusión de la mujer del lenguaje: "que la mujer aprenda en silencio con toda sujeción, porque no permito a la mujer enseñar ni ejercer el dominio, sino estar en silencio. Porque Adán fue formado primero, después Eva, y Adán no fue engañado sino que la mujer, siendo engañada, incurrió en la transgresión, pero se salvará engendrando hijos si permanece en fe, amor y santificación." (texto bíblico citado en Schneidermann (Op. cit, pág. 213).

femenina el que la mujer sea definida en términos de maternidad como constante biológica? ¿Qué sucede cuando los valores con que debe identificarse la mujer son el amor incondicional, el cuidado y la relación hacia los otros? ¿Qué ocurre cuando el ideal y la autoridad de lo femenino residen en una virgen asexuada? ¿Qué pasa cuando la feminidad únicamente tiene valor en el cuerpo y no en la palabra?

Estas preguntas, entre otras, han ido cobrando mayor fuerza en la actualidad, al gestarse una nueva sensibilidad ante el conocimiento: la búsqueda de la inserción del sujeto femenino en la historia y el rechazo a los límites de su propia subjetividad. Se trata de un movimiento que se inicia con el rechazo de la maternidad como destino, del matrimonio, de las tareas y la responsabilidad doméstica. De Beauvoir escribió en 1949, hace más de medio siglo: "...el ovario y el útero encierran a la mujer en su subjetividad, y la circunscriben dentro de los límites de su propia naturaleza..." (pág. 322) Actualmente, la posición de De Beauvoir no es compartida por otras mujeres escritoras,¹⁹ quienes consideran que la subjetividad femenina no debe, si así lo desea, abandonar la maternidad para encontrarse

19. Comparar, entre otras, Kristeva (1974); Cixous y Clément (1975); Irigaray (1977); Rohde-Dachser (1991).

con la palabra. En las últimas décadas, los movimientos feministas y de mujeres se han venido desarrollando, no solo en Europa y Norteamérica, sino también en América Latina y en otros países del Tercer Mundo. Se están haciendo planteamientos sobre la posibilidad de relaciones alternativas entre los géneros, no estructuradas por condiciones de dominación basadas en oposiciones binarias. Se ha empezado a hablar de una sociedad en la que lo considerado históricamente femenino, no quede oculto o renegado por una racionalidad excluyente.

Estos movimientos constituyen una fuerza de resistencia ante estructuras de dominación que se han vuelto profundamente destructoras. Actualmente, los diversos sectores sociales, excluidos por el sistema capitalista-patriarcal, se han convertido en movimientos de resistencia contra las estructuras de dominación que destruyen la vida humana y la naturaleza. En el siglo veinte han aparecido *nuevos actores sociales*²⁰ que expresan la posibilidad

20. Este concepto, desarrollado por Gallardo (1992), se refiere a los *nuevos actores emergentes* de la sociedad civil, que proponen una nueva conceptualización del poder, en la medida en que lo reconocen en sus diversas manifestaciones; es decir, en todos los espacios sociales. Se habla de la dominación en todos los niveles de la sociedad, más allá del poder ligado al Estado, al gobierno o al ejército. En este sentido, afirma el autor: "El interés no es la toma del poder, sino el discernimiento del carácter del poder, pero como problemática universal." Estos actores sociales se

de transformar esta realidad de exclusión social generalizada. Siguiendo a Gallardo, podríamos decir que estos actores sociales representan en la actualidad una *espiritualidad de resistencia* frente a la organización del poder social: "Un contra-efecto material de la dominación múltiple que las estructuras e instituciones de una sociedad reificada, como la capitalista, ejercen sobre variados segmentos sociales y sobre las personas, quienes resienten experiencialmente estas dominaciones, como negatividad, desequilibrio, precariedad y ausencia de plenitud." (1992: 36) No solo los sectores populares tradicionales, también estos nuevos actores sociales, reivindican la posibilidad de crear condiciones de vida alternativas, en las que ser distinto no signifique ser extraño o enemigo para el orden social.

Discutir sobre lo que reivindican las mujeres en su resistencia frente a una historia milenaria de opresión, a partir del tema del infanticidio, como extremo trágico de una

convierten en *actores populares* cuando conforman los movimientos populares que luchan contra las formas de dominación y destrucción de la vida ejercidas por el sistema. Estos pueden ser los movimientos estudiantil-juveniles, feministas o de mujeres, ambientalistas, pacifistas y por los derechos humanos, cristianos, etc. Así como también las luchas de los negros, indios, campesinos u obreros, que si bien son mucho más antiguas, también responden actualmente a condiciones de resistencia semejantes.

normalidad cotidiana, constituye un interés fundamental en estas reflexiones. Explorar qué se oculta, se silencia y se excluye mediante las relaciones de dominación entre los géneros, qué posibilidad utópica está presente en la feminidad como experiencia humana, puede ser una forma de pensar una relación alternativa entre los géneros y más allá de estos.

La mujer que deviene madre: Hacia un análisis intrapsíquico

"De haber sabido del mal que ella (mi madre) iba a hacerme, de haber podido imaginar la fea herida incurable que iba infligirme, habría lanzado un alarido. Bien plantado sobre las dos piernas separadas, habría ido a buscar en mí la queja fundamental que sentía formarse, la habría conducido hasta mi garganta, hasta la boca de la cual habría salido sordamente, primero como un cuerno de bruma, inflándose luego como un huracán. Habría aullado a muerte y no habría oído nunca las palabras que ella iba a dejar caer sobre mí como otras tantas espadas invalidantes..."

Marie Cardinale²¹

¿Qué sucede con la estructura psíquica femenina cuando la mujer deviene madre?
¿Qué pasa cuando una mujer rechaza este

21. 1975, traducción nuestra.

destino? Más aún, ¿qué ocurre cuando una mujer no quiere ser madre, pero es o va a ser madre? ¿Cómo se gesta el amor hacia los hijos? ¿Cuáles huellas psíquicas determinan la gestación de la agresión hacia ellos?

Iniciemos nuestro análisis con el embarazo en la mujer. Según Freud (1914), en su texto *Introducción al Narcisismo*, el embarazo femenino pasa por diferentes momentos: a- una retracción de la libido que antes se dirigía al marido y un reflujo de la misma hacia el yo; b- un delirio paranoide de grandeza, la mujer se vive a sí misma como el creador; c- una caída de este delirio después del parto, provocado por una estasis de la libido, consecutiva al fracaso de dicho delirio; y ch- otro delirio asociado al deseo de muerte. Puede declararse entonces la depresión; el hijo real es rechazado. En la elaboración de la libido vuelta sobre el yo, puede ser que la estasis de la libido en el yo solo se haga patógena después del delirio narcisista. Algunos psicoanalistas posteriores a Freud, entre ellos Lemoine (1976), critican el desarrollo teórico de Freud en relación con la idea de que el embarazo sea vivenciado nada más como expresión de delirio de grandeza, crítica que compartimos. Según la autora, en el embarazo el cuerpo como seducción se quiebra; se altera la imagen y en el espejo aparece otra imagen, a veces casi irreconocible. Emerge en

la mujer un sentimiento de no reconocimiento de su propio cuerpo y una sensación de dejar de ser sí misma. La imagen especular, la imagen ante el espejo, se fractura, se vivencia en un lapso muy corto una transformación acelerada de la propia corporalidad y, con ella, la afirmación de la irreversibilidad del cambio y la posible vinculación entre sexualidad y muerte. La mujer que se hace madre ya no es una sino dos. Para Lemoine, la maternidad cuenta con un doble oscuro: desde el punto de vista de la mujer, la que se duplica y se desdobla es ella y no es el hombre. El hombre no experimenta, en este sentido, la sensación de duplicarse o desdoblarse. En cambio, el juego de lo vacío y de lo lleno está en el centro del imaginario femenino. La duplicación vivenciada en el embarazo revive en la mujer las propias experiencias con su madre, sus primeras relaciones objetales. Hay una reescenificación de su primer encuentro con otra mujer. En relación con esta revivencia, Freud escribe "...todo lo que se vincula al domino de esta primera relación con la madre (...) me ha parecido tan difícil de captar analíticamente, tan blanqueado por los años, apenas de ser capaz de ser revivido, como sometido a una represión inexorable" (1976: pág. 228). Esta primera relación con la madre aparece entonces como algo oscuro y nebuloso,

como parte de aquel continente oscuro tan difícil de comprender para Freud.²²

Sin partir de esta actitud de asombro y desconfianza frente a lo femenino, presente en Freud y en la tradición psicoanalítica, Kristeva (1974) se refiere a este primer momento de la relación objetal madre-hijo o hija, como una experiencia que se construye mediante las sensaciones visuales, táctiles, gustativas y olfativas; es decir, a través del contacto corporal directo. Es el mundo del deseo, en el que los límites materiales, las diferencias y separaciones absolutas no existen. El tiempo cronológico, el espacio físico, la materia sólida y las relaciones causales se desdibujan o desaparecen para dejar fluir el deseo. Deseos que procuran introducir, devorar, tragar al otro para ser uno, una unidad sin límites, ni fronteras que separen. Son deseos que luchan entre la continuidad con el otro y la discontinuidad, entre el retener y el expulsar, entre el amor y el odio. Estos momentos no se excluyen, se complementan en una sincronía-asincronía ilimitada. Las diferencias, los contrarios, no existen, se disuelven. No hay absolutos sino posibilidades; lo diferente, el otro, son

22. Esta es una famosa metáfora que Freud utilizó para referirse a la feminidad, como respuesta a las dificultades que se le presentaban, en aquella época, para comprender la realidad de la mujer.

momentos de un discurrir permanente, de un fluir intemporal e imprevisible.²³

Un segundo momento de la relación objetal lo caracteriza el proceso de separación-individuación. Con la maternidad, la revivencia de este segundo momento se encuentra saturada de ambivalencia. Se revive la lucha que cada mujer ha tenido con su madre en los primeros años de su vida: la ambivalencia entre el deseo de separación-individuación y el anhelo por la simbiosis absoluta con la madre omnipotente. Se oscila entre el deseo de identificarse con la madre y el definirse como sujeto diferenciado de ella, al descubrir en ella la falta, construida socialmente como una devaluación de la intersubjetividad femenina.

Durante los últimos meses de la mujer embarazada, sobre todo cuando el feto se mueve, este recibe el significado de una parte que viene a completarla. Pero solo en el momento del nacimiento, cuando el hijo real toma en el exterior el lugar que ocupa en el interior, la separación entre el hijo fantaseado y el hijo que ha nacido abre un inquietante hiato. Este hiato puede ser muy difícil de elaborar en muchas mujeres y puede presentarse, tal y como lo plantea Lemoine, como monstruosidad:

23. Véase Hidalgo, 1992.

"... como cosa separada que se muestra espantosa en su alteridad y su agresividad siendo que antes era todavía inmanente a la madre. (...) El hijo es por antonomasia ese objeto que ya no está adentro, ni está afuera, un objeto para ella misma, un objeto para amar o para destruir. (...) El hijo que traen al mundo se les presenta como una parte de su cuerpo y a la vez como un cuerpo ajeno. La separación ha intervenido y ha desalojado a la inmanencia, el hijo ya no está como en el agua. Ha sido arrojado al mundo, puesto en el mundo y desde allí amenaza a tal punto el equilibrio de la parturienta que en los mejores casos desencadena ligeras depresiones y en los peores, psicosis puerperales asociadas al deseo de muerte." (1976: 54)

Una madre con historia de abandono durante su primera infancia (por su propia madre o figura de crianza) puede sufrir severas dificultades en el desempeño posterior de la función materna. Cuando el abandono ha sucedido y este no ha sido sustituido por otra figura de crianza alternativa, se fractura en una dimensión profunda la capacidad de "maternalizaje". ¿Por qué este rechazo hacia el propio hijo? Lemoine lo explica de la siguiente manera:

"... los dos cuerpos, el cuerpo y su doble son tanto el cuerpo de la mujer embarazada y el feto, como el cuerpo de la madre de la mujer embarazada y el suyo propio. El embarazo trae masivamente el

recuerdo de la pareja primaria y con él esa libido llamada concéntrica por oposición a la falocéntrica. De allí el aumento, la proliferación de fantasmas durante el embarazo vivido en una especie de sueño o de letargo, (...) la mujer puede ser entonces una especie de repetición que se confunde con su propia madre." (1976: 33)

Pero la repetición puede tener salida; esta revivencia puede ser superada y la función materna logra alcanzarse. Por tanto, el hijo puede ser reconocido como tal. Esto se logra cuando la antigua pérdida con su madre no se postula como dominante en la construcción psíquica de la mujer y esta pérdida puede ser superada. Se acepta la pérdida y con esta aceptación, la mujer puede gozar de la nueva representación que viene con su parto: el ser madre. El parto entonces, de la manera como ha sido descrita, es exactamente lo inverso del aborto. Al contrario, cuando la separación entre madre e hijo o hija no ha sido superada, el hijo no llega a existir como sujeto para su madre. En estos casos la mujer llega a desear la muerte del recién nacido, ese *extraño* o, en su defecto, la del compañero. Llega a suceder que también el compañero celoso del hijo o hija, desea matarlo. Este deseo de muerte es negado ferozmente en la expresión cultural de todas las sociedades.²⁴

24. Véase Lemoine, Ibid.

Lo intrapsíquico se postula como una herramienta esencial para comprender el infanticidio y la violencia intrafamiliar, pero es siempre una herramienta insuficiente sin las preguntas sobre lo cultural y lo socio-histórico. Tanto Perrot (1987) en su breve análisis del infanticidio en el siglo XIX, como Flandrin (1984) en su investigación de este acto en la Alta Edad Media, plantean que el infanticidio tiene que ver con el intento de ocultar una transgresión: la no obediencia a los postulados religiosos del cristianismo y de la sociedad en ese momento histórico, llevó a la opción de matar a los hijos, pues estos eran los representantes del pecado y del deshonor (hijos bastardos o monstruosos). De igual forma, en otros tiempos históricos y otras culturas, por ejemplo, durante la conquista de América, algunas indígenas recurrieron a matar a sus hijos como una forma de no entregarlos al destino de miseria (in)humana que les esperaba. Bartolomé de las Casas describe este momento de la siguiente forma: "Algunas madres ahogaban de desesperadas las criaturas; otras, sintiéndose preñadas, tomaban hierbas para malparir, con que las echaban muertas" (Citado por Todorov 1982: 87). El infanticidio también se hizo frecuente entre las mujeres negras esclavas en Norteamérica²⁵ y en la India

25. Véase Noer, 1993.

dominada por los ingleses. En estos casos se mata a los hijos porque no se quiere darlos a la vida, pues esta se erige como una experiencia más temible que la muerte. Hay tiempos y culturas que dan muerte a los hijos cuando el mañana es abismo y la muerte tal vez alternativa.

El infanticidio en Costa Rica es un fenómeno inexplorado, al igual que la literatura sobre violencia familiar que sigue siendo muy escasa; sin embargo, su estudio cobra cada vez más relevancia ante la creciente conciencia sobre la violencia intrafamiliar y sus efectos desencadenantes en la estructura de la sociedad costarricense. Las herramientas que nos aporta el psicoanálisis y la historia de la cultura tienen que ser confrontadas ahora con una nueva realidad: la realidad del fenómeno del infanticidio y la violencia doméstica en la Costa Rica de los años noventa, con los procesos de transformación socio-políticos y económicos que la estructuran. El infanticidio, como momento extremo de una cotidianidad abrumadora, toca tanto una realidad psíquica como una realidad social, es una denuncia sorda y aterradorante sobre el desgarramiento que puede haber entre ambas realidades.

SEGUNDA PARTE

**Vidas entrecortadas
por el silencio**

Historias de estas mujeres-madres

Empezar a hablar sobre la vida de estas mujeres cubiertas por la niebla de la maternidad, como manto significativo de sí mismas, nos involucra desde nuestras experiencias más subterráneas como mujeres, luchando por sobrevivir en condiciones adversas. Esta segunda parte del trabajo nos lleva por los senderos en los que se han construido sus historias, como hijas y como madres, como compañeras y como mujeres mismas. Vamos a narrar sus vidas como un tejido en el que las experiencias cotidianas, que han ido sellando sus cuerpos, se vayan enlazando desde los hilos que hacen posible tejer sus relatos en un texto común, construido desde las particularidades y las condiciones compartidas.

Inicialmente trabajaremos con sus historias, sus primeras experiencias de vida, la infancia, las relaciones con sus familias de origen, así como, las principales vivencias externas al núcleo familiar, como la vida en la escuela, en la calle, en el trabajo y con la pareja. Luego desarrollaremos sus experiencias en relación con la maternidad, como han vivido el ser madres, los partos, los embarazos, la crianza de sus hijos, las escenas que rodearon el infanticidio, la realidad en la cárcel y el futuro posible.

Las cinco mujeres con las que trabajamos eran jóvenes, cuatro tenían entre 20 y 26 años y la mayor tenía 36 años. Sin embargo, en el momento del asesinato del hijo, todas tenían entre los 19 y los 29 años. La maternidad se inició para todas en la adolescencia, antes de llegar a los 20 años, y sus vidas se han desarrollado entre los muros privados de la domesticidad, como amas de casa o empleadas domésticas en casas ajenas. La dificultad para acceder al estudio –primaria completa o incompleta– estuvo acompañada por las condiciones de pobreza que las determinó desde niñas.²⁶

26. Los nombres de ellas, de los familiares o de lugares citados, así como aquellos datos que pudieran ayudar a identificarlas han sido cambiados o silenciados para mantener el anonimato de las mujeres que participaron en esta investigación.

Lo inefable:

Suelo de infancias imposibles

Los rostros de estas mujeres, huellas de tristezas milenarias, son reflejo de extremas miserias materiales vividas desde la infancia temprana, lugar donde las ausencias múltiples se hacían presentes cotidianamente. Son madres humilladas, sin estudio y sin palabra, agredidas por sus compañeros, igualmente sojuzgados por condiciones de vida en el límite de la pobreza. Unos y otros, sin opciones dignas de existencia, se entrelazan entre los muros domésticos manchados por la violencia, la ira y el terror creados entre vínculos familiares fracturados. Se nace entre el hambre, el frío y el trabajo prematuro, carencias acompañadas por el desprecio de los otros, la incertidumbre del futuro y las separaciones tempranas de aquellos mismos seres que brindaron la vida. La necesidad de trabajar desde niñas, principalmente en los oficios domésticos, en sus casas o como empleadas domésticas en casas ajenas, fue una constante en la infancia de estas mujeres.

María Antonia:

"A Macho y a mí nos mandaban a la feria y si no traíamos un saco de verdura, que teníamos que recogerlo de la basura, si nosotros no llevábamos mucho, venga... Una vez nos llevamos muy poquito y nos pegaron a los dos con una

'verga (...) nos íbamos allí que no aguantábamos la espalda, que Dios guarde nos tocaran porque (...) Cuando salí de sexto ya estaba trabajando, donde una maestra. Le cuidaba los chiquitos, cuatro güilas (...) que limpiar, que lavar, que tenerles el almuerzo listo a ella y a mi patrón, ahí fue cuando yo empecé a ir a bailar."

Marielena:

"ese hermano se iba conmigo a vender pejibayes, para ayudar (...) ella (la madre), pobrecita, se ponía a veces así toda triste, porque tal vez tenía que trabajar y no le alcanzaba, entonces fue cuando yo ya me metía a casas a trabajar y la ayudaba. (...) Y entonces yo lo que hacía, inclusive estando en la escuela, había veces que cuando me tocaba por la tarde, en la mañana iba a una casa a limpiar y cuando me tocaba por la mañana salía de la escuela y me iba también a otra casa a limpiar."

Marita:

"Desde los 12 años trabajaba en una casa, ya tenía unos patronos. Siempre me dediqué a ayudar a mi mamá, porque mi papá desde que yo tenía 13 años falleció, le dio cirrosis porque era un alcohólico, es una enfermedad muy terrible (...) yo ya entré a trabajar a una casa, en oficios domésticos, porque nunca me gustó cocinar, hablando honestamente. Planchaba, barría y así, porque en ese momento faltaba mucho para que a mi mamá le quedara la pensión de él."

trabajaron en fábricas o en sodas; todos, trabajos poco remunerados y en su mayoría pertenecientes a los sectores informales de la economía. En relación con las posibilidades de estudio y formación, solamente estuvieron en la escuela; sin embargo, no todas pudieron terminar. Las condiciones de vida las obligaron a trabajar y descuidar el estudio, además de que no recibían el apoyo de sus padres, quienes tampoco habían asistido a la escuela:

Marielena:

"Yo digamos llegué hasta sexto grado porque yo, sinceramente, me costó mucho. Si me costó demasiado, realmente me costaba mucho; entonces, yo no sé, me puse a pensar que era mejor, este, era mejor trabajar para ayudar a mi mamá, porque tenía muchos hermanos."

Marita:

"Sí, a mi me mandaron a la escuela, saqué el sexto grado. Pero ya al colegio le dije a mi mamá que no me pusiera, porque a mí me costaban mucho las matemáticas y eran varas que gastaran plata; entonces, yo no quise ir."

Lucrecia:

"Cuando yo estaba en la escuela, yo nunca saqué el sexto grado, pero gracias a Dios sé leer y escribir y yo en ese sentido fui muy inteligente, tengo muy buena memoria, gracias a Dios eso fue lo único que Dios me dio, yo creo, para que no sea tan tonta, tan idiota."

María Antonia:

"Cuando salí de sexto ya estaba trabajando. (...) Me decían que eso era una pérdida de tiempo, estar en el colegio para estar apretándose con todo el mundo, dice él (el papá), que ahí los novios y no sé qué; no me dejaron."

El estudio parece no haber sido una prioridad en la vida de estas mujeres, más bien el salir a trabajar y aportar económicamente en la familia, desde niñas, fue lo indispensable. Ni sus familias, ni ellas mismas vivieron la posibilidad de estudiar como algo que les perteneciera, o como una posibilidad a la que tenían derecho. Pareciera como si lo académico fuera un lugar lejano y oscuro, al que ellas no pudieron ingresar, porque "les costaba" o porque no les pertenecía; el acceso se encontraba de todos modos vedado. De esta forma, el conocimiento como herramienta para enfrentarse con el mundo no fue nunca una posibilidad real en su vidas. Como mujeres pertenecientes a los sectores más desfavorecidos de la sociedad, la experiencia de saber y descubrir el mundo a través de la curiosidad y las inquietudes normales presentes en todo niño, y mucho menos el apropiarse de un saber intelectual, no fue para ellas ni un derecho, ni una realidad posible.

La violencia doméstica fue otra de las experiencias de vida cotidianas, escenas permanentes de amenazas, agresión y conflictos

familiares tiñeron el mundo infantil de estas mujeres. El maltrato constante y brutal, por medio de golpes, gritos e insultos y en algunos casos hasta el hambre, fueron situaciones permanentes que pusieron en peligro la posibilidad de confianza y seguridad en el otro. ¿Cómo poder soñar, fantasear y recrear el mundo, cuando el mismo juego era un espacio amenazado por la violencia vivida todos los días? María Antonia, recuerda el maltrato sufrido durante su infancia, a través de las siguientes experiencias:

"Pero sí, fui muy agredida con ellos. Mi mamá, Dios guarde yo peleara, porque me reventaba la boca. Más de una vez me pegaba con lo que tuviera en la mano, si tuviera una silla en la mano ella me la tiraba. (...) Mi mamá y mi papá me pegaban mucho: porque ya una se caía de una silla ya le pegaban, porque uno gritaba, porque uno jugaba, entonces teníamos que estar como santos en la casa (...)"

También nos habla sobre el peligro que rondaba constantemente los espacios de juego cuando ella era niña:

"Jugábamos Quedó con las compañeras, jugábamos como dicen Tinajita, de Mecate. Una vez jugando Mecate me caí y pegué las dos manos así, se me doblaron las dos manos. Llegué donde papi y le digo: 'bueno papi, me caí'. Y

me dice: 've muchacha, por andar jugando' y tome, con la faja. Antes de eso digo yo: ahora va y me soba, y no, más bien lo que hizo fue pegarme por haberme yo caído".

Lucrecia nos habla del abandono de su madre cuando ella tenía un año, y de las relaciones posteriores con sus cuatro madrastras, en las que el juego también era una experiencia amenazante y prohibida:

"... Nosotras siempre andábamos con los ojos morados, las piernas reventadas; a nosotras nos pegaban mucho las madrastras. (...) Vieras que yo una cosa, como un odio, como aquello que a mí se me sembró y no tanto de que ella nos hubiera dejado abandonados, sino de las cosas que viví yo con mis hermanos. (...) Que nosotros no podíamos ni siquiera jugar, porque si nosotros nos sentábamos a jugar, cuando sentíamos era que ya andábamos con los ojos morados o las piernas reventadas".

Marielena recuerda la pobreza, las carencias y el hambre que sufrían, ante el abandono periódico y temporal del padre, la incertidumbre era acompañada por la ilusión ante el regreso, ante la posibilidad del reencuentro:

"Ya dejaba el hogar y se iba quince días, un mes y mamá tenía que ir a planchar, tenía que ver cómo hacer para darnos de comer a nosotros, porque mi papá se iba así por tiempos. (...)

No, no cumplía con nada, se iba, entonces no había nada en casa; hay veces que llegaba de la escuela y había solamente fresco y un pedacito de pan. (...) Entonces cuando ya a mi papá le daba la gana aparecerse, él ya quince días llegaba y llegaba a las 7, 8 de la noche y ya nosotros acostados porque mami nos acostaba tempranito, nosotros ya durmiendo. Ya llegaba mi papá, mandaba a traer arroz, un pedazo de salchichón y unos bollitos de pan para nosotros, eso era un manjar, porque nos levantábamos a comer eso tan delicioso".

Estas amenazas constantes a su integridad física y psíquica iban acompañadas de frustraciones masivas a sus deseos pulsionales. La satisfacción de los deseos sexuales y agresivos, el goce, la risa y el juego eran frustrados cotidianamente en forma masiva. Esto provocaba intensos sentimientos de impotencia, de sujeción frente a fuerzas inmanejables que impedían asumir una posición activa frente al mundo exterior. La ira mezclada con el horror quedaban atrapados en los cuerpos de estas mujeres, ante la imposibilidad de sacarlos hacia el mundo de afuera. Sus historias nos hablan de mujeres nacidas de tragedias familiares, de violaciones precoces en sus cuerpos de niñas y de soledades interminables que les fueron forjando desconfianzas abismales en las frágiles fronteras de su identidad como mujeres. El abandono y las separaciones

prolongadas de sus figuras paternas amenazaron constantemente la continuidad en la experiencia de ser y la identificación con el otro como parte del sí mismo.²⁷ La angustia y el miedo catastróficos ante la fragmentación en la fusión bebé-objeto, desde el mismo momento del nacimiento, se palpan en sus narraciones, gestualidades y manifestaciones corporales. La amenaza de aniquilamiento es permanente en sus vidas. Sin embargo, a pesar de estas amenazas constantes, estas mujeres nos hablan de la posibilidad de jugar cuando eran niñas, de sus deseos e ilusiones, de aquello ausente, pero al mismo tiempo posible. Sus fantasías y sus sueños pareciera que fluyen como en un río en el que el miedo, la rabia y el dolor, se mezclan con los deseos de vivir. Sus rostros teñidos de tristeza también se iluminan de pronto con risas, sueños y posibilidades. María Antonia nos relata sobre su ilusión de cuidar y arreglar su habitación en la cárcel, como aquel lugar sagrado en el que podría ser que tenga que vivir por varios años:

"... Así, me han ido regalando muñecos. Entonces, los tengo todos en mi cama, me compré un almohadón blanco para ponerlo en mi cama. Siempre me ha gustado tener la cama en el

27. Al respecto, véase Winnicott 1971.

centro y dormir con un osito a la par. (...) Ahí tenía tele. Tenía la cama bien tendida con una sabana de rosas rojas, siempre me han gustado las rosas, una almohada de rosas y los muñecos así, a la par. Todo el mundo tenía que ver con mi cuarto. Yo lo tenía lleno de muñecos, estampitas, siempre me ha gustado la naturaleza, que ríos, que árboles, que un niño que estaba regando flores".

Lucrecia también nos habla de su capacidad de jugar en la cárcel, donde está encargada de cuidar a los niños que visitan el kínder:

"Con los niños, yo los cuido con una señora, sí, hay una vieja ahí que nos ayuda, la maestra para ellos. Yo voy, les doy frutas. (...) Jugamos con ellos, los enseñamos a gatear, a pararse, que caminen. Les enseñamos a hablar, a hablar y caminar. Eso es lo que les damos, estimulación. (...) Jugamos con ellos, hay hamacas y de todo para ellos".

Es como si dentro de esta continuidad de violencia, maltrato y rechazo que hemos bosquejado, también estuvieron presentes espacios potenciales en los que los sueños y las fantasías se hicieron posibles. Al mismo tiempo que hablan de sus tragedias, se refieren a los planes y las ilusiones sobre el futuro, a lo que les gustaría hacer o incluso a lo que les gusta hacer en la cárcel. A pesar de las carencias abrumadoras que han sufrido, hay una

brecha por la que se cuelan el deseo tenue, pero pujante, por poder asumir un poco las riendas de sus propias vidas.²⁸

**El padre:
Horror que se nutre de
un anhelo irrealizable**

Todas estas mujeres, durante su niñez, experimentaron el dolor y el terror ante la humillación, la devaluación y el maltrato vividos por sus madres en la relación con sus parejas. Experiencias en las que no podían ejercer una posición activa, por el miedo a sufrir lo mismo y por su condición de desventaja como niñas pequeñas. Sus padres maltrataban sistemáticamente a sus compañeras, envueltos a su vez en la devaluación de sí mismos como hombres, al no poder asegurar la manutención de la familia. Todos ellos tomaban licor excesivamente, eran a menudo estrictos y agresivos, no solo con sus compañeras, sino también con sus hijos. Eran figuras inestables, amenazantes y contradictorias, poco contenedoras, pero con una gran presencia en la vida de ellas. El odio, el miedo y el resentimiento intensos, se combinan con el amor, la urgente necesidad de sentirlos cerca y el deseo

28. Luego, al final de este capítulo, volveremos sobre las perspectivas para el futuro en estas mujeres.

de sentirse valoradas por ellos. En otras palabras, se presenta una fuerte idealización de la figura paterna, como forma de protegerse frente a lo abrumador de la violencia que los padres ejercían en la familia. Marielena nos habla del maltrato de su padre hacia su madre, del miedo que sentía en esos momentos y de la imposibilidad de hacer algo para evitarlo:

"Entonces cuando yo veía que le pegaba a mami, yo lo que hacía era como una monita, me agarraba de ese tabique y me trepaba así, arriba, en las paredes, así agarrada para que no me pegara a mí, ni nada. Teníamos que ver eso, entonces nosotros, sin decir nada, Dios libre, qué va. Entonces, él la maltrataba mucho y varias veces, nosotros tenemos un patio bien grande, había una mata de chayote y había un hueco así, entonces mami veía que papi llegaba y nos escondíamos ahí con ella".

También recuerda el maltrato de su padre hacia ella y sus hermanos; sus exigencias iban más allá de los recursos y necesidades de los niños:

"Nos pegaba sí, cuando traíamos malas notas. O cuando llegábamos, nos mandaba a una pulpería, eso sí tenía él, que nos mandaba a una pulpería y teníamos que ir en supercarrera o sudábamos porque nos iba a dar con la faja y nos daba una que nos hacía hasta orinarnos... Eso sí él era demasíadísimo estricto en eso. Tenía

que ser cuando él decía y a la hora que él decía y todo rápido; de la escuela teníamos que llegar rapidísimo, si llegábamos tarde ya nos daba con la faja, viera usted que tristeza".

Luego se refiere, a los sentimientos ambivalentes hacia su padre ahora adulta; por un lado, está el odio intenso hacia el padre de la infancia, y por otro lado, una fuerte idealización del padre actual:

"Yo no sé, como sinceramente, como un odio. (...) Cólera y todo aquello con él, cuando yo me acordaba de lo que le hacía a mi mamá. Entonces, ya llegaba cambiado. Yo decía, ¡Huy Dios, es mi padre, ayúdame a quitarme esto! Ya cuando yo vi que él quería juntarse con mami y de todo y yo ya vi el cambio en él, y todo, entonces, ya otra vez iba aceptándolo. Ya yo ahora lo adoro a mi papá. Viera él como es conmigo, y yo con él, más que vivimos cerca y todo, y ya gracias a Dios se me quitó eso".

Flor recuerda con dificultad el maltrato de su padre hacia su madre y cómo ambos tomaban licor ante los conflictos que debían enfrentar, hasta que empezaron a participar en un grupo religioso evangélico:

"Porque mi papá tomaba mucho y mi mamá también tomaba. (...) Antes, a veces, cuando estaba tomado le llegaba a pegar a mi mamá. Y en eso, entonces, cuando él se metió a esa iglesia, ya él

dejó de tomar, y no, ahora es sano (...) a veces llegaba a pegarle y nosotros le teníamos un miedo cuando llegaba. Cuando decía mi mamá: 'ya llegó su papá' y cuando ya veíamos que venía borracho nos asustábamos y ahí nos quedábamos queditos".

También se refiere a lo que siente, actualmente, hacia su padre. Considera que ha cambiado mucho, en comparación a como era, cuando ella estaba pequeña, época en que lo consideraba muy grosero y estricto. Al igual que Marielena, Flor mantiene la figura del padre escindida, el padre de la infancia representa los componentes paternos amenazantes y destructivos, el padre actual, al contrario, personifica no solo los aspectos paternos productivos, sino también aquellos aspectos de contención y protección asociados con lo materno:

"Porque él siempre ha sido más serio y más bravo como dicen, y ella pues no, ella ha sido diferente. Pero yo creo que, digamos, la persona entre más seria, sí, yo creo eso, es un peor daño que le hacen a uno, por castigo a uno. (...) No podíamos tener amigos ni amigas, nada de eso. Nunca nos dejaba, digamos, ir a ver deportes o alguna cuestión así, nada de eso, pasábamos solo en la casa. (...) Papi era más grosero. Tal vez para contestar o para hablarnos. (...) Yo veo que ha cambiado, porque desde que vine aquí, pues me hace más falta mi papá y

como que estoy más allegada a él. Como que ahora él me entiende más y le tengo más confianza".

Marita recuerda cómo de niña padecía de nervios, lo cual asociaba con las escenas de violencia que observaba entre sus padres, las que algunas veces ella sufría directamente:

"Yo seguía con los nervios, en esa época antes de que mi papá se enfermara, yo veía muchas cosas en mi casa. Cuando mi papá llegaba tomado y golpeaba a mi mamá con sillas, a mí solo una vez, defendiendo a mi mamá, él me tiró una silla".

Recuerda como fue agredida y rechazada por su padre, como se sentía despreciada, incluso por sus hermanos o en la escuela por los compañeros y las maestras. El desprecio fue una de las sensaciones más constantes durante su infancia:

"El (padre) me decía palabras feas, a veces me pegaba por cualquier cosa. Yo pensaba que era que no me quería. (...) Mi niñez fue como un trauma. Más bien cuando yo lo recuerdo es como tenerlo grabado en la mente, porque a mí nadie me escuchó. (...) A mi papá yo le decía que me firmara la tarea, porque mami no estaba, entonces él me decía: 'esperáte que ella venga, yo no le firmo nada'. Mi papá me pegaba con un cable de luz o con una faja grandísima, nunca me rompió pero siempre dolía. Mi mamá se peleaba y se le iba encima; entonces, le pegaba a mi madre".

El rechazo y la violencia durante su infancia y la muerte temprana del padre provocan en Marita una escisión radical entre la devaluación de la figura paterna y la idealización de la imago materna, como se va a retomar luego. Por el contrario, en el caso de Lucrecia, ella se refiere a su padre desde un deseo intenso hacia él y una fuerte idealización, a pesar de su abandono, la inestabilidad en el vínculo, el alcoholismo y la falta de protección de este ante el maltrato excesivo de las madrastras. Esta idealización del padre va a ir acompañada de una devaluación de la figura materna, como lo veremos en el apartado siguiente:

"Yo regresé a mi casa, porque yo mi papá, no sé, él no es Dios, pero nosotros siempre lo necesitamos. A pesar de que, diay, él tomaba mucho y él se había desorientado mucho cuando se fue mi mamá. Yo volví a la casa y seguí luchando por él, hasta que vine a caer aquí. (...) Mi papá tenía diez años de no tomar cuando yo caí aquí. Pero por el problema que caí, él empezó a tomar. Entonces, él se desorientó mucho porque él nunca se imaginó. Eso sí tenía, mi papá. Para mi papá, la chiquita mimada era yo. Yo cualquier cosa, aunque fuera pobremente, pero él hacía lo posible por dármelo".

María Antonia, en su discurso se refiere sobre todo a su madre; sin embargo, aunque

la presencia del padre es más nebulosa y ausente, al igual que la presencia de sus compañeros, también se refiere a su padre en relación con el maltrato y la hostilidad de este hacia la madre y hacia los hijos:

"Vi cuadros, que mi papá con la querida, que mi mamá con el querido y, así, vi muchos cuadros. Que mi mamá se peleaba, que mi papá sacaba el cuchillo. Y ya porque una brincaba ya le pegaban, por una verga de cosas. Yo me hice independiente, yo ya a los 10 años andaba trabajando en la calle para ir a bailar y todo. Nunca estuvieron para decirme: 'hacéme esto', sino que todo era a grito pelado. Hasta de zorra, y no sé qué, palabras que le duelen a uno".

También, se refiere al alcoholismo de su padre y a las exigencias para que ella y sus hermanos trabajaran desde niños, para que le pagaran lo que, según él, le debían por haberlos mantenido de niños:

"Él tomaba mucho y toda la plata que trabajaba, nada más era para el guaro. Y decía: 'estos muchachos que no trabajan rápido para que paguen lo que se les ha mantenido'. Entonces, yo me ponía a pensar: '¿papi qué cree?, que él es como un banco que hay que pagarle todo lo que ha puesto'".

y el odio, iban acompañados de una idealización de aquellos aspectos positivos del padre, para ocultar así las carencias en el vínculo:

"Sí era muy guapo mi papá (hmmmm!, era un papacito le digo yo). Sí, mi papá era muy trabajador, siempre ha sido muy trabajador".

En todos los casos se presenta una figura masculina poderosa e implacable, con una tendencia constante, pero a la vez incierta, hacia la descarga fluida de la frustración y la hostilidad encarnadas en sus vidas. Su presencia en la vida de estas mujeres está marcada por el horror y la incertidumbre ante la violencia desencadenada por el licor. Escenario funesto, en el que la impotencia y la rabia se entrelazan impetuosas en los cuerpos de estas mujeres. Cuerpos que se habitan, sin nombre, ni palabra. Escondarse en un hueco en la oscuridad de la noche, quedarse inmóviles y en silencio, subirse por los muros de la casa, huir entre el desamparo y la incertidumbre, mirar la caída de ásperos golpes y escuchar amargos insultos, constituyen escenas de terror inenarrables, huellas de la vida cotidiana. La verga, las sillas, la faja de cuero, el cable de luz, se levantan y caen vertiginosamente en los cuerpos de estas mujeres-niñas, abriendo heridas profundas, huecos intangibles en las fronteras de la identidad.

Los padres son hombres rotos, desgarrados, en medio de condiciones de vida precarias. Se encuentran encerrados entre *roles* endurecidos, como hombres, padres y compañeros. La masculinidad está marcada por el poder de la fuerza corporal, la virilidad, la autonomía frente al mundo y la palabra; cualidades vividas como ideales, pero no necesariamente como certezas. Condiciones frente a las cuales, la impotencia y la desesperación se imponen en estos hombres, como reacciones incontenibles, al no poder acceder al *status* estereotipado de lo que un hombre debe ser. La frustración, frente a estas condiciones inalcanzables, debe ser desencadenada hacia los seres más vulnerables, como son los hijos y las compañeras. Estas, también, atrapadas en los mismos trajes endurecidos.

El sometimiento y el miedo de sus propias madres hacia sus compañeros se convierten en el espejo sobre el que se refleja el mecanismo principal de vinculación e identificación de las mujeres entrevistadas hacia sus padres y hacia los hombres en general. A la vez, esta sujeción ante la fuerza y la violencia masculinas se encuentra tejida por una idealización y un deseo intensos hacia ellos. Los padres y luego sus compañeros constituyen figuras en las que se procura satisfacer la necesidad de sentirse valoradas, deseadas y aceptadas, son

ellos los que les pueden brindar reconocimiento como mujeres. Todas coinciden en que los cambios de sus padres en algún momento de sus vidas abren la posibilidad de sentirse queridas y apreciadas por ellos, de ser protegidas y apoyadas en situaciones difíciles. En este sentido, repetimos lo que Lucrecia dice: "Él no es Dios, pero nosotros siempre lo necesitamos." O Marielena cuando nos dice: "Ya yo ahora lo adoro a mi papá." Quedan fijadas en una idealización intensa, marcada a su vez, por una dependencia pregenital hacia sus padres y hacia los hombres, como lo analizaremos posteriormente. La sumisión como recurso para obtener el prestigio, la afirmación y el reconocimiento del padre, de lo masculino, las encierra en una relación de amo-esclavo. Es una forma de enfrentar el peligro de la separación o el abandono, experiencias que amenazan con la posibilidad del aniquilamiento. La diferenciación y la autonomía son vividas como peligrosas, como destrucción del cuerpo de la madre, de lo femenino y, por lo tanto, de sí mismas, como veremos en el próximo apartado.²⁹

29. Sobre el rol que una idealización primitiva de la imago paterna en la mujer juega en la instauración de relaciones de sometimiento y humillación frente a los hombres, véase Benjamin (1988: 78-79).

La madre:

Sombra especular de lo innombrable

La relación con sus madres no es menos ambivalente y amenazante. Como mujeres agredidas, con dificultades para defenderse y rebelarse contra la relaciones de violencia en las que estaban involucradas, a estas se les hacía difícil proteger a sus hijas. Eran figuras de identificación profundamente devaluadas y vulnerables, en las que el sufrimiento, la denigración, el trabajo excesivo para mantener a los hijos y la impotencia frente a sus condiciones de vida se calaban entrelazados. Los vínculos con las madres se encontraban teñidos de una tensión entre la cercanía indiscriminada y el distanciamiento, que en algunos casos llegaba hasta el abandono o las separaciones prolongadas. Una intensa dependencia y fusión con los cuerpos de sus madres se combinan con un odio y frustración masivos.

Pero volvamos a los relatos, para entender mejor el papel que las madres han jugado en la vida de estas mujeres. En el caso de Marielena, la relación con su madre está cimentada por una presencia muy marcada, en la que esta ejercía un fuerte dominio y control sobre su hija. Condiciones que se hacen evidentes, como luego se va a retomar, en la influencia que la madre tuvo en la elección de su compañero

y en su intensa identificación con los roles de madre y esposa. Durante su infancia, ella recuerda a su madre, quien era agredida en forma sistemática por el padre, desde el lugar del sufrimiento, la tristeza y la humillación:

"Ella estaba en ese tiempo delgadísima; ella claro, se le daba, porque tenía que ver qué hacía, trabajar y de todo. Yo estaba pequeñita y yo vi el sufrimiento de ella, verdá, así, porque en esos días ella se acostaba tarde. Tal vez yo tenía 12 años y yo le ayudaba en el oficio. Pobrecita ella, a veces se ponía a planchar en la noche, porque en el día iba a hacer la planchada en alguna casa. Entonces, ella me daba una lástima, verdad, entonces le lavaba los trastos".

A pesar de todo este sufrimiento, la madre, con la ayuda de una amiga, pudo enfrentar al padre. Se separaron por varios años y luego decidieron volver, pero bajo condiciones diferentes, pese a la oposición de los otros hijos, que no le podían perdonar al padre todo lo que les había hecho a ellos y a su madre. Sin embargo, Marielena consideraba que esta era una decisión de su madre. La madre adquiere fuerzas para defenderse de las agresiones de su compañero y logra que se vaya de la casa. Posteriormente, cuando vuelven a unirse años después, el maltrato no se repite. Sobre la forma en que la madre logra enfrentar la violencia del padre, relata:

"Esa amiga le ayudó bastante. Ella fue la que le hablaba digamos (...) le ayudaba económicamente. Por eso mami tomó esa fuerza. Porque mami, decirle a mi papá váyase, Dios libre, la despedazaba toda, le pegaba. (...) Esta amiga le decía: 'que está haciendo usted con un hombre así, no, con mujeres que se las pasa a usted en la cara, no'. A mi papá de veras mami lo echó. Cuando él llegaba ya lograba enfrentarlo, porque él no solo llegaba a verlos a nosotros. Pero ya mami lo puso en su lugar y le dijo: 'usted solo viene aquí, nada más que a verlos a ellos y se va y ya está, solo así'. (...) Ya mami se amarró las enaguas y fue cuando se compuso él".

De esta manera, Marielena logra mantener un imagen de la madre escindida, por una parte, está la madre indefensa y agredida de la infancia, por otra parte, está la madre idealizada que logra enfrentar la violencia paterna y actualmente vive en condiciones "ideales" con su pareja. En el caso de Flor, la presencia de la madre en su discurso, es bastante diluida y contradictoria en relación con su padre. Un elemento importante se refiere a los deseos de esta, cuando Flor iba a nacer, por tener un niño y no una niña:

"Mi mamá quería un varoncito. Me dice: 've, si usted hubiera sido un varoncito, no estuviera aquí. Porque nosotros no queríamos que usted

fuera una niña, queríamos que fuera un varoncito'. Yo les digo: 'pues saladas'. Como eran dos niñas, decía mi mamá que el último quería que fuera varón".

Durante las experiencias relevantes de su vida, se refiere, principalmente, a las reacciones de su papá y a su relación con él. Él es quien más frecuentemente la va a apoyar en situaciones difíciles. Por ejemplo, cuando un cuñado la viola, la madre no le cree y el padre sí, a pesar de que este ya tenía antecedentes al respecto. Igual sucede cuando tiene sus hijos soltera; él se los acepta más fácilmente que ella. Algunas referencias en este sentido son las siguientes:

"Sí, pues, a la niña sí, cuando nació la recibieron bien y de todo. Pero, a mi mamá no le gustó cuando yo quedé embarazada la segunda vez. Mi papá a mí no me decía nada, pues casi nunca me ha dicho nada, solo que me cuidara y mi mamá decía que ya ella no sabía. (...) Ella (hermana) le dijo a mi mamá que yo me había acostado con el esposo de ella. Entonces, yo me destapé a llorar y todo. Yo le dije que no, que eso eran mentiras, que él me había agarrado a la fuerza y que me había hecho un montón de cosas y mamá no me creyó. (...) Mi papá sí me creyó".

Sin embargo, al mismo tiempo, Flor nos dice que la relación con su madre era muy

intensa. Durante su infancia y adolescencia ella pasa la mayoría del tiempo metida en la casa, haciendo los oficios domésticos con su madre. Al salir de la escuela, deja de estudiar y no entra a trabajar. Además, el padre no la dejaba salir con sus amigos. La relación con su madre se constituye a partir de la tensión entre una hostilidad y rechazo mutuos, por un lado, y una fuerte dependencia e indiscriminación, por otro lado, como se expresa en el siguiente comentario:

"Era más apegada a mi mamá, porque mi papá era, cómo le digo, muy serio. Entonces, a nosotros cualquier cosa nos daba miedo decirle a él. Entonces, todo se lo decíamos a ella, a mi mamá, que nos dejara ir a jugar o así. (...) No le tengo mucha confianza a la gente para hablar y todo eso, como siempre me la pasaba con mi mamá; entonces, pues era a la única que le tenía confianza. (...) Ella siempre nos ha chineado mucho a nosotros y ha sido muy cariñosa y será por eso que ahora no me hallo estar con nadie aparte. Digamos, fuera de la casa no me hallo, porque siempre me gusta estar al lado de mi mamá".

En el caso de Marita, esta nos habla de su madre como la única persona que la protegía de la agresión y el rechazo que sufría de parte de su padre, de sus hermanos o incluso de sus maestros. Las referencias a ella

en la narración expresan una intensa polarización de su mundo interno; por un lado, se presenta una fuerte idealización de la figura materna como la única persona que le ha brindado afecto y seguridad, y por otro lado, se encuentra el "resto del mundo", como una realidad amenazante y violenta, como depositario de aquellos componentes destructivos, persecutorios y devoradores que deben ser proyectados en un afuera indiscriminado:

"Él (padre) tenía sus preferencias, porque a mis hermanos los trataba con amor y ternura, pero a mí me maltrataba. Tal vez porque mi mamá me chineaba a mí, porque al ver ella que él me hacía a un lado y a ellos los chineaba, mi mamá corría para donde mí. (...) La relación con mi mamá fue buena, pero ella fue con todos pareja. (...) Ella es la que siempre ha luchado por nosotros. (...) Mis hermanos se aprovechaban de que yo era la menor, me pegaban; por donde más me pegaban era por la cabeza, con la mano. Solo mi madre me defendía, pero cuando ella no estaba, se aprovechaban, nadie me protegía".

En los casos de Marielena, Flor y Marita, la identificación con la figura materna estuvo determinada por las experiencias de devaluación, maltrato y sumisión de las madres hacia sus compañeros. Experiencias

que obstaculizaron una identificación positiva con los aspectos productivos de la feminidad y la maternidad presentes en sus madres. Al mismo tiempo, a través de vínculos poco discriminados, en los que la diferenciación yoica no logra desarrollarse adecuadamente, la relación con la figura materna se ve teñida por una intensa ambivalencia difícilmente tolerada. Por una parte, tenemos una idealización de aquellos aspectos maternos como el cuidado, la protección y la seguridad, que las madres "cumplieron a cabalidad"; por otra parte, tenemos que el resentimiento y la hostilidad hacia estas se manifiesta solo de forma oculta y confusa, cuando las narraciones se ven invadidas de forma inesperada por la realidad de dolor, desamparo y miedo vividas durante la infancia y adolescencia. Relaciones basadas en la sujeción masoquista frente al poder masculino, la falta de límites yoicos y una intensa ambivalencia, les ha permitido a estas madres imponer un dominio sobre sus propias hijas y encadenarlas a los mismos designios de vida.

En los casos de María Antonia y Lucrecia, las relaciones con las figuras maternas fueron mucho más violentas. El rechazo intenso, la hostilidad y el maltrato físico, el abandono o las separaciones prolongadas, fueron huellas

determinantes en estas relaciones. Sus madres, de alguna manera, se rebelaron contra el destino de vaciar sus vidas sobre sus hijos y compañeros. Abandonaron y descuidaron a sus familias y resistieron frente a los muros de sus hogares y la domesticidad circundante. Lucrecia nos habla, con un profundo dolor en su cuerpo, del abandono de su madre cuando ella tenía un año y de las consecuencias destructivas de este abandono en la vida de la familia:

"Me acuerdo que yo sufrí mucho chiquitica. Yo me críe con madrastras. Nunca tuve una mamá digamos así que me ayudara, que me diera buenos consejos, ni nada. Mi vida, o sea la de mis hermanas y la mía, fue muy triste. Mi papá fue el que luchó por nosotros. Nosotras sufríamos mucho chiquititas. Cada una de nosotras decidimos irnos de la casa, o sea, cada una hicimos nuestras vidas. Mi mamá se dejó de mi papá, se divorciaron. Ella nos dejó botados a nosotros, a ella nunca le importó la vida de nosotros. No sé, no nos quería".

Sobre el momento en que "conoció" a su madre, a los 18 años, a quien define como una "señora elegante", nos dice, con una intensa rabia y resentimiento:

"De mi parte, le digo yo: 'a mí me da igual, si ella quiere conocer a mis hermanos', le digo: 'que los conozca, pero yo no'. En ese sentido yo

soy muy orgullosa. Y me dice un hermano mío: 'esta es la mamá de nosotros'. Le digo: 'pues la suya, porque la mía no, yo la mía la enterré hace muchos años'. (...) Lo que ella me había hecho a mí, yo nunca se lo podía perdonar, porque cuando yo más la necesité, no estaba. (...) Yo le dije que de mí se olvidara, que nunca más, que se hiciera el cargo que no había tenido una hija y que esa hija para ella había muerto. (...) No sentí nada, sentí rencor, remordimiento, porque yo creo que si uno trae hijos al mundo es para darles lo que necesitan, darle el amor que uno necesita, no dejarlo abandonado y ella a mí me dejó botada".

Sobre las experiencias con sus madrastras, habla también, con rabia, rencor y una gran tristeza. El dolor y las carencias fueron las huellas determinantes que estos vínculos le dejaron:

"Yo no supe lo que fue tener una muñeca. Nosotros desde chiquititas nos criamos que limpiando casas, limpiando la casa, que planchando la ropa, que si mi papá llegaba y nos compraba un vestido, mi madrastra nos lo quitaba y nos decía que la ropa que anduviéramos puesta nos la pusiéramos mojada. (...) Porque con mi madrastra me metían y me metían a la escuela y a los seis, siete meses me sacaban, o sea, perdía el año. (...) Ella tiene como dos años de muerta. Tiene que irse a quemar al infierno, tiene que pagar lo que nos hizo vivir con ella".

Luego también nos habla de su experiencia traumática con el Patronato.³⁰ a raíz del maltrato sufrido durante su infancia, experiencia que luego va a revivir con sus propios hijos, cuando el Patronato se los va a quitar, repitiéndose su propia historia personal:

"Yo estuve en el Patronato, vea como fue mi niñez, que yo tengo tanta memoria. Yo estuve de tres años en el Patronato, estuve de seis años en el Patronato y estuve de diez años (...) Que hay algunos que le daban comida a uno y le cortan el pelo y lo maltratan a uno mucho".

En el caso de Lucrecia, las experiencias masivas de abandono, dolor y desamparo vividas con respecto a la figura materna van a determinar una profunda devaluación de lo femenino y lo materno, y, a la vez, una intensa idealización de la figura paterna, como vimos en el apartado anterior. Los aspectos básicos de cuidado, protección y nutrición asociados con la maternidad van a ser depositados en el padre a través de una imagen, que aunque no corresponde con la realidad, va a ser profundamente idealizada. Esta parece

30. El Patronato Nacional de la Infancia y la Familia es la institución encargada de la problemática de la niñez en Costa Rica, particularmente de los casos de maltrato infantil y abandono, así como, de los conflictos de pareja que involucran a los hijos.

ser la única forma de protegerse frente a los componentes masivamente destructivos asociados tanto con lo femenino como con lo masculino, producto de los vínculos primarios durante la infancia y la adolescencia.

Con respecto a María Antonia, su historia es semejante, en cuanto a las experiencias abrumadoramente destructivas y amenazantes. La relación con su madre fue también de rechazo, maltrato extremo y una inmensa rabia de esta hacia su hija, incluso desde el momento mismo del nacimiento, cuando la madre la "deja caer en el momento del parto" según le ha contado su hermano:

"Mi hermano estaba por una puerta cuando dice que oyó algo caer al suelo. ¿Quién era?, era yo que caía al suelo. Dice que a mami no le dio tiempo, cuando ella me iba a coger, caí al suelo. Me levantó morada, morada, morada del suelo. Era como una mirrusquitica, chiquititita y toda flaca. Dice que duré como 15 días mal, que pensaban que más bien me iba a morir. (...) Ella misma me cortó el cordón umbilical. (...) Apenas nací, apenas, usted sabe, me recogió del suelo y de eso hasta ahora me acuerdo. (...) Dice mi mamá que yo vine grave".

El nacimiento es vivido como corte abrupto, como expulsión violenta, en la que la madre la "arroja" para siempre. En relación con las experiencias posteriores con su madre, dice que

siempre estuvo presente el rechazo, la distancia y el maltrato excesivo, como ya lo hemos visto, no recuerda gestos de cariño o cuidado por parte de esta:

"Al principio nunca recibí, una palabra de mamá: como te quiero, que linda que estás. Como que yo le estorbaba estar a la par, ella me llevaba, me dejaba donde mis tías o me mandaba para donde las vecinas. (...) Mi mamá todo el tiempo le ha gustado andar mucho en la calle, ella nunca estaba en la casa (...) Diay, mi mamá me llevaba, para que yo estuviera con el querido y ella. (...) Siempre ella ha sido muy alejada. (...) Lo que más recuerdo es cuando ella me pegaba. Lo bonito casi nunca".

La relación con la madre en estas mujeres está anclada en una amenaza que pende sobre dos vértices: por un lado, la profunda denigración y sufrimiento sobre el que están montadas estas mujeres como madres y compañeras, encerradas en los muros privados del ama de casa o la empleada doméstica, sin una continuidad con la comunidad y el poder, sin un acceso al conocimiento y la palabra. Por otro lado, el odio, el rechazo o incluso la repugnancia que estas madres sentían hacia sus hijas, manchaba los vínculos de un horror impronunciable. Un escenario en el que la amenaza de aniquilamiento, de muerte y destrucción, se imponía violentamente en las

fronteras prematuras y frágiles de los cuerpos de estas mujeres-niñas. La confianza en la continuidad de la vida se encuentra resquebrajada desde los primeros años.³¹ La fusión inicial con la madre, propia de la fase simbiótica inicial, antes de la separación entre el yo y el mundo externo, se vio masivamente obstaculizada por la agresión, el desamparo y la angustia catastrófica. Ya fuera por el maltrato directo de la madre, o por el maltrato del padre hacia esta y los hijos, la relación con la madre siempre estuvo teñida por el dolor, la violencia y la inestabilidad en el vínculo. Igualmente, la separación gradual de la madre se vio envuelta en el temor permanente al abandono, la hostilidad o la muerte.

Condiciones extremas, en los casos de María Antonia y Lucrecia, en los que la rebelión de sus madres quedó encerrada dentro de la cortina de sufrimiento y terror en la cual ellas crecieron. La madre para ellas está "muerta, enterrada en sus sueños, ausente y alejada de sus vidas". Son las madres quienes lo dejan a uno "botado, mojado, abandonado". Que lo "dejan caer al suelo, a la tierra, y luego le cortan el cordón umbilical".

31. Sobre la importancia que la experiencia de estabilidad, constancia y seguridad en el vínculo primario con la madre tiene, para el desarrollo de la continuidad y diferenciación yoica, véase Winnicott (1971). Sobre el papel fundamental de la *confianza básica* en esta misma etapa, véase Erickson (1950).

Son lo oscuro y tenebroso, aquello ausente, impronunciable, pero que amenaza con aparecer para destruir, cortar o reventar el cuerpo.

En los casos de Marielena, Marita y Flor hay una unión con las madres desde el lugar de la mortificación, la culpa y la vergüenza. Las madres ejercieron un intenso control en las vidas de estas mujeres, por medio de relaciones marcadas por la indiferenciación yoica y la dependencia mutuas. Estas eran madres miradas con lástima, desde el sufrimiento y la tristeza, desde el dolor enmielando sus vidas. Eran las que chineaban, protegían, aconsejaban, pero también, engullían, con las que uno estaba apegado, deseoso de estar a su lado, aunque solo fuera para verlas trabajar o sufrir. Es en esta identificación con el sufrimiento, con el goce masoquista donde quedaban fusionadas con la figura materna. La dedicación de sus vidas a servirle al compañero y a los hijos, desde el dolor y el compromiso incondicional, es el destino oscuro e inalcanzable en el que crecieron estas mujeres. Sus cuerpos quedaron cimentados sobre la procreación y la maternidad, sobre la necesidad urgente de darles vida a otros como funciones vitales.

Ya sea en el caso de una relación basada en una intensa ambivalencia oculta detrás de una extrema idealización de las funciones

maternas, o en el caso de una relación masivamente destructiva con la madre, soportable solo mediante la necesidad urgente de reparar a través de la propia maternidad, estas mujeres quedaron encerradas en el lugar tradicional de la madre y la esposa, sin contar con las condiciones básicas mínimas para ejercer su papel. Las experiencias asociadas con la maternidad se encuentran teñidas por el odio, la repugnancia y el horror enlazados en la relación con sus propias madres. La muerte queda instalada en el mismo lugar en el que se supone que la vida debe brotar incontenible: en el cuerpo materno. La identificación con la madre como parte de sí mismas, en tanto mujeres, se encuentra habitada, desde las experiencias más tempranas, por el sufrimiento, la ausencia insostenible o la agresividad desencadenada. Gracias al psicoanálisis, y a su precursor, la literatura, sabemos que la falta y la privación son inseparables de la violencia, la agresividad y la pulsión de muerte. Al respecto, afirma Kristeva:

"Agreguemos ahora que falta y agresividad son cronológicamente separables pero lógicamente coextensivas. La agresividad se nos aparece como una réplica de la privación originaria experimentada desde el espejismo llamado 'el narcisismo primario'; no hace más que vengar las frustraciones iniciales. Pero lo que puede

conocerse de su relación es que falta y agresividad están hechas una a la medida de la otra". (1980: 56)

El cuerpo de la madre en estas mujeres, frente al cual la diferenciación se encuentra dañada, se convierte en un espacio que no es ni externo ni interno, que está en el límite, en un borde frágil y quebradizo. Es el lugar en el que la vida y la muerte se encuentran, se fusionan, en donde habita lo inefable, lo impronunciable. Siguiendo a Kristeva, es el lugar de la abyección, en la que las fronteras se mezclan y los bordes se desdibujan:

"Hay en la abyección una de esas violentas y oscuras rebeliones contra aquello que lo amenaza y que le parece venir de un afuera o de un adentro exorbitante, arrojado al lado de lo posible y de lo tolerable, de lo pensable. Allí está muy cerca, pero inasimilable". (1980: 7)

El cuerpo de la madre está en el límite entre la fusión y la separación, en el borde de la tensión entre el yo y el no-yo, entre el objeto y el sujeto. Luego, por medio del proceso de separación-individuación, la fusión con la madre debe dar paso a la diferenciación yoi-ca, la madre se convierte en parte de ese mundo externo, pero, a la vez, queda internalizada en el mundo interno como imago materna. Sin embargo, el deseo de retornar a

la fusión con la madre es un deseo irrenunciable, siempre quedará una especie de anhelo inconsciente hacia ese mundo sin fronteras: el útero materno, la fusión con el cuerpo de la madre, con la tierra, con el universo. Es el lugar de donde procedemos y hacia donde regresamos con la muerte, la tierra fecunda que nos recibe finalmente.³² Personifica, por lo tanto, aquello desmesurado, sin límites, impensable, el lugar donde se entra a la vida, pero a la vez donde nos recibe la muerte. Es, por una parte, el espacio donde se funda la vida, lugar de la creación primordial, del nacimiento, de la fecundidad, por otra parte, si no podemos separarnos de la madre real o internalizada, representa el abismo que traga, destruye, aniquila, que habita la existencia, que infesta la vida.

Las entrañas maternas, en estas mujeres, representa el espacio en el que la continuidad de la vida se hace posible, en el que la experiencia del ser se instaure; sin embargo, es al mismo tiempo el lugar del horror, de la rabia líquida, de la muerte violando la vida. La imagen de la madre es el reflejo especular en el que se miran sus rostros desde el abismo de una intensa ambivalencia, que se vuelve insoportable. La integración de la imágenes de la madre buena, contenedora, protectora,

32. Al respecto, revisar Rohde-Dachser 1991.

nutriente, y la madre mala, devoradora, castrante, asesina, no se logra alcanzar; al contrario una escisión virulenta se impone. La imago materna como receptáculo tenue, debilitado de la seguridad, la cercanía y el afecto maternos que escasamente habitó la infancia de estas mujeres, es, al mismo tiempo, el lugar de la culpa incontenible, del dolor físico, de la tristeza del cuerpo, de la víctima que habita el lugar del sufrimiento y el horror abrumador. A la vez, el cuerpo de la madre es el cuerpo de sí mismas, es el cuerpo con el cual se identificaron como hijas, como mujeres, un cuerpo del que no se separaron adecuadamente, quedando atrapadas en relaciones indiferenciadas, fusionadas con sus propias madres. El camino hacia la autonomía y la integración de una identidad diferenciada frente a la imago materna, pero también, frente a la imago paterna, así como, frente a las imágenes asociadas con los representantes parentales en tanto pareja; es decir, frente a las *fantasías originarias*,³³ se ha visto

33. Siguiendo a King (1995), consideramos las fantasías originarias, no solo en relación con la escena primaria, sino también como fantasías referidas a los orígenes del sujeto: "Con el concepto del origen queda más claro, que las fantasías sobre la escena primaria no solamente abarcan el acto sexual entre los padres, la procreación y la concepción, sino también fantasías sobre el embarazo, el contenido del vientre materno, el nacimiento y la lactancia." (pág. 341, traducción nuestra)

obstaculizado en forma significativa en la vida de estas mujeres. Como veremos luego, no la relación entre lo femenino y lo masculino, sino también las fantasías sobre la maternidad y la crianza de los hijos se encuentran en estas mujeres profundamente trastornadas. Tanto la indiferenciación entre el sí mismo y el mundo externo, la incapacidad de integrar los representantes libidinales y agresivos del sí mismo y del otro, como la incapacidad de integrar los polos femenino y masculino en su identidad de género constituyen en estas mujeres constantes que han obstaculizado profundamente el desarrollo de una identidad femenina autónoma.

Para estas mujeres, son estas mismas personas cercanas en sus primeros años, sus madres e incluso sus padres, las más significativas actualmente, en conjunto con los compañeros y los propios hijos. Esta es la paradoja de la familia, aquellos que nos acarician y nos deben dar abrigo frente a las inclemencias del mundo, son los mismos que nos golpean y sancionan para incorporarnos a la sociedad. Lucrecia habla de su padre, alcohólico, con una presencia inestable y distante durante su infancia, a través de una intensa idealización que le permite proteger por lo menos la imagen paterna del horror internalizado que amenaza con desbordarse:

"para mí, padre y madre son mi papá, y el día que él se me vaya, para mí se me termina el mundo (...) para mí él es el único. Mi mamá no, para mí ya se murió".

María Antonia se refiere a su madre, quien la rechazó profundamente y la maltrató en forma muy violenta, también por medio de una imagen idealizada de la madre actual, la cual queda escindida de la madre de la infancia, como si de esta forma pudiera lograr una especie de equilibrio precario, tanto en su mundo interior como en la realidad externa:

"Siempre ella ha sido muy alejada y hasta ahora es que ella me abraza y yo la abrazo y le digo: 'mi vieja, te quiero, a pesar de todo no te guardo rencor, digo porque sos mi madre'".

Marita habla de sus padres cuando ella estaba pequeña, como figuras fundamentales, a pesar del rechazo vivido durante su infancia. La idealización extrema de la imagen materna y el intento por rescatar también aspectos positivos del padre son también una forma de protegerse contra la invasión masiva de los componentes agresivos y destructivos internalizados desde pequeña:

"Porque mi mamá es una excelente madre, cien por ciento, ella del trabajo a la casa y de la casa al trabajo, nunca nos faltó la comida gracias a

Dios, gracias a ella, ella es la que siempre ha luchado por nosotros. (...) cuando ya él se puso enfermo, ya ahí sí fue más cariñoso conmigo, porque prácticamente era yo quien lo atendía, a pesar de que él siempre me había rechazado..."

La identificación de estas mujeres con sus figuras paternas está tejida por un abismo entre los polos femenino y masculino, en el cual solo cabe una escisión entre los componentes agresivos y destructivos y aquellos aspectos productivos que deben ser protegidos mediante formas primitivas de idealización y devaluación de las imagos paternas y maternas. La incapacidad de reconocer la diferencia y, al mismo tiempo, la dependencia mutuas en las relaciones concretas entre el hombre y la mujer, así como, entre los polos femenino y masculino en el mundo psíquico como parte de la identidad de género, aparece en estas mujeres como una seria limitación para el desarrollo de la identidad femenina. Nos referimos a la integración de aquellos aspectos creativos y destructivos que forman parte de los componentes tanto masculinos como femeninos en la identidad de los hombres y las mujeres y que son fundamentales para el desarrollo de la *tensión entre los géneros*³⁴ tanto en el

34. Sobre el concepto de *tensión entre los géneros*, revisar Reiche 1990 y King 1995.

mundo interno, es decir, como representación psíquica, como en el mundo externo, en las relaciones reales entre los géneros. En estas mujeres la tensión entre los géneros no logra mantenerse en ninguno de los dos niveles, la diferencia entre lo femenino y lo masculino aparece como un abismo, como una ruptura irreconciliable, como un escenario en el que los componentes agresivos y libidinales ejecutan una guerra frontal, con consecuencias mortales.

Las madres, todas ellas amas de casa o empleadas domésticas, estaban sometidas al maltrato y la devaluación permanente como mujeres, así como al aislamiento y la soledad de los muros domésticos. No pudieron acceder al estudio o a otras posibilidades de inserción laboral, al pertenecer a un sector social de extrema pobreza e inmensas carencias materiales y culturales. Los padres igualmente, con estas limitaciones de estudio y de trabajo, se encuentran profundamente devaluados y con serias dificultades para cumplir con su rol de proveedores y jefes de familia. Estos estereotipos se encuentran resquebrajados, pero, a la vez, internalizados en estas mujeres que se aferran intensamente a los roles tradicionales de madres, amas de casa y compañeras. Estos roles se convierten en recursos compensatorios frente al dolor y el

desamparo vividos. Asumirlos se convierte para ellas en una posibilidad de reparar, aunque sea en forma parcial y precaria, el daño sufrido. La desesperación por poder reconstruir sus vidas, las va envolviendo dentro de las funciones en las que la maternidad se levanta como el castillo quebrado en el que hay que habitar eternamente. Brindar la vida y la muerte, cuidar y proteger sin esperar recompensa, realizarse a través de los otros, son las condiciones en las que se ubica la existencia de estas mujeres. La maternidad entrelazada en la feminidad se instaure en estas mujeres como una experiencia de negación, de silenciamiento de sus cuerpos. El dolor se implanta en el mismo lugar del goce, el sufrimiento ligado a la culpa que acompaña el ser mujer, es la condición misma que se erige como el destino en estas mujeres.

La pareja:

Ausencias de quimeras indecibles

Los compañeros vinieron a llenar los vacíos de cariño y contención vividos desde la infancia; sin embargo, esto solo se logra de manera muy precaria. De nuevo se vuelve a vivir el maltrato, la humillación y la traición. Las relaciones de pareja son generalmente inestables, conflictivas y violentas, con compañeros agresores, en algunos casos alcohólicos, al igual que sus padres, situación que se ve agravada por la infidelidad y el abandono. Estas condiciones generan profundas frustraciones e intensos sentimientos de rabia e impotencia. Pero, a su vez, sienten una viva necesidad de mantener la relación de pareja. El hombre viene a constituirse en la persona que podría satisfacer el deseo de sentirse queridas, valoradas y protegidas. La relación se vuelve apremiante y la posibilidad de la separación es vivida como una amenaza de aniquilamiento, como una ruptura en la continuidad de la existencia. Se revive la angustia y el terror que las separaciones precoces y las experiencias de maltrato y abandono provocaron de manera muy temprana. Pareciera que en la relación con la pareja se fusionan no solamente los componentes paternos y masculinos, producto de la relación con el padre, sino

también aquellos aspectos asociados con la imago materna. Las relaciones con los hombres pueden representar los vínculos internalizados con el padre, con la madre e incluso el producto de la relación entre ambos, el sí mismo o los hijos propios. Retomemos sus relatos para acercarnos a esta imagen indiscriminada y compleja que la relación con los hombres ha jugado en la vida de estas mujeres.

En relación con las experiencias de pareja, tres de ellas han tenido una convivencia estable con sus compañeros, mientras las otras dos tuvieron relaciones sin convivencia, en un caso estables y prolongadas y en el otro esporádicas y muy breves. Sin embargo, en todos los casos fueron relaciones conflictivas, cargadas de dolor y decepciones. Empecemos por María Antonia. Ella tuvo antes de su internamiento, dos compañeros, con quienes convivió, varios años en el primer caso y un año en el segundo. Estas relaciones en ambos casos fueron muy problemáticas, marcadas por la violencia, la humillación y la infidelidad. Experiencias que, además, estuvieron precedidas por una violación, cuando ella era niña. Con su primer compañero, con quien se casó a los 14 años, tuvo a sus dos hijas: la niña menor que muere y una niña actualmente de seis años. Sobre la primera relación de pareja, nos dice:

"Al principio fue muy bien pero ya después cambió. Ya empezó a llegar tarde a la casa, ya empezó con perfumitos en las camisas, que ya no tiene tiempo para nosotras y así empezó totalmente a cambiar. Ya después se hizo intolerable ¿verdad? (...) Luego fue cuando me llevó a la casa de la querida y me la presentó como a una amiga, pero yo me di cuenta en ese mismo momento. Los agarré a los dos y dije: '¿qué pasa? respétenme un poco, yo soy la esposa y la madre de las dos hijas'. (...) De ahí empecé a cambiar con él. (...) Podía andar tomando y tomando, a mí no me importaba, pero que me diera vuelta sí; entonces, me hice de corazón duro. (...) Me hice de otro".

Con respecto al segundo compañero, con quien no tuvo hijos, la relación no fue más agradable. La maltrataba física y verbalmente, la celaba diciéndole que seguro tenía otro hombre y le gustaba humillarla:

"Siempre hacía cosas, como sus reclamos, con su manera de hablar que es pésima, nunca hablaba cariñoso, porque yo sé que ese estado yo nunca lo he encontrado. (...) Como con desprecio, así era él, pero así me gustaba porque anduve mucho con él y lo quise. (...) Él me decía que yo era fea, que yo no servía para nada. Eso a mí... yo me enojaba: 'para qué me voy a mudar si no me veo bonita.'"

La abogada de María Antonia, en la entrevista que le realizamos, nos habla sobre

la relación con este compañero antes del homicidio:

"Desde el inicio de la relación su actitud era bastante intransigente, en cuanto por ejemplo, a que el padre de la niña viera a su hija, eso causaba fuertes problemas entre ellos. (...) Inclusive se la lleva a vivir a una zona bastante alejada, donde no hay luz eléctrica y donde pues están bastante separadas de su familia. Este señor, según entiendo, toma licor y agrade a María Antonia (...) en una ocasión le rompió la cabeza con una tabla y otro tipo de situaciones. Le agrade también a la niña, en el sentido de estarle reprochando que es una niña malcriada, que ella la consiente".

María Antonia le habla, en un momento de la entrevista, a otras mujeres que estén viviendo situaciones similares a la suya:

"Bueno, yo lo único que sí le digo: a veces uno deja que... al menos que uno está casado y se junta con otro hombre, como dicen vulgarmente, tal vez uno deja que le peguen a los hijos por tenerlo a la par y eso no debe ser, porque por lo primero que hay que luchar y contra la espada y lo que sea, es por los hijos, no por un hombre. Uno mismo puede trabajar y luchar por los hijos, en una guardería se guardan y uno va a trabajar y los ve. ¿Pero, porque uno quiere a un hombre y lo ama demasiado, va a dejar que les peguen a los chiquitos? No, eso es un error que cometí. (...) lo más grande que uno pierde en la

vida son los hijos y los hijos se aman y podrán venir más hijos, pero no son lo mismo. (...) ¿Dejar que les peguen a los hijos? ¿Por qué?, para que el viejo no se vaya, para que el viejo se quede con uno, eso no debe ser así, se deja al viejo y uno se queda con los chiquitos. (...) Es un error muy grande quedarme con él, pero eso le sirve a una de experiencia. No solo para uno, sino para muchas personas, para que no cometan el mismo error de dejarse llevar por una jareta que a veces ni vale la pena, porque, así es, a veces no valen la pena porque, le pagan mal a uno".

Otra de ellas, Lucrecia, se casó a los 13 años con su primer compañero, con quien tuvo a su hijo mayor, el niño que muere. Sobre esta relación expresa:

"Gracias a Dios se portó bien conmigo. Hasta la fecha no sé nada de él ni quiero saber nada de él. Compartimos muchas cosas juntos, me olvidé un poco de mi niñez, de lo que yo sufría con mi madrastra. Me dedicaba solo a él y cuando tuve a mi bebé, me lo quitó mi papá. (...) Para mí ya él murió. A mí no me interesa él, a mí lo único que me interesa son mis hijos, irme de aquí. (...) No me gusta hablar de él, ya yo lo enterré, para mí él está enterrado."

En el expediente se plantea que la separación de su esposo, estuvo asociada con serios problemas interpersonales; él salía con amigos e ingería licor. Sin embargo, ella dice que se

debió a la cárcel, no refiriéndose tampoco a sus otros dos compañeros posteriores. Después de convivir con su esposo, se unió con su segunda pareja, con quien tuvo una niña actualmente de siete años. Esta vive con sus abuelos paternos, por intervención del Patronato. Luego convive con su tercer compañero, con él que tiene otra niña de cinco años. Esta la cuidan el abuelo de la niña y su compañera (el padre y la madrastra de Lucrecia) desde que ella entró a la cárcel, también por intervención del Patronato. Esta es la pareja con quien vivía cuando ocurrió el infanticidio; él también fue condenado por homicidio calificado. El compañero actual es el padre de su cuarto hijo, un niño de un año:

"Lo conocí aquí. Él trabajaba en un almacén, venía a dejar productos aquí y así lo conocí. Me enamoré de él y me quedé, diay. (...) Cada ocho días, si puede, él viene, si no, no viene. (...) Es bueno. Es viudo, ya está solo por dicha. Porque sí, yo no quiero que nadie se meta conmigo, con nuestro hijo, ni nada. Lo quiero para mí y para mi hijo solamente".

La otra mujer que tuvo convivencia estable fue Marielena. Ella se casó a los 15 años, con su única pareja. Estuvo casada 21 años y se separó hace seis meses porque él le fue infiel y empezó a tomar licor. Con él tuvo cinco

hijos, el niño que muere, gemelo de la niña de 7 años, y tres hombres entre los 9 y los 19 años. Sobre el noviazgo y el matrimonio, en los que la participación de su madre fue determinante, relata:

"Era amigo de mi hermano, él llegaba a mi casa, pero yo lo conocía a él de vista desde hacía tiempo. Entonces, ya nos gustamos y nos hicimos novios. Pero mami no quería porque yo era más joven que él y él era todo un hombre. Yo tenía 13 años, bueno, él me lleva a mí como 7 u 8 años. Él tomaba mucho con mi hermano (...) mami se interpuso, entonces nos dejamos. (...) Sí, ya tenía novio cuando volvió a aparecer (...) él dejó todo con tal de volverme a buscar a mí. Entonces, mi mamá no sé, le agarró una voluntad al novio que yo tenía, entonces ya me dijo a mí de que ese muchacho ha cambiado mucho por mí y de todo, que por qué yo no seguía con él (...) Yo llegué y lo elegí a él. (...) Llevamos una vida de lo más bien. (...) Él nunca me abandonó, más bien para él fue un sufrimiento que me juzgaran de esta manera, para él fue una cosa terrible, un sufrimiento, bueno, demasiado".

La madre termina decidiendo sobre su pareja, pero ella siente que fue su propia decisión. Sobre los motivos de la reciente separación de su esposo, Marielena nos habla:

"Él nunca me ha abandonado, él siempre frente a todos, pero, diay, inclusive yo no sé, pero a

mí me dijo mi hermana de que había una mujer allí que se le estaba sometiendo mucho y no sé qué. Entonces, por eso fue que me divorcié, por eso. (...) Inclusive si algún día se cansa y vuelve a la casa, ya cuando eso yo no lo voy a aceptar, porque sinceramente (...) uno se va cansando y cuando uno recibe eso como que ya. Ya uno con eso que le hacen, a uno se le va quitando el sabor y todo. Ya yo, sinceramente, lo veo muy poco a él. (...) Yo lo veo ahora y es como si viera a un amigo, a un hermano que entra".

Aparece la decepción frente a su esposo, como algo irreversible, como producto de los largos años de sometimiento a una relación frustrante, pero vivida como inevitable. Con respecto a las otras mujeres que no convivieron con sus compañeros, las relaciones culminaron, en todos los casos, con el abandono del hombre al quedar embarazadas o al tener los hijos. Las dos tuvieron dos hijos solteras, cada una con dos hombres diferentes. Marita conoció a su primer pareja a los 15 años, estuvo varios años con él y tuvo su primer hija, actualmente de seis años. En relación con el noviazgo nos dice:

"Yo conocí al papá de mi chiquita en una joyería, ahí por La Merced y él me enseñó una cédula que decía que era soltero, yo ya estaba trabajando en la casa de la señora. Él me volvía a ver y yo lo volvía a ver (...) fue amor a primera

vista, son cosas como del diablo. Dios me perdona, porque cuando uno ve a alguien solo se fija en las apariencias y uno no sabe si es de buenos sentimientos o no. Y así empezó la relación, era muy bonita la relación, él era muy cariñoso y yo también con él. El llenó el vacío que yo sentía. Me dio el amor que a mí me hizo falta en mi niñez. Yo tenía 15 y él 17".

Luego habla de cómo cambió la relación después de que ella quedó embarazada:

"Nosotros íbamos a comer pollo, íbamos a restaurantes, íbamos al cine y cuando ya teníamos mucho tiempo de jalar, nos fuimos para la playa y ahí fue donde hicimos la bebé. Cuando él se dio cuenta de que yo estaba embarazada, fue cuando las cosas empezaron a cambiar. Yo lo llamé a él para decirle que yo creía que estaba embarazada y la reacción de él no fue de un hombre feliz, ni nada. Al contrario, lo que me dijo, fue: 'ese chiquito no es mío', y a mí me dolió tanto. (...) Yo sentí que cómo era posible que la felicidad me hubiera durado tan poquito, yo que pensé que me iba a durar toda una eternidad".

También habla del momento en que descubre que estaba casado y que tenía varias hijas. Además, relata como todavía lo quiere y no ha podido olvidarlo:

"Bueno, cuando un día yo estaba trabajando, ya me estaba empezando a crecer el estómago,

yo fui a abrir la puerta y fue cuando se destapó todo. Él me dijo: 'aquí viven mis hijas', yo le dije: 'cuáles hijas si usted no es casado', él me dijo: 'bueno, algún día usted lo tenía que saber'. ¿Cómo cree usted que yo me sentí? (...) Yo todavía quiero a ese hombre, yo nunca lo olvidé, yo tengo fotos de él aquí."

Con su segunda pareja estuvo dos años, tuvo su segundo niño, y la experiencia fue semejante a la que tuvo con el primer compañero: a partir del embarazo empezó a rechazarla, hasta que la abandona poco después de que el bebé nace.

"Me llamó la atención porque era un hombre mayor, y el sufrimiento con José y todo, según yo me iba a tratar bien a mí y a mi hija. (...) Yo salía con él todos los domingos, pero cuando ya él se dio cuenta de que yo salí embarazada, él también reaccionó, lo negaba y lo negaba. (...) La relación era tranquila, él era muy cariñoso cuando nos veíamos los domingos. Porque él los sábados no tenía tiempo, ni tampoco entre semana. A veces nos llevábamos a la chiquita mayor a pasear (...) solo cuando íbamos a estar íntimamente, por supuesto que no la llevaba. (...) Él no me maltrataba físicamente, pero sí con palabras".

Flor también tuvo dos relaciones, pero fueron esporádicas y ambas culminaron inmediatamente después de los embarazos.

Su primera relación fue a los 16 años, con quien tuvo a su primer hija, actualmente de seis años:

"Bueno, cuando quedé embarazada pues de mi primer niña, el padre de ella pues me mintió. Como yo estaba jovencita, me dijo que era soltero, que no tenía hijos. Nada de eso era verdad. Yo al rato le creí y me fui con él cuando quedé embarazada. (...) Unos días porque eso fue todo. (...) Yo no podía salir de mi casa, esos fueron unos días que yo lo vi, después él se desapareció y nunca más lo volví a ver. Cuando después ya me di cuenta de que sí era casado y que tenía un montón de chiquillos".

Su segunda relación duró un poco más, como tres meses, pero también terminó con el embarazo de la niña que muere, poco después de que él las abandona:

"Bueno cuando yo conocí al padre da la segunda niña, al tiempo yo sabía que estaba embarazada. Yo ya sabía más y conocía un poquito más, entonces yo hablé con él y me dijo que eran mentiras. Primero, me dijo que no podía tener chiquitos, que eso era una mentira grande. (...) Era casado. (...) Me dijo: 'yo no estoy seguro de si usted ha estado solo conmigo'. Bueno, el cuento, pero yo me sentí tan mal. (...) Después dice: 'eso lo vamos a tener que ver cuando nazca'".

Luego Flor habla del rechazo que siente por los hombres y de que solo le gustan las mujeres, incluso desde que era adolescente:

"Hasta el momento nunca sentí nada, digamos, nunca me sentí feliz con un hombre. Menos me llama la atención ahora. (...) Nunca estuve feliz con ninguno de ellos. Solo como quien dice para tener la bebé y punto".

Luego nos cuenta con rabia y rencor, la violación de su cuñado, experiencia en la que se sintió engañada :

"Tenía muchísima fuerza, más que uno, entonces, pues siempre me agarró a la fuerza. Hizo lo que hizo y después me dijo: 'yo le voy a dar plata', y no sé qué, 'no le vaya a decir nada a su hermana', porque yo estaba llorando y de todo. (...) A mí me pareció que las chiquitas sabían y a mí me daba vergüenza salir. (...) Yo a veces pensaba, este hombre es fácil de agarrarlo, pues agarrarlo por allá y tal vez matarlo y no sé qué, porque sí, me habían pasado tantas cosas. Y todo lo que había sufrido y la vergüenza que también había pasado con mi mamá y con mucha gente, con el resto de mis hermanos, yo me sentía tan mal por eso".

Después de esta experiencia, les tiene miedo a todos los hombres, incluso a su padre, hermanos o tíos. Se pasa pensando que le pueden hacer lo mismo:

"Ahora, yo pues, en mi casa desde la vez que me pasó eso con ese hombre, yo en mi casa hasta me da miedo quedarme con mi papá. Cuando yo salía con beneficio y ellas asistían al culto, yo digamos, mantenía la puerta de la cocina abierta. Cuando llegaba mi hermano o mi tío, que era el que más estaba ahí, mantenía la cocina abierta y me iba con mi chiquita para la cocina. Digo yo, cualquier cosa yo salgo rápido".

Actualmente, Flor mantiene relaciones de pareja solo con mujeres. Las relaciones estables y prolongadas que ha tenido en su vida son únicamente con mujeres durante su estadía en la cárcel. Ella cuenta cómo desde niña le gustaban los juegos comunes con los hombres, como el fútbol, los juegos de manos o subirse a los árboles. Asimismo, cuenta que desde muy joven le gustaban las mujeres:

"Cuando de 12 años que uno empieza a conocer un poquito más, yo siempre admiraba mucho a las mujeres bonitas, ¿verdad? Pero digamos no pasaba maldad por mi cabeza, solo tonteras, las veía y qué bonitas esas muchachas."

Luego nos habla sobre las relaciones con las compañeras que ha tenido, comparándolas con las experiencias con los hombres. Las relaciones con las mujeres son consideradas como una posibilidad de romper con los roles

tradicionales entre el hombre y la mujer, en los que esta debe someterse y obedecer sin resistencia:

"Siempre yo he visto y con todas las muchachas que he estado, que he tenido, así de compañeras, pues ha sido todo más diferente y más bonito. Por todo lado, en todo sentido, yo pienso que es más bonito pues la relación entre mujeres. Porque yo no sé, desde pequeña he sido muy grosera y bueno, nunca he aceptado a nadie encima mío, seguro por criarme sola. Pues entre mujeres no se ve que lo estén mandando a uno. Y a veces pienso sobre eso de estar encerrada, ahí en la casa, con un hombre que no la deje salir y todo eso. Entonces, yo pienso: 'en cambio entre mujeres pues somos alguien y todo es más diferente'".

Las relaciones de todas ellas con los hombres han estado marcadas por la intensa necesidad de sentirse valoradas y amadas por ellos, por la posibilidad de llenar el vacío, la ausencia y la falta de amor y cariño vividas durante la infancia. Todas conocen a su primer pareja desde muy jóvenes, entre los 13 y los 16 años, quedando embarazadas de su primer hijo, inmediatamente o después de uno o dos años. Las tres mujeres que se casan, se unen con hombres que acostumbran ingerir licor, salen solos, andan con otras mujeres y en dos de los casos las maltratan y las

humillan sistemáticamente. Lucrecia se refiere a su primer pareja como alguien que ya enterró, que para ella está muerto y del cual no quiere hablar, al igual que le ocurre con su madre, hacia la cual siente un gran resentimiento y odio. María Antonia se refiere a la traición de su primer compañero como intolerable. Luego habla del desprecio, maltrato y humillación de su segundo compañero, con quien pretendía reparar el primer engaño y llenar sus carencias, buscando un hombre 20 años mayor que ella. Al igual que Marita que busca como segunda pareja, a un hombre casi 40 años mayor que ella. Con respecto a Marita y Flor que no convivieron con sus parejas, también estuvo presente el engaño y el abandono de los padres de sus hijos. Todos eran casados y les mintieron presentándose como solteros; además, tenían otros hijos y no les interesaba tener hijos con ellas. Ante el embarazo, todos reaccionaron con desconfianza y hostilidad, abandonando inmediatamente o después del parto. En el caso de Flor, única de ellas que ha mantenido relaciones de pareja homosexuales y estables, en su escogencia posterior al ingreso en la cárcel, está presente en forma consciente e inconsciente, un profundo odio y resentimiento hacia los hombres. Sentimientos determinados no solo por sus relaciones de pareja, sino también

por la violación de su cuñado y sus experiencias infantiles.

En estas mujeres las relaciones de pareja estuvieron marcadas por la humillación, la traición o incluso el abandono en los momentos más difíciles. Condiciones que movilizaron en sus vidas las experiencias previas de sufrimiento, soledad y maltrato. Las experiencias amorosas eran vividas como la única salida ante condiciones de vida profundamente carenciales y dolorosas, por lo que la pérdida de estas se convertía en una amenaza abrumadora para la existencia misma. La amenaza podía llegar a vivirse incluso como una angustia de aniquilamiento, como un vacío insostenible, un hueco impenetrable que se las tragaba, las devoraba más allá de lo tolerable y lo posible. Ante esta frustración sin límites, la rabia y la desesperación vividas también eran insostenibles, desbordándose sin controles en condiciones infaustas.

Como en la imagen mitológica de Medea, en la tragedia escrita por Eurípides, el peso de lo dramático en el amor, en la vida de las mujeres, adquiere características trágicas ante la presencia del abandono o el engaño. Condiciones engarzadas al destino que históricamente se les ha marcado a las mujeres desde las condiciones de sujeción patriarcales. El pertenecer al mundo doméstico ha hecho que

la espera y el abandono sean experiencias cotidianas del imaginario de la mujer. Jasón, esposo de Medea, la traiciona con otra mujer, quedando ella desprotegida en una tierra lejana y ajena, la furia en ella brota incontenible:

"La traicionó a ella, y traicionó a sus hijos Jasón, enlazándose en una regia boda; se casa con la hija de Creón, señor absoluto de este país. (...) A temores es propensa la mujer siempre. No quiere luchas, se espanta del acero... pero ¡que no le toquen el lecho conyugal; no hay entonces un alma más sedienta de sangre! (...) Cuando el que ama contra el amado se enoja, ira espantosa es e incurable." (1989, pp.,51, 54, 58)

Esta situación común para las mujeres, en la historia de la cultura occidental, se convierte en una especie de destino insalvable, del que se espera sumisión y resignación en ellas. Sin embargo, no siempre es posible aguantar el abandono y la traición, a veces los límites se desbordan, dando paso a lo siniestro. Pasemos a narrar como se desencadena en la vida de ellas estas historias trágicas que acompañan la muerte de sus hijos.

La maternidad: un río de amor y odio

En la maternidad la mujer proyecta sus llamas y sus demencias, su amor y su odio, sus mentiras y su verdades. Las madres también matan. Esto es algo que nuestra cultura occidental calla desde todas las vertientes posibles. Sin embargo, en nuestros mitos más cercanos se encuentra presente este acto. Una historia muy nuestra, que probablemente el tiempo la hizo ficción, puede ayudarnos a inaugurar este capítulo: *La Llorona*. En Costa Rica todos conocemos sobre ella: pertenece a nuestro folclor, forma parte de los cuentos de miedo que en el campo unos se cuentan a otros y muchos niños y adultos se atemorizan con el relato. Una autora norteamericana, Clarissa Pinkola (1993), logró recopilar mayores detalles sobre lo que nos ha quedado de esta leyenda. La Llorona es una leyenda original del año 1550, período de la conquista de América. La leyenda escrita, relata lo siguiente:

"Un rico hidalgo corteja a una bella, pero pobre mujer, la cual se enamora de él. Ella tiene dos hijos de él, y se niega a casarse con ella. Un día él le anuncia su retorno a España, donde se casará con una rica heredera seleccionada por su familia; también le dice que se llevará a los hijos con él. La joven mujer enloquece: en su rostro entierra sus uñas, también lo hace en el rostro del hidalgo, y llora desconsoladamente. Agarra sus dos hijos pequeños, corre hacia el río y los lanza al torrente. Los niños se ahogan y la Llorona, ante un sufrimiento que le es profundo, cae al río y muere. El hidalgo se marcha a España y se casa con la mujer que lo esperaba. A la Llorona no le es permitida la entrada al cielo, sino hasta que encuentre las dos almas de sus hijos ahogados en el río. Es por esto que la Llorona, por las noches, camina con su pelo largo, sollozando, hundiendo sus manos en las aguas de los ríos, para recuperar a sus hijos. La leyenda termina con una especie de moraleja: los niños pequeños no deben ir solos a los ríos, pues tal vez la Llorona crea que son sus hijos y se los lleve para siempre".

La Llorona es una historia de amor y de pasión, de venganza ante el abandono de un hombre que prefiere a otra para el matrimonio. La Llorona tiene mucho en común con Medea, la tragedia de Eurípides, donde esta, a partir del abandono de su compañero Jasón, también por venganza, mata a sus hijos. Ambas, Medea y La Llorona, son historias, más que de

amor, de odio y de pasión, donde se intenta castigar la falta de amor instrumentándose en la muerte de los hijos. Los temas por abordar en el siguiente capítulo se aproximan profunda o relativamente a esta leyenda, tan incrustada en nuestros pueblos latinoamericanos.

Amor, pasión y odio en estas mujeres-madres

El posible amor de una madre a su hijo es una construcción que se inaugura siempre antes del nacimiento del hijo o hija. Precisar en cuáles circunstancias y en qué condiciones emerge con mayor fuerza el odio hacia los hijos o hacia uno de ellos, es difícil. Sin embargo, en las próximas páginas vamos a intentar relatar algunas circunstancias que consideramos importantes en la búsqueda hacia la comprensión del infanticidio. Poder amar, ser capaz de catectizar, cubrir con amor el ser amado, presupone la ubicación ya asegurada de una auto-catectización. Con esto queremos decir la apropiación por parte del yo de la energía libidinal en provecho del propio funcionamiento psíquico y del espacio corporal que el sujeto habita.

Cuando una mujer se enfrenta con la maternidad, si no fue maternalizada simbólicamente, no puede asumir su función de madre:

se derrumba. El embarazo y el parto vienen a revivir situaciones arcaicas, propias de la relación primaria con su madre. En nuestros casos, anterior al nacimiento del hijo, el odio se sitúa primero que la ternura, pues la maternidad en estas mujeres, ejercida en todos los casos desde la adolescencia, despierta fácilmente imágenes terribles, furiosas, de su propia infancia. El hijo o hija ofendido, que generalmente no es el mayor para la madre (a excepción de Lucrecia), viene con su presencia a reescenificar lo abyecto en la madre. Este hijo –independientemente de la situación– es rechazado, pues es el representante de la falta: del agujero, de la traición, del abandono, de la esperanza derrotada y de la vergüenza.

El anuncio del embarazo del niño ofendido se une a un caleidoscopio de situaciones saturadas de conflicto. De diferente forma, la madre, en estos casos, se representa al niño como el asesino, fuente de destrucción de su pareja amorosa, de su cuerpo o de su yo. El fantasma que estas madres manejan, es que este niño va a acabar con sus vidas y la relación con el niño se convierte en un combate donde hay que defender la vida contra la muerte; la madre no quiere ser tragada por la muerte y deposita en el niño la posibilidad de que este la asesine. El niño o niña es vivido como lo abyecto, representante de aquello

que se ha odiado, y en tanto odiado, se teme su venganza. El niño representa el horror, la repulsión; su cuerpo vehiculiza la fusión objetual, representando en la madre lo ambiguo y lo mixto. El hijo viene a profundizar vacíos, huecos, a profundizar lo ya roto. A partir de nuestra investigación, encontramos cuatro lugares donde se superpone la representación de lo abyecto en la madre:

1. Este hijo es el representante de la madre-monstruo de estas mujeres-madres.
2. Este hijo es el representante de la ruptura de la relación amorosa de estas mujeres-madres.
3. Este hijo es el representante de lo roto en el cuerpo de estas mujeres-madres.
4. Este hijo es el monstruo en sí, a partir de su nacimiento con una tara física o mental.

El hijo ofendido se coloca y descoloca en varios de estos lugares, muchas veces en su corta vida. Desde dimensiones relativamente variadas, en estas mujeres-madres, los referentes padre-hija o hijo, madre-hijo o hija, compañero-hija(o), desaparecen en una confusión que borra las diferencias. Se trata, entonces, en estos casos, de que el niño siempre representa un doble: la madre, el compañero o lo abyecto interiorizado en ellas mismas. Se

reviven con el niño, desde una posición inversa, estas relaciones que preexisten al nacimiento del hijo. El primer encuentro con el niño o la niña se desdecodifica desde el filtro de su propia historia y de esta manera es como se fueron escribiendo los primeros parágrafos de la historia de estos niños. Tal y como lo plantea Piera Aulagnier:

"La relación de la madre con el niño está marcada por su propia relación con el padre del niño, por su propia historia infantil, por aquello que retorna desde su Otra escena, por su relación con su propio cuerpo; todos estos elementos organizan el tipo y la calidad de investimento libidinal del niño." (citado en Hornstein 1991: 366)

Para Lucrecia, por ejemplo, el nacimiento de su hijo no es un momento inaugural en el que surge una nueva vida, sino una repetición dolorosa de vivencias que ya se había producido. La entrevista realizada con ella destaca fuertemente la indiferenciación de objeto. Lucrecia, cuando tenía 18 años y se encontraba embarazada de Marco Antonio (el niño ofendido), conoció a su madre biológica que, como se dijo antes, los había dejado "botados" a sus hermanos y a ella, cuando esta contaba con solo un año. El siguiente relato es sobre el día en que Lucrecia conoce a su madre:

"...yo estaba embarazada, estaba esperando a mi primer hijo; entonces, yo le dije (se refiere a su madrina) que yo no sabía lo que era ser madre, pero que yo esperaba luchar muy pronto ¿verdad?, por lo que iba a venir y darle lo que se merecía. (...) Quien me tenía que cuidar era mi madre, y sin embargo no lo hizo. (...) Cuando la vi sentí rencor, remordimiento, porque yo creo que si uno trae hijos al mundo es para darles lo que necesita, darles el amor que uno necesita, no dejarlos abandonado, y ella a mí me dejó botada. Yo tengo mis hijos y yo los amo..."

En otro momento de la entrevista, Lucrecia comete un lapsus y mientras quiere decir que su hija fue declarada en abandono, dice que ella fue declarada en abandono. Lo que marca la historia de la maternidad en Lucrecia no es lo manifestado, sino justo lo contrario: en el momento que tiene a su primer hijo (Marco Antonio), ella no lo puede asumir para la crianza:

"...mi papá me lo había quitado, me dijo que yo era muy güila para tener hijos; se lo dio a mi abuelita y después de cuatro años mi abuelita seguro lo vio tan mal y todo, diay, que ella decidió dármelo a mí; entonces, yo me lo llevé. Era mi hijo, ¿cómo no lo iba a recoger?"

El embarazo trae la proliferación de viejos fantasmas, la historia del niño se confunde con la propia. Repetición de cadenas de odio,

abandono y sufrimiento, cadenas que representan el pasado invertido. Desplazamiento del odio desde la madre abandonica hacia el hijo abandonado. En estos casos vemos cómo el abandono es una repetición en forma especular de su relación con la madre. Planteamos con Aulagnier (en Hornstein, 1991) que estas mujeres-madres mantienen un deseo de ser madre, pero no un deseo de un hijo. En otras palabras, difícilmente –y sobretodo en el caso del niño ofendido– pueden aceptar a este hijo como lo nuevo en su historia; este es el representante de lo ya sucedido en su pasado. El hijo está vinculado a eventos terroríficos sufridos en su historia psíquica y así como lo denomina Aulagnier "el nacimiento es vivido como la consumación del crimen." (en Hornstein, 1991: 367)

En el caso de Marita y de Flor, el embarazo, tanto en relación con el primer hijo que tienen, como en relación con el segundo hijo, es el desencadenante que pone fin a la relación de pareja. El anuncio de la llegada del niño devela mentiras que anteriormente se sostenían, como, por ejemplo, el enterarse de que el compañero es casado. Al respecto, afirma Flor:

"...Bueno, pues, cuando yo quedé embarazada de mi primer niña, el padre de ella me mintió, pues como yo estaba jovencita me dijo que era

soltero y no tenía hijos ni nada de eso, ¿verdad? Yo al rato le creí y me fui con él, cuando quedé embarazada. (...) Solo fuimos novios (...) yo no podía salir mucho de mi casa, esos fueron unos días que lo vi, como cuatro o cinco veces lo vi y se desapareció. (...) Nunca más lo volví a ver, ni a saber nada de él..."

El embarazo de Flor también implicó rehazo por parte de su familia de origen:

"...imagínese el miedo, ¿verdad?, de mi papá, más que ellos son muy serios, más mi papá; entonces, idiay, hablé con mis hermanos y mis hermanos hablaron con mi papá. (...) Cuando estaban hablando, yo hasta me quedé, porque la casa queda a la orilla de la playa, entonces yo me quedé así en la puerta. (...) Yo a mi mamá sí le había hablado del muchacho, más o menos yo le había dicho algo, entonces ella más o menos sabía; entonces, mi mamá me preguntó que si era el mismo muchacho que yo le había dicho, yo le dije que sí y nada más, eso fue todo, cuando tenía seis meses (de embarazo). (...) Porque era el miedo, ¿verdad?, y no, mi papá la aceptó, pues recibieron bien a la niña. (...) Cuando me llegó, me dijo la doctora que qué quería; le digo que una chiquita: '¡ah, pues sí la felicito, es una niña!' (...) Me sentí feliz. Y ya cuando llegamos a la casa mi mamá me cuidó los dos meses y no, lo más bien con la niña y todo (...) estaban felices por la niña, porque ya no había chiquitos en la casa. (...) La niña está bien con ellos y la quieren mucho

(...) le di de mamar un año y dos meses, porque mi mamá nos crió así, entonces quería que fuéramos igual con la chiquita".

El segundo embarazo de Flor (en este caso el de la niña ofendida) es vivenciado de una forma mucho más traumática. Este desencadena de nuevo la ruptura de su relación amorosa y la profundización del rechazo por parte de su familia, experiencia acompañada por un sentimiento de vergüenza ante su propio embarazo:

"...ya mi chiquita tenía dos años cuando conocí el padre de mi otra niña. (...) Sí, la segunda vez me costó un poquito más. (...) Cuando yo quedé embarazada a mi mamá no le gustaba mucho. (...) Mi hermana fue la que se puso más brava, la mayor, y le dijo a mi papá que cómo podía ser posible que yo iba a tener otro bebé y bueno, se puso bravísima. Mi papá no me decía nada, pues casi nunca me ha dicho nada (...) solo le decía a mi mamá que por culpa de ella a nosotros nos estaba pasando eso, porque ella era más alcahueta. (...) Yo hablé con él (el papá de la segunda chiquita) y me dijo que eran mentiras. Primero me dijo que él no podía tener chiquitos, que eso era una mentira grande, que cómo podía ser y 'yo no estoy seguro si usted ha estado solo conmigo'. Después me dijo: 'eso lo vamos a tener que ver cuando nazca'. (...) Después no, yo más bien me escondía. (...) Cuando yo tenía como ocho meses sí, él me vio

(...) le di de mamar un año y dos meses, porque mi mamá nos crió así, entonces quería que fuéramos igual con la chiquita".

El segundo embarazo de Flor (en este caso el de la niña ofendida) es vivenciado de una forma mucho más traumática. Este desencajamiento de nuevo la ruptura de su relación amorosa y la profundización del rechazo por parte de su familia, experiencia acompañada por un sentimiento de vergüenza ante su propio embarazo:

"...ya mi chiquita tenía dos años cuando conocí al padre de mi otra niña. (...) Sí, la segunda vez me costó un poquito más. (...) Cuando yo quedé embarazada a mi mamá no le gustaba mucho. (...) Mi hermana fue la que se puso más brava, la mayor, y le dijo a mi papá que cómo podía ser posible que yo iba a tener otro bebé y bueno, se puso bravísima. Mi papá no me decía nada, pues casi nunca me ha dicho nada (...) solo le decía a mi mamá que por culpa de ella a nosotros nos estaba pasando eso, porque ella era más alcahueta. (...) Yo hablé con él (el papá de la segunda chiquita) y me dijo que eran mentiras. Primero me dijo que él no podía tener chiquitos, que eso era una mentira grande, que cómo podía ser y 'yo no estoy seguro si usted ha estado solo conmigo'. Después me dijo: 'eso lo vamos a tener que ver cuando nazca'. (...) Después no, yo más bien me escondía. (...) Cuando yo tenía como ocho meses sí, él me vio

a mí, ya se me echaba de ver un poquito más. Nunca usé vestidos maternales ni nada de eso ¿verdad?, y ya a los nueve meses que me regalaron, ya lo supo, pues así como castigo, la chiquita salió parecida a él".

Este segundo compañero también era casado y la abandona desde el embarazo, no llega a aceptar que la niña sea su hija. De forma semejante, Marita también nos relata sobre la experiencia de engaño y abandono que vive cuando queda embarazada de su primer compañero:

"Él una vez me pegó porque yo le toqué el tema del embarazo; yo pienso que él se imaginaba que el hecho de que yo quedara embarazada iba a significar mucho dinero. Yo lo amaba de tal manera que lo que sentía era herido el amor propio. (...) Un día yo estaba trabajando, ya me estaba empezando a crecer el estómago y yo fui a abrir la puerta y fue cuando se destapó todo. (...) Yo qué me iba a imaginar que la ex-esposa de él era la misma patrona de donde trabajaba yo. (...) Cuando veo yo a las güilas que yo cuidaba diciéndole papi y todo; eso fue otro shock para mí, y yo decía: 'en esta vida nunca se acaba de sufrir'. (...) Él me dijo: 'yo tenía miedo de perderla a usted; por eso es que yo no le dije que era casado'. Yo sentí como todo derrumbado (...) Como yo ya no tenía la ayuda de él, entonces me dediqué a trabajar, y trabajar para preparar el futuro de mi hijita, la ropita y todo; yo me fui a vivir a mi casa. (...) Él a mí me siguió buscando, pero me rechazaba la chiquita

y yo no podía estar con un hombre así, a veces yo estaba comiendo y me ponía a llorar, pero imagínese que las cosas no se olvidan así como así; después que nació la chiquita y él me decía que si no existiera la chiquita nosotros hubiéramos sido felices, yo le dije que no, que más bien, al contrario, la chiquita era el fruto del amor, pero, diay, yo fui la que corté la relación."

Marita es uno de los casos en donde las fronteras de diferenciación entre la hija y el compañero son mínimas, las imágenes aparecen fusionadas en su relato. El siguiente texto permite mostrarnos claramente la indiscriminación existente entre ambas figuras, reordenadas reiterativamente desde el proceso metonímico:

"Ella es idéntica al papá, siempre me recordaba de él y como yo siempre he estado enamorada de él, yo le veía sus gestos y todo y yo le decía a mi mamá: 'déjeme soñar sola', para mí era el símbolo de él. (...) Cuando viene aquí yo me la quiero comer a besos, imagínese, yo le digo Jorge a la chiquita y mi mamá me dice: 'pero si no es Jorge, es su chiquita' pero, diay, es que todavía quiero a ese hombre, yo nunca lo olvidé y la veo y la veo."

Igual que en el caso de Flor, para Marita, tanto el primero como el segundo embarazo son vivenciados como la causa de la ruptura de su relación amorosa:

"...luego conocí un señor de 68 años; yo pensé que él me iba a tratar bien por estar agradecido de que siendo tan mayor yo estuviera con él, y quedé embarazada del bebé. Estuve dos años con él (...) pero este último también me engañó, también era casado y tenía un familión. Era muy especial, pero cuando quedé embarazada fue como una bomba, porque él también me engañó y dijo que no engendraba, y me enseñó papeles y todo. Entonces, cuando yo quedé embarazada empezó a decir que yo era usted sabe qué y andaba revolcándome con hombres y todo y me rechazó desde ese momento. (...) Desde el momento en que yo quedé embarazada, él no me maltrataba físicamente, pero sí con palabras, con solo el hecho de que él me dijera que si yo quería mantener a ese chiquito tenía que ir a putear. (...) Él se apartó durante todo el embarazo. (...) Yo me sentía muy sola, me hacía falta el calor de mi compañero, saber que el padre no estaba al lado y así había sido la vez pasada pero con la diferencia de que la chiquita me nació sanita..."

En los casos de Lucrecia, María Antonia y Marielena, el embarazo no es el desencadenante del abandono por parte de su pareja. En el momento del embarazo de sus hijos ha estado siempre el compañero conviviendo con ellas, aunque no necesariamente el padre del niño agredido. Como ya vimos, solo Marielena mantuvo hasta el momento del infanticidio una relación estable con un único compañero.

En la situación de María Antonia y Lucrecia, la relación con los compañeros en esa época, estaba marcada por la inestabilidad, la agresividad y el maltrato.

En estas mujeres, parece que la abrumadora revivencia de la relación primaria con la madre, durante el embarazo y posteriormente en la relación con los hijos, provoca que el dolor y el odio vivenciados sean dirigidos masivamente hacia el cuerpo del niño. El hijo aparece como símbolo de destrucción tanto para el yo, como para el cuerpo materno. Pasemos a explorar cómo son experimentados los momentos del parto, para comprender mejor qué lugar y qué imágenes vienen a representar estos niños en la vida de estas mujeres.

El parto:

Alumbramiento de un cuerpo roto, un cuerpo hueco

El hijo ha salido, pero ha dejado un cuerpo roto, con huecos, heridas y vivencias traumáticas, donde la presencia de la muerte se impone con potencia. Tal y como lo vamos a ilustrar a través de sus relatos, todas las entrevistadas relatan su parto como una vivencia traumática, destacando, al mismo tiempo, un trato burdo y cosificante por parte de la institución hospitalaria. El trato brindado por

En la situación de María Antonia y Lucrecia, la relación con los compañeros en esa época, estaba marcada por la inestabilidad, la agresividad y el maltrato.

En estas mujeres, parece que la abrumadora revivencia de la relación primaria con la madre, durante el embarazo y posteriormente en la relación con los hijos, provoca que el dolor y el odio vivenciados sean dirigidos masivamente hacia el cuerpo del niño. El hijo aparece como símbolo de destrucción tanto para el yo, como para el cuerpo materno. Pasemos a explorar cómo son experimentados los momentos del parto, para comprender mejor qué lugar y qué imágenes vienen a representar estos niños en la vida de estas mujeres.

El parto:

Alumbramiento de un cuerpo roto, un cuerpo hueco

El hijo ha salido, pero ha dejado un cuerpo roto, con huecos, heridas y vivencias traumáticas, donde la presencia de la muerte se impone con potencia. Tal y como lo vamos a ilustrar a través de sus relatos, todas las entrevistadas relatan su parto como una vivencia traumática, destacando, al mismo tiempo, un trato burdo y cosificante por parte de la institución hospitalaria. El trato brindado por

parte del cuerpo técnico de las unidades materno-infantiles en los hospitales no contribuye, según lo manifestado por estas mujeres, a la edificación del amor entre la madre y su hijo. En relación con lo anterior, De Simone y Saavedra plantean lo siguiente:

"Desde la admisión hasta el propio salón de partos, la mujer recibirá múltiples confirmaciones de estar formando parte de un vínculo de poder que la cosifica y la deshumaniza. (...) Esto crea una escalada de angustia-dolor en que la madre, desde una gran indefensión, debe permitir cualquier cosa con su cuerpo." (1992: 335)

Pasemos a los relatos para acercarnos a sus propias imágenes. Flor:

"A la hora de nacer, sí me costó un poco más que la primera. (...) Que no podía nacer la niña y después de eso cuando nació, que la placenta se me reventó y entonces tenían que cerrarme con, ¿cómo se llama eso?, fórceps, algo así, bueno, unos aparatos ahí; entonces la enfermera pues parece que me saca así por pedazos y ese rasgo tremendo (...) me hicieron piquete y bueno eso es un dolor ¿verdad? (...) Y parece que me habían dejado la gasa adentro; después de eso tuve que volver para sacarme eso (...) Yo me fui para donde mi sobrina, ella me curaba todas las noches, fue más difícil. Y bueno, me costaba tanto así sentarme y todo eso.

Pero no, la niña nació bien, solo que era chiquitita, ¿verdad?, era más chiquitita que la otra, delgadita, sí..."

María Antonia:

"Mi embarazo, bueno, será porque fui tan joven. Tenía 14 años, siempre se me quiso venir a los seis meses, pero estuve en tratamiento y ya a los 9 meses me la sacaron con fórceps. (...) Estuve toda la noche y amanecí el viernes, como faltando cinco para las cuatro, me metieron a la sala. Donde la chiquita sacó la cabeza, la volvió a meter, entonces me dice: ¡ay, la chiquita se le va a ahogar! (...) fue donde me rajaron desde la vagina hasta donde uno da del cuerpo. Voy y les digo: ¡Huy, qué me están metiendo, ya no aguanto! Yo sentía que me estaban sacando todo por dentro. Me la sacaron, bueno, ni me la pusieron aquí, me dice: 'vea, es una chiquita' (...) La pesaron, le hicieron todo y la tuvieron en observación. Y ya el viernes en la noche me la enseñaron y cuando yo la voy viendo que este ojito lo tenía lleno de sangre por dentro, aquí tenía un granito, aquí tenía otro y en la cabeza otro y me dice: 'a la chiquita hay que tenerla en observación'. (...) Es que ella fue sacada con fórceps, bueno, yo no podía ni caminar, para levantarme tenía que ponerme una almohada."

El cuerpo recién parido de la madre es el espacio donde va a ser vivido el sufrimiento que acompaña al estado de carencia y de privación. Marielena, antes de tener a Karlson, dice que vomitó y defecó a más no poder. A

Flor le sacaron "eso" (al referirse a su hija) como a pedazos. A María Antonia en el parto le rompieron "desde la vagina hasta donde uno da del cuerpo." Todas las narraciones están cargadas de dolor, miedo e impotencia, como si ellas fueran objetos manipulados por otros, por una especie de destino inevitable e incontrolable. El parto es vivido como una experiencia profundamente traumática, que viene a poner en peligro incluso la integridad física de la madre; las agresiones sobre el cuerpo y la muerte misma aparecen como amenazas invasivas y terroríficas. Volvamos de nuevo a los relatos. Marielena narra uno de sus partos como una de las experiencias más desgarradoras de su vida:

"Mi primer hijo nació en setiembre, entonces era una ilusión de lo más linda; ya después duré como cuatro años y medio en volver a tener. (...) Entonces, yo me cuidé mucho y duré como siete años sin tener, digo yo: 'tengo ganas, yo tengo la ilusión de tener una chiquita'. (...) Pero más bien con el otro me fue peor, porque casi me muero con la cesárea, porque la cesárea se infeccionó, entonces cuando yo salí del hospital era como si tuviera otro bebé, el estomagote así y aquello rojo, rojo y yo con miedo. Mi esposo me decía: 'vamos al hospital,' yo no quería ir (...) yo creo que duré ocho días así, cuando me fueron a sacar los hilos me jalaron un hilito y me abrieron toda la herida, todo eso está podrido y era un dolor, bueno a mí me dejaron más bien

un hueco. (...) Yo gritando y sufrí tanto, ¡ay, me fue tan mal y me trataron tan mal en todo!. (...) Casi me muero, viera qué cosa más terrible. Cuando yo llegué a mi casa sin ver a mi chiquito, yo a mi chiquito lo agarraba y lo besaba. (...) Ocho días sin mis hijos. (...) Me abrieron todo, me dejaron el cuerpo así, todo abierto, entonces ahí agarraban pinzas y me curaban y ya mentiolei, yo hasta lloraba. Entonces, despierta yo le digo al doctor: '¿cómo me va a coser así, despierta?' y él me dice: 'es que si le pongo anestesia no le pega, mamita', y yo agarraba la sábana despierta, entonces, digo: 'ay no, Dios mío, que no me castigue, pero yo no puedo tener más'. Entonces yo con el chiquito, me dicen: 'traiga los papeles y ya la operamos'. (...) Cuando en eso viene el tiempo en que no operaban a las mujeres. Entonces, Dios mío, yo me cuidaba con preservativo. (...) Y quedé embarazada..."

El castigo, para Marielena, llegó de nuevo con Karlson, el niño ofendido:

"...yo lloraba tanto porque estaba embarazada (...) y yo era el dolor y el sufrimiento, no, digo, no Dios mío, yo en otra me muero y yo dejar a mis otros hijos. (...) El día del parto amanezco yo, le digo a mi esposo que me siento mal. (...) Él que se va, y mi casa en vómito, vómito, vómito y vomito (...) y cuando me agarró un mal de estómago, era una cosa terrible..."

El dolor físico en estas madres habla al interior de coordenadas, de significaciones bien

precisas; el dolor físico es sentido e interpretado diferencialmente, de acuerdo con cada historia y cada estructura psíquica. En estos casos el parto se encuentra asociado con el dolor físico, el asco, y sentimientos de que lo más sucio y lo más podrido ha salido de sus cuerpos, junto con sus hijos. En las reacciones corporales que Marielena tiene en el momento del nacimiento de Karlson, podemos percibir un cuerpo que habla del miedo y odio: el haber quedado embarazada y estar pariendo justo lo no deseado. Odio que no puede salir por el río de la palabra y revienta a través del vómito. Vomita su odio y su miedo hacia el hijo, como quisiera vomitar también su hijo; una vida impuesta por una madre que siempre quiso vomitar, pero que no hizo más que tragar. Entre el niño, el cuerpo de la madre y el yo de la madre ocurre un abismo, tres mundos incomunicables, solo articulados por la muerte.

El niño viene a representar lo abyecto; se opone al yo para supuestamente destruirlo y ocasiona en el yo un sufrimiento abrumador. El niño es un algo que no se reconoce como un sujeto separado, pero tampoco como propio, es algo que se intenta expulsar. El hijo que nace es vivido como un espasmo, como un vómito, es lo que infecta la vida, es el "yo nada quiero saber de esto". El niño es eso que

descarta el cuerpo para poder vivir, es el desecho que cae para que yo viva. Es el peligro proveniente de un interior irreconocible, vivido como exterior a la identidad, el yo amenazado por una especie de no-yo. La abyección, en los casos de los hijos de Marielena y Marita, se profundiza al nacer estos con enfermedades físicas. El hijo de Marita es diagnosticado con síndrome de Down y el de Marielena con adenoides y un soplo en el corazón.

Marita:

"Y el chiquito me nació con una enfermedad que era el síndrome de Down, era como ver un chiquito mongolito. (...) Y después llegó ese hombre y me dice: '¿Se murió el mongolo ese?', porque nosotros todavía no habíamos terminado, yo tenía la esperanza de que él se acercara cuando naciera (...) pero él me dijo: 'si ese chiquito no se muere, yo la dejo a usted'; entonces, le dije que se fuera, porque primero estaba el chiquito y después lo demás. Pero yo le voy a decir una cosa: ese chiquito se tenía que morir de todas formas, por la voluntad de Dios, porque no progresaba por la enfermedad; pasaban los meses y flaquitico. (...) El jugaba con las manitas, pero casi no tenía agilidad, porque él era tan delgadito, casi nunca lloraba, era muy calmadito. Yo le daba pecho porque vieras, cuando a mí me regalan, parece mentira, pero tengo más leche. Sin embargo, el chiquito no estaba bien nutrido porque yo no tenía la alimentación necesaria (...) A él lo internaron, cuando tenía dos meses

me lo entregaron, pero casi no respiraba. (...) Yo lo que digo es por qué me lo dieron tan rápido si el chiquito todavía no estaba bien, ¿y a qué madre le gusta ver el chiquito enfermo?"

Marielena:

"Con la cesárea eran dos bebés, y más que el bebé –el que se me murió– padecía demasiado, demasiado, desde que nació, y yo a cualquier hora de la noche tenía que correr con él. Padecía de adenoides y de un soplo en el corazón. (...) Y había que darle chupón despacito para que comiera. (...) Todo el tiempo viví en el hospital. A la chiquita, después del baño, ¡pum! a la cuna. (...) A veces llegaba mami y la alzaba porque yo solo me dedicaba al varoncito, porque padecía demasiado. Yo me dediqué mucho y pasé yendo al hospital a cada rato, a cada momento, a horas de la noche; después llamaba a la ambulancia, ya llamaba a alguien y ya con el mayor dejaba el montón de güilas ahí. (...) A él lo que le daba era asfixia, le faltaba mucho el aire, demasiado..."

En ambos casos podemos observar la decepción y el rechazo que las madres sienten hacia sus hijos enfermos, la enfermedad de los niños es utilizada como explicación de sus muertes prematuras (sin embargo, según las autopsias, ambos niños murieron bajo el síndrome del niño agredido). La agresión hacia los hijos es vivida como profundamente amenazante, como algo incontenible, pero innombrable. La

negación aparece como la única posibilidad de enfrentar la culpa y el dolor ante la muerte de sus hijos. En algunos casos, pudimos observar otras defensas que se presentaban frente a la amenaza de la propia agresión. Por ejemplo, desde el nacimiento de su hija, ya Flor se encuentra temiendo su propia agresión hacia su hija. Como le es muy difícil aceptar que estos sentimientos la habitan, recurre a depositarlos en Carolina, su hija de dos años en ese momento:

"Después de que me regalaron, yo me fui para donde mi sobrina, porque a la grande, a Carolina le gustaba morder y pellizcar y a mí me daba miedo. (...) Entonces, yo pensé: 'tal vez le va a hacer algo'; entonces, no la dejamos estar solita y no, ella llegaba, la abrazaba y la besaba, bueno, no hallaba ni qué hacer con ella. (...) Donde la abrazaba y la besaba, yo decía: 'es capaz que la va a morder'. Nunca lo hizo".

La gestación del amor maternal para la segunda hija de Flor se presenta como difícil. Dos meses después del nacimiento de esta, Flor sufre una experiencia de violación por parte de su cuñado. En esta situación de carácter traumático, su hija recién nacida fue utilizada como amenaza para que esta accediera al abuso. Flor siente la necesidad de sacrificarse como forma de proteger a su pequeña

hija, además se siente traicionada y rechaza-da por su propia familia, ya que su madre y su hermana no le creen que haya sido una violación. El abandono del padre de la niña y la violación de su cuñado se producen poco tiempo después del nacimiento de esta y poco tiempo antes de su muerte.

En estas mujeres, el nacimiento del hijo no se vive desde el goce posible al dar vida, como creación de una madre cósmica, como tierra fértil que se abre a la gestación de lo nuevo. Más bien, son el dolor corporal, la humillación y el abandono las experiencias que marcan la vivencia del embarazo y del parto mismo. Pasemos a ahora a explorar la escena misma de la muerte de sus hijos, las circunstancias que la rodearon y las implicaciones dramáticas en la vida de ellas.

La escena del infanticidio:

El doble, el monstruo y el diablo

Se llega un día a una escena, a un momento irreversible: la muerte del niño. Se llega a vivenciar que la existencia de las madres depende de la no existencia de sus hijos. Detengámonos solo brevemente en torno a la existencia de estas madres: ¿su existencia qué es? Solo cumplir y continuar cumpliendo todas las funciones esperadas de la domesticidad y,

después de eso, pareciera que no hay más existencia. Al no tener existencia, la existencia del otro les es insoportable.

Flor es la única de las entrevistadas que acepta relatar la escena del infanticidio. Por su parte, María Antonia acepta el acto pero habla muy poco de este. Al respecto, relata Flor:

"No, ya cuando me pasó eso, ya ella tenía cinco meses; siempre fue igual que la otra y siempre la aceptamos y la queremos igual que a la grande. Nada más que, diay, cuando a mí me dio lo que me pasó con ella, fue así, un momento rápido. (...) Yo pensaba en todo eso, en que eran dos y todavía no podía trabajar porque la niña estaba pequeña, mi mamá me decía que tenía que darle de mamar, porque a ella nunca le ha gustado que solo le den chupón a los niños. (...) Yo me sentía como sola y todo eso se me venía a mí a la cabeza. (...) Ya él (el papá de la chiquita) no estaba ahí, ya lo habían trasladado. (...) Después yo lo llamé y me dijeron que no, que no estaba. Bueno, yo no sé si era, yo creo que decía que no estaba y después me dijeron que no, que lo habían trasladado. (...) Entonces, llegué hasta su trabajo, para ver si era cierto y me dijeron que no, que no estaba; bueno, diay, yo me fui, me vine para mi casa. A los tres días de eso, de haberme venido, fue que me pasó eso, el accidente de la niña. (...) Cuando a mí me dio lo que me pasó con ella, fue así un momento rápido. (...) Yo estaba con ella, después vine y me senté en el corredor y pensando en todo, ¿verdad? (...) Me quedé sentada ahí como

pensativa y bueno, con ella y fue cuando de momento que yo reaccioné, yo la agarré a ella, en ese momento fue un momento en que me dio cólera, pero no así, porque se parecía a él (al papá de la chiquita). Sentía cólera por todo lo que estaba pasando. (...) Fue cuando le tapé la boquilla y en el momento en el que ella se movió, pues yo me asusté y digo: '¿que estoy haciendo?'; entonces, yo la solté. La chiquita se despertó a vomitar sangre, entonces yo mandé a llamar a mi papá: '¿qué le pasó?.' Le digo: 'está vomitando sangre,' entonces mi papá buscó un carro y la sacamos para el hospital. La cuestión es que me dijeron que no, que la chiquita no tenía nada y me dieron unas gotas ahí, para que la curara (...) entonces siguió con mucha calentura y se sentía mal porque se quejaba y de todo, entonces la sacamos para el hospital; ahí la tuvieron en observación como cuatro horas, después me la dieron y me la llevé. Me la llevé en la noche, como a las once de noche para la casa y ya cuando el otro día ella murió, como al medio día murió, (...) por asfixia, sí."

María Antonia:

"María Antonia (según el relato hecho por su abogada) no quería que Joaquín se fuera,' porque ella sentía temor de estar sola en la casa y sentía temor de que se llegara la noche porque no había electricidad. Aparte de eso, sentía celos porque él saliera solo y porque él tomara licor. (...) Entonces, esto provoca que María Antonia, en el momento en que él sale de la casa, reaccione violentamente; la niña va pasando, ella la agarra, le empieza a pegar, se le monta encima,

empieza a pegarle y pegarle. Para María Antonia aparentemente, esta fue una más de las tantas veces que ella le pegaba; lo que pasó es que en esta oportunidad estaba más descontrolada. (...) María Antonia, dice sentirse posesionada por el diablo, agarra a patadas a Karla hasta dejarla moribunda y momentos antes de la muerte, la pequeña le dice 'mamita: yo te perdono'. Horas y días después, María Antonia continúa escuchando la vocecita de su hija ya muerta, repitiéndole lo mismo, tormento que sufre bajo la forma de alucinaciones verbales y pesadillas nocturnas".

En el momento de la entrevista, María Antonia aceptó haber matado a su hija, pero se negó a profundizar más sobre el tema, aduciendo una prohibición explícita de su abogada. De la siguiente manera respondió a la pregunta sobre qué pensaba ella del infanticidio en relación con cualquier mujer que pasara por este evento:

"...Yo me imagino, yo no sé, que es un momento que se apodera de uno, más cuando uno se aleja de Dios; yo me imagino que es un momento de esos. (...) No se puede explicar, es tan extraño, no sé, el diablo se apodera y lo manda, es una onda que uno luego se repone..."

Ella compara este sentimiento con el que tuvo un día, ya estando en la cárcel, cuando cogió un vidrio para cortarse: "...como que le

dice el diablo a uno: 'hazlo, hazlo'..." De nuevo la propia agresión es vivida como algo extraño, un extranjero que viene de un otro irreconocible y profundamente amenazante. El siguiente relato sobre el infanticidio no viene de las propias palabras de la madre entrevistada, fue tomado de su expediente judicial.

"A las doce de la noche el niño empezó a llorar y Marielena se sentía enferma, con un fuerte dolor de cabeza. Se levantó de la cama y preparó un biberón para el niño, pero este no quiso tomárselo. Se volvió a acostar y el niño no paraba de llorar y la madre no lograba dormirse, pero tampoco se levantó porque se sentía enferma. Como a las 4 a.m., el niño lloraba desconsoladamente, maltrató al niño tomándolo de los brazos y sacudiéndolo fuertemente. Al ser las 7 a.m., el niño estaba llorando nuevamente y observó que respiraba con dificultad y movía la cabeza de un lado a otro y continuó haciendo el oficio. Luego volvió, lo tomó en sus brazos y lo lanzó contra el suelo de mosaico. (...) Causa de muerte: hemorragia cerebral".

En este pasaje al acto, es el cuerpo de las madres quien habla. ¿Qué grita el grito del niño, el propio llanto sin agua de la madre? Grita su agujero, grita su vértigo. El grito puede ser escuchado como los aullidos de una bestia, como una combinación de horror entre aliento, saliva y ruidos que se escupen desde el vientre y salen por la garganta para

hacer "alucinar el dolor" y hacer invertir el orden de las generaciones. ¿Quién es el que grita, soy yo quien grito a mi propia madre o es él? Grito que llama al desamparo de una madre ausente, a la imposibilidad para soportar la demanda del otro. En la escena del infanticidio, el interior del cuerpo viene a suplir el derrumbamiento de la frontera entre el adentro y el afuera. Como si la piel, frágil continente, ya no garantizara la integridad de lo propio. Escena de zonas oscuras donde ronda el terror y el monstruo habita el interior y el exterior. Espacio poblado de negación, sensación de miedos y vértigos que hacen aproximarse a la bestia. ¿Por qué el demonio es el que llama? ¿Cómo es que el dios caído de la maternidad se transformó en demonio? La madre caída, la madre dadora de muerte, es llamada por el demonio y se convierte en monstruo interpelado por las fuerzas del mal. En esta escena, aparece en estas mujeres-madres su doble, la monstruosidad encarnada en su rostro interno. Postulamos que la escena del infanticidio, es una escena, donde se pone en juego la duplicación identificatoria, donde el monstruo es la madre de la madre del niño y la vez es el niño, es lo que estas madres han depositado de ellas mismas en estos pequeños. Triunfo de la pulsión de muerte, cuya meta es la desaparición de todo objeto que pueda provocar, por su ausencia, el surgimiento del deseo, y este

pequeño o pequeña refleja en ellas el deseo nunca alcanzado. Debate último con los funerales de su deseo. El sufrimiento, nos dice Piera Aulagnier, en tanto incentivo de un deseo de desinvertidura, es una oportunidad para la pulsión de muerte. El deseo en estas mujeres ha sido teñido por el dolor, el peligro de aniquilamiento, la ausencia del otro deseado, por experiencias de vida mojadas de muerte. Las experiencias de carencialidad y precariedad han sido tan intensas, que el deseo del hijo pequeño se vuelve intolerable, al revivirles sus propios deseos frustrados.

**Fue un accidente:
No soy madre infanticida**

Tanto Marielena y Lucrecia como Marita defienden su inocencia y dicen haber sido juzgadas injustamente. En todo caso, ¿por qué decir la verdad a entrevistadoras desconocidas? En este caso, ¿qué puede destruir más: la mentira o la verdad?, ¿por qué reconstruir, por qué recordar, por qué reescenificar lo que posiblemente es indecible?

Marielena:

"fue que yo me caí encima de él (...) el accidente fue como a las siete de la mañana. Yo había tenido gemelos, ya tenían tres meses. Iba a bañar al chiquito, pero al poner la tina con agua

para bañarlo, seguro se me regó un poco en el piso y no me di cuenta. Entonces, al alzarlo me resbalé, se me cayó y yo le caí encima de su cuerpito, le puse las manos encima, lo estripé; quedó como desmadejado, no respondía, yo lo agarré duro y lo más fuerte para que respondiera, pero estaba como descompuesto. (...) Cogí el teléfono y con el bebé alzado, llorando, llamé a mi mamá y le dije que se viniera corriendo porque había tenido un accidente terrible. Ella se vino corriendo e inmediatamente llamamos a la Cruz Roja. (...) Cuando ellos llegaron (los de la ambulancia) yo creí que mi chiquito estaba vivo, porque yo lloraba y gritaba de todo, pero me dice mi mamá y mi papá: 'no, él está vivo'. Cuando dice el de la ambulancia: 'acaba de morir'. Para qué dijo eso, ¿verdad?, yo nada más me paro y me vuelvo como loca. Yo sentí algo horrible, empecé a llorar y a gritar desesperada: 'lo maté, lo maté, maté a mi hijito', me quería dar contra las paredes. Mi mamá se enojó conmigo por haber dicho que yo lo había matado. Pero ellos me oyeron, entonces, dijo uno de la ambulancia: 'vamos a pasarlo al Hospital de Niños para que no hubiera nada', pero hubo un señor, como todo que: 'no, no vamos a pasarlo a la OIJ' y llamaron al agente del OIJ. (...) Ese día me tuvieron que dar tranquilizantes, después de ponerme como loca, me quedé ida, no hablaba ni respondía si me hablaban. (...) Cuando ya pasé la crisis, más bien sufrí demasiado por él, de que yo lo había matado y todo, yo sufrí demasiado por él, por las cosas de que no eran así..."

Marielena nos habla del doble que existe en ella: la madre que odia y también ama a sus hijos, de su rabia y de su sufrimiento, del querer haberle dado la vida a Karlson y a la vez haberle dado la muerte. Su narración nos habla de la intensa ambivalencia sentida hacia su hijo, de la lucha interior entre el amor y el odio, de la desesperación que esta situación irreconciliable le provocaba y, finalmente, de una muerte trágica que se le hizo inevitable.

El caso de Marita es complejo. La mentira desmentida se puede plasmar todo el tiempo a lo largo de la entrevista; se acusa al acusar a varios y al decir: "de todos modos se tenía que morir". Marita, en una sola entrevista, acusa a tres instancias como posibles sospechosos de la muerte de su hijo: 1) al padre del pequeño, 2) al cuerpo médico del hospital al referir que ella lo llevó bien y luego lo encontraron todo quebrado, y 3) en complicidad con la madre, a quien acusan es a su hija de tres años, de haberse parado encima del pequeño y haberlo matado. Ilustramos las tres versiones diferentes, en su relato:

"...Luego cuando ya el chiquito tenía cinco meses, yo fui a llamar por teléfono a ese señor, pero parecía que ese señor ya estaba en mi casa, cuando yo llegué a la casa ya ese chiquito estaba así".

"El chiquito se murió cuando yo llegué al hospital; me decía el doctor que yo había matado al chiquito y yo decía que cómo se basaba él en eso si era algo tan delicado y a mi mamá también le dolió mucho. Mi mamá reaccionó como toda abuela cuando se le muere un nieto; aunque en las noticias dicen que el chiquito tenía las costillas quebradas y la cadera ´espedazada`, eso es mentira, cuando yo llegué, el chiquito nada de eso tenía. Por eso yo no me considero una asesina ni nada, porque yo busqué todos los medios posibles para que me ayudaran con el chiquito, porque, a pesar de todo, yo ya había aceptado que el chiquito era enfermo. (...) Cuando yo llegué el chiquito estaba como cuando se mueren por asfixia, Entonces, mi mamá y yo corrimos a llevarlo al hospital en carrera y allá quedó vivo el chiquito, y ya al otro día cuando yo fui a ver al chiquito, fue cuando me dijeron ese montón de barbaridades. (...) Yo sí le pido a Dios que les perdone, dicen que Dios no va con la mentira, la ley debería de hacer más averiguaciones, no sentenciar así, porque si yo cuidé chiquitos que no eran hijos míos. ¿Cómo voy a hacerle daño a alguien que es mío? ¿No tengo una chiquita de tres años? Si yo le hubiera hecho daño, lo hubiera hecho con ella, que es la primera."

"Dice mi mamá que mientras que yo andaba llamando por teléfono la chiquita mía de tres años se le paró encima al chiquito y usted sabe que si una chiquita tan gorda se le para a un chiquito tan desnutrido lo puede matar; pero no valió, porque los jueces dijeron que era menor de edad y yo tenía que pagar eso."

Las diferentes versiones se contradicen entre sí y, sin embargo, coinciden en que son intentos por explicarse algo que para ella misma es inexplicable. Aceptar la responsabilidad en la muerte de su propio hijo aparece como inaceptable, como inconcebible desde sus propias representaciones como madre.

De forma semejante, en el caso de Lucrecia, las explicaciones son desde todo punto de vista contradictorias. Por una parte, acusa a su abuela de haber matado a su hijo: "...porque ella no me dijo que el chiquito iba enfermo, que iba golpeado, ni nada". Y en otro momento de la entrevista dice que a Marco Antonio le dio un infarto en el corazón:

"...yo estoy aquí más que todo porque yo no quise hablar en el juicio; yo estuve como si le estuvieran hablando a la pared, no escuché a nadie. (...) Me le quedaba viendo a los jueces fijamente en la cara (...) a mí me tenían color de loca. (...) A mí me acusan de infanticidio, yo no quise hablar las cosas como eran y me sentenciaron a 15 años. No quise hablar porque el

chiquito que a mí se me murió era mío, el mayor. Mi abuelita lo tenía y ella lo maltrataba, pero yo nunca quise decir, porque como ella era una señora mayor de 80 años, diay, ¿para qué ella iba a venir aquí si yo estoy más joven? Yo sé que Dios tarda pero no olvida (...) yo estaba muy jovencita, lo que tenía eran 19 años casi.."

La distorsión, las contradicciones y las confusiones se entrelazan en sus narraciones como velos que las atrapan en una maraña tejida para protegerse de la misma violencia, los desgarramientos y las carencias vividas. Aceptar la propia participación en el asesinato de un hijo aparece para estas mujeres como un lugar innombrable. Por un lado, aceptaron participar en las entrevistas, pero, por otro lado, la experiencia de la muerte de sus hijos es un recuerdo confuso, nebuloso, que amenaza como desbordar la integración yoica. Es una experiencia inefable que se procura negar y deformar desesperadamente, pero que, a la vez, invade la cotidianidad permanentemente.

Interrogatorio, juicio e ingreso en la cárcel: Calabozos y mazmorras

El juicio y el interrogatorio que sufren estas mujeres en los patíbulos o calabozos, celdas para hacer hablar al culpable, al pecador,

y la confesión, el uso de la tortura física o psicológica, nos recuerdan desde la distancia el destino de la inquisición. El juicio y el interrogatorio a estas mujeres están realizados sobre una base de violencia profunda. ¿Por qué, qué sucede con los otros ante el infanticidio? En nuestra sociedad, los hombres y las mujeres rinden culto a un Dios y a un templo: el templo de la maternidad. En nuestra construcción social la maternidad es un dogma, supuesto de amor, que se defiende con pasión. La presencia de algo o de alguien que represente el quebrantamiento a este dogma, es vivenciado desde el lugar de lo extraño, incomprendible y aborrecible, ya que se trata de un monstruo interno y no externo. Posterior al infanticidio se continúa sobre una rueda de violencia: se pasa por el ritual de la acusación, luego el interrogatorio, el estigma, la cárcel, el juicio y nuevamente la cárcel.

Es importante resaltar el caso de Flor, pues, a diferencia de los otros casos, ella se autoacusa. Flor proviene de una zona alejada del área metropolitana, zonas donde estos casos atraviesan con mayor facilidad la cifra negra del delito: son escasamente reportados y un nivel distinto de vigilancia y de persecución policial se establece en estas zonas. Por tanto, es probable que muchos casos similares al de Flor queden en un secreto cerrado

entre la madre, su hijo ofendido y la familia, y jamás alcancen las puertas del sistema judicial. Para Flor es la mirada de sus hermanos hombres, la más culpabilizante y sancionadora, ellos la obligan a declararse culpable.

"...dos días después, no se habían dado cuenta ni nada, cuando yo le dije a mi hermano lo que había pasado, porque la chiquita murió, a los días después y pues ella tuvo que haber muerto, digamos por eso, porque aunque fue a los dos días, pero ella fue muy sana y todo, nunca tuvo ninguna enfermedad. (...) Yo en ese momento no hallaba ni qué hacer y mi hermano se quedó todo asustado porque me dice: 'usted sabe que' bueno, él solo me dijo que era un delito, que tenía que venir a la cárcel, ellos habían sido policías. Bueno, ahí fue cuando yo me asusté mucho más ¿verdad? porque yo me imaginaba que la cárcel pues era algo así. Que si uno tenía que pasar un montón de años, lo tenía que pasar encerrado en un cuartito ahí. (...) Llamamos a mi papá y le dijimos (...) lo que hizo fue destaparse a llorar y en ningún momento me regañó, ni nada de eso, sino que se puso a llorar porque sabía que yo venía para acá, para la cárcel. (...) Entonces, yo no pude ver a la chiquita. (...) No, después enterraron a la niña del todo (...) no estuve en el entierro; yo estaba en el OIJ. Después cuando me dijeron que bueno, los primeros días me tuvieron ahí, no se me dio tanto, sino cuando ya me dijeron: 'bueno, vamos a decidir que debe ser juzgada, usted va a salir en libertad o va para la cárcel de mujeres'. (...)

Eso me afligía, me ponía enferma de saber que seguro iba a venir aquí”.

Las narraciones de estas mujeres nos hablan sobre el interrogatorio, las preguntas inconsistentes y culpabilizantes, las presiones, amenazas y la mirada acusadora de los otros sobre el crimen. Escuchemos algunos de sus relatos.

Marielena:

“...yo estaba como tonta. Como a las seis y media o siete llegaron del OIJ con mi esposo y me dicen: ‘no, lo siento pero usted tiene que acompañarnos’; les digo: ‘¿para qué?’ ‘para unas cosas que tenemos que hacer’. Cuando fue mi esposo a recoger el cuerpo con mi sobrino los dejaron a los dos detenidos, solo mi sobrino vino con los de la OIJ para que fueran por mí. (...) Me interrogaron a mí, interrogaron a mi esposo y le decían cosas tan horribles: ‘sí, su esposa confesó que usted lo agarraba a patada limpia y lo tiraba por allá’; decía él ‘es que mi esposa jamás puede decir eso porque yo jamás en la vida he hecho eso’. Y después me decían a mí: ‘dice su esposo que usted agarraba el bebé y lo quería ahorcar, que le daba el chupón lo más duro y que le daba de comer cada cosa, que ese chiquito la tenía obstinada’. (...) ‘Mi esposo jamás pudo haber dicho eso porque tenemos años de casados y hemos sido tan felices.’ (...) El médico forense de la OIJ es un gordo que cuando yo llegué le digo: ‘vea, yo soy inocente’, me dice: ‘¿sabe qué?, yo odio cuando una mujer llega aquí por rasgos o por sospechas de

eso, de crimen de un chiquito, por un infanticidio; entonces, yo trato de hundirlas y me las pagan; así me dijo. Entonces, le digo yo: 'ah sí, con que usted es así, pues Dios sabrá, usted me puede condenar y poner lo que quiera en el papel, pero solo Dios sabe', y yo llorando: 'vea, yo tengo más hijos, por favor no haga eso'. (...) El médico forense se ciñó contra mí, porque siempre que moría un niño la agarraba contra la madre y decía que eran como asesinas..."

Marita:

"El médico fue a presentarse al OIJ, porque a uno supuestamente lo acusan de homicidio; el doctor leyó el dictamen médico y decía: cuatro costillas quebradas, un bracito, un piecito, cosas que a mí me extraña porque el chiquito se llevó enterito y el murió asfixiado, no por los golpes. Yo me pongo a pensar que cómo en un momento inventan todo. Yo lo que hice en ese momento fue ir de casa en casa a pedir plata para la cajita. Imagínese, si yo hubiera sido, yo no hubiera andado buscando plata para la cajita ni nada, ni ir a la OIJ; eso es lo que yo digo, si yo me hubiera sentido culpable me hubiera fugado. No temo ni ante la gente ni ante Dios. Los jueces me juzgaron, pero el que me importa es Dios."

Sobre el trato de los medios de comunicación durante el juicio, los comentarios son semejantes, se refieren a la estigmatización y la agresión vividas frente a la opinión pública. Marita relata con indignación:

"Lo que pasa es que ni por la tele, ni por la radio, ni por la prensa, ni por nada, nunca me dejaron defenderme. Ante nadie porque nadie me quiso escuchar. (...) Ahí lo que yo encuentro es una recriminación, porque si a uno le van a hacer el juicio, a uno personalmente, ¿por qué tiene que salir por todos los canales, donde todo el mundo tiene que darse cuenta? Yo veo eso muy deshonesto, porque en eso deberían pedirle la opinión a uno, si uno está de acuerdo o no. Lo que les interesa es pasar el escándalo. Es de ahí donde viene que lo tratan a uno de lo peor, que la gente lo hace a uno como un cero, que hasta desean matarlo a uno."

Sobre el interrogatorio y el juicio Marita nos habla sobre las amenazas, la indefensión que sintió y la intromisión de los medios de comunicación en su vida privada:

"Nos llevaron a mi mamá, a mí, a una sobrina de 10 años y a mi chiquita y nos metieron en unos cuartitos. No me maltrataron, pero sí me amenazaron de que si yo no me declaraba culpable, a mi mamá la iban a encerrar en unos cuartos dónde salían calaveras; entonces, yo de la congoja, dije que sí había matado al chiquito, pero me amenazaron; y yo digo que eso también está contra la vida de uno. (...) Después que ya me hicieron el juicio, eso fue terrible, me presentaron por tele y todo fue más doloroso para mí. Yo tenía que estar con la cabeza agachada y a mi madre también, cuando ella declaró, también la sacaron por tele. Yo no estoy de acuerdo con

eso, porque esto es un juicio para uno, no para todo el mundo. Tuve una abogada que no me permitió hablar. Yo le conté todo a ella (...) y ella me dijo 'yo preferiría que no hablara' cosa que tal vez no debí de haber permitido porque yo no estuviera aquí, estuviera allá afuera. (...) Nadie fue a declarar en mi contra y la declaración de mi mamá no valió. Después el papá del chiquito fue a declarar y dijo que nunca en la vida había salido conmigo, que él no me conocía y ya sabe usted, como todos los hombres, que no era el papá del chiquito, fue un dolor muy duro para mí. La abogada, en vez de defenderme a mí, me hundió prácticamente. Ella dijo que el chiquito estaba en términos de desnutrición y eso sí es cierto porque yo como había quedado tan mal en la cuarentena; entonces, yo no había podido trabajar y en ese momento no tenía con qué alimentar a ese chiquito, ni agua, ni nada, solo agua de pecho y, claro, en vez de prosperar, él estaba desnutrido; entonces, la abogada lo que dijo es que me castigarán por lo de la desnutrición, pero no por lo de la muerte."

Lucrecia habla sobre el juicio en los mismos términos, como una experiencia humillante, en la que ella se negó a hablar:

"Estar en un juicio es feo. (...) Ellos no tienen compasión de nada, ellos están por ganarse su sueldo, no les importa si la persona es inocente o no. No hablé porque ellos sabían, ellos sabían, yo solamente con el abogado hablé, yo le expliqué al abogado muy bien, y no, es que así

son los jueces. (...) Esos magistrados, ellos están por su sueldo, no están por los sufrimientos de los hijos de uno, ni por la familia de uno, ellos están por ganarse el sueldo nada más. Yo no hablé nada, Entonces, ¿cómo me podía defender él a mí? No hablé, nada que ver, como si estuvieran hablando con la pared, no escuchaba a nadie. (...) Me le quedaba viendo a los jueces a la cara. Decían: 'esta es media...' A mí me tenían color de loca, ¿no?, yo no los atraso ¿para qué voy a hablar algo que no?, es tontera hablarlo, para mí eso ya no tiene solución."

En el interrogatorio de María Antonia, según comenta su abogada defensora, ocurrió lo siguiente:

"... ahí hubo tortura psicológica, la tuvieron, sí, muchas horas en el OIJ; ella lloraba, gritaba de todo, hasta que ya en un momento aparentemente del cansancio, ella les contó lo que ellos manifiestan..."

Otra situación que expresa este rechazo de los otros hacia estas mujeres se presenta en el hecho de que en todos los casos les fue vedada la posibilidad de asistencia al funeral del niño. Pareciera que esta prohibición es ejercida como una especie de castigo. Marita relata su experiencia:

"Yo no lo enterré, le tocó a mi madre, porque yo ya estaba aquí (en la cárcel). Cuando llegaron

los del OIJ por mí, el chiquito estaba en la morgue y yo les dije que por qué no me dejaban verlo y me lo negaron, me quitaron ese derecho. Yo, como la madre, tenía el derecho de ver al niño. ¿Qué se puede llamar eso?, que entre todos habían hecho esas acusaciones contra mí, porque ni a mi madre dejaron verlo, se lo entregaron con la caja tapada y cuando ella iba a destapar-lo para despedirse, porque ella es la abuela, no la dejaron, no entiendo eso, qué tenían que ocultar. Cuando yo llegué al hospital tampoco me dejaron verlo, solo me dieron una orden de que me tenía que presentar al OIJ, pero por la misma taranta que yo tenía, lo más que pensé fue en ir a buscar la cajita; cuando yo ya tenía la cajita comprada, llegaron los del OIJ".

La violencia continúa su carrera sobre sus vidas; la agresión y la culpabilidad las atrapa en el recinto que las acoge para sufrir su condena, para penar el dolor y la muerte que las acompaña. Parece que los límites entre el sufrimiento de sus niños y el de sí mismas se van disolviendo para encontrarse en el cautiverio. María Antonia llega a decir: "esta es mi cuarta cárcel". El interrogatorio como confesión impuesta, se impone como un recurso técnico para hacerlas hablar la "verdad", para obligarlas a asumir la culpa y para apoderarse del conocimiento del crimen y el criminal. Empieza, lo que Foucault (1980) llama "el proceso de entrenamiento, ejercitación y

supervisión del cuerpo" por parte del control social dentro de la institucionalización penitenciaria. El interrogatorio, el juicio y la experiencia en la cárcel, constituyen prácticas sociales en las se entrecruzan la tecnología disciplinaria y la tecnología de la confesión. Estas son las principales "tecnologías políticas del cuerpo,"³⁵ mediante las cuales se busca en la actualidad el control del cuerpo y de las experiencias sexuales de los sujetos. La creación de cuerpos mudos y dóciles y la incitación a hablar del sexo y la violencia, a decir la verdad sobre uno mismo, mediante el examen y la confesión, son los fines que buscan estos rituales del poder, que predominan en las sociedades actuales, pero que cuentan con una historia legendaria.³⁶

La llegada a la cárcel: Las internas les gritan "Madres asesinas"

La reacción por parte de las compañeras del Buen Pastor es violenta, principalmente en el período del ingreso de estas mujeres.

35. "Son instrumentos efectivos de formación y acumulación de saber, métodos de observación, técnicas de registro, procedimientos de indagación y de pesquisa, aparatos de verificación" (Foucault, 1980, pág. 147). Estrategias que buscan la dominación, el sometimiento y el control del cuerpo, la sujeción más allá de la represión.

36. Foucault, citado por Dreyfus y Rabinow (1979).

Las rechazan, las insultan y las amenazan, incluso hasta de muerte. Es importante aclarar que para el ingreso en la cárcel, ya los medios de comunicación se han encargado de transmitir sus versión oficial de la situación, en la cual se les responsabiliza a las mujeres sin tomar en cuenta para nada las circunstancias que rodearon el asesinato. Sobre este repudio, relata María Antonia:

"Entré un viernes a las diez y media, bueno, pasé la noche un poco intranquila, pero siempre con aquello que yo me despertaba pensando que estaba en mi casa y el sábado yo me levanté con miedo de irme al baño, pensando que me iban a hacer algo, que me iban a matar o algo. (...) Y yo voy y me arrimo a las gradas y de sentenciadas una muchacha me dice: 'ah, usted es la desgraciada, esa perra' y no sé qué me dijo, 'en el lugar que yo la vea sola, yo la mato (...) yo he matado dos desgraciados, una más ¿qué? ha matado un hijo, yo la mato'. Ya pasó, fui a la corte y hablé con el abogado, le digo que me amenazaron de muerte (...) Entonces, el juez mandó una orden aquí a seguridad. Me tuvieron en las tumbas quince días (en las celdas de máxima seguridad). Yo recogí mis cosas y cuando iba bajando más de una me gritaba: 'para hacerte a vos lo mismo, para matarte como mataste a tu hija'. Me decían eso, a mí me dolió, digo, porque ellas no son nadie para que a mí me juzguen, solo Dios sabe y mi hija lo que pasó. (...) Me sentía mal y me ponía a llorar y a la única que le pedía perdón era a mi hija y a mí..."

Marita:

"Como todo, en todo lado, fui recibida con mucha agresividad, porque lo catalogan a uno como a un asesino y para la sociedad es lo más incorrecto que hay. (...) Cuando salieron las noticias, fue cuando aquí todo el mundo lo recrimina y le dicen a unos cosas de cosas; yo me encerré en un cuarto y no podía salir del bullón que se tenían allá afuera. Me decían: 'asesina, salí para matarte'. (...) Bueno, ponen en las paredes: 'a las madres asesinas', y yo sé que es para mí, se ponen a decirme que ojalá me muera, pero yo sigo adelante. (...) Ya al ver semejante noticia, ya tenían que reaccionar, ¿ve?, si me hubieran matado, los únicos responsables hubieran sido los de la tele. Por eso ellos serían los culpables en este caso, gracias a Dios no pasó, porque Dios es muy grande. (...) Pero el cuerpo técnico se porta muy bien. Siempre están dispuestos a prestarme ayuda, de las psicólogas sí recibo apoyo..."

La cárcel para estas mujeres en una primera instancia, es el lugar donde circula la violencia recíproca. No hay ningún otro delito que sea más repudiado por las internas de la institución carcelaria que el infanticidio. Sin embargo, los trabajos de reflexión dirigidos por parte del equipo técnico de esta institución han contribuido a disminuir el maltrato que estas mujeres sufren por parte de otras internas. A pesar de esto, el encierro es vivido desde la impotencia de sentirse atrapadas

en una cotidianidad estancada, en la que la movilidad del cuerpo está totalmente regulada. Sobre esta experiencia carcelaria, comenta Marita:

"Por el momento una tiene la mente nada más en el beneficio y el beneficio, al sentirse encerrada. Uno se da cuenta que los otros andan así, trabajando, que andan así, en la carretera y que se montan en los buses y van de un lugar a otro, es de lo más lindo. Aquí, nosotros no podemos hacer nada de eso, digamos aquí para ir al cuerpo técnico de la jurídica, hay que pedir un pase, porque, si no, no lo dejan entrar a uno, ni nada. Es como una jaula, como cuando uno tiene un pajarito y ese pajarito está en la jaula y usted lo suelta, que alegre se pone, porque, diay, va a volar. Así se siente uno, así me siento yo y así tenemos que sentirnos todas las compañeras aquí."

A pesar de lo anterior, la mayoría de ellas no niegan que la experiencia carcelaria les ha ayudado a encontrar otras mujeres en condiciones similares con las cuales han podido establecer, a veces por primera vez, un encuentro de afecto y de escucha. Situación enfatizada por María Antonia:

"La primera vez que alguien me dijo que estaba bonita y que me veía bien fue aquí. (...) Aquí he conocido gente que lo puede comprender a uno. Antes yo nunca había tenido ninguna amiga..."

No obstante, la institución carcelaria es siempre vivida como una experiencia de profundo dolor, miedo e incertidumbre. El encierro se vive con culpa; a veces, ellas llegan incluso a justificarlo, no tanto por la muerte de sus hijos, sino por sus formas de ser, su rebeldía, su propia agresividad, su resistencia a la sumisión y a la violencia. Se viven como mujeres transgresoras desde antes del infanticidio, al no responder a los ideales de la feminidad que han internalizado y que viven como exigencias inviolables. (Sobre la imagen que ellas tienen de sí mismas y de los otros volveremos en el próximo capítulo)

Salvar su impureza:

Circular tras las huellas de la maternidad

Como sabemos, estas mujeres continuaban siendo madres. ¿Qué pasa con sus otros hijos, dónde y cómo están? Los niños, hermanos del ofendido u ofendida sufren un duelo importante con el ingreso de su madre a la cárcel. Deben irse a vivir con otro u otra, que muchas veces también tiene dificultades para el ejercicio de la función materna. A veces significa continuar su rodaje o empezar a hacerlo, y perder en la mayoría de los casos su principal figura vincular. Generalmente, las madres les mienten a sus hijos sobre el lugar en que se encuentran y el motivo de su internamiento,

diciéndoles a estos que la cárcel es su lugar de trabajo.

En el infanticidio el niño muere en un instante, la madre no cesa de morir. Ambos, de una forma u otra, sufren un destino similar. La forma de enfrentarse con la negación de sí mismas como sujetos de palabra es desde la reivindicación de su ser mujer a través de la maternidad. Estas madres, con sus recursos, están desde su único lugar posible, intentando entregar algo distinto y superior en su vinculación con sus otros hijos, darles miradas de amor y palabras de afecto y sobre todo luchar para no perderlos. Su eje de salvación no se vislumbra más que en el ser madres. Su presente y su futuro dicen querer dedicarlos a sus hijos, que, aunque están lejos de ellas, representan, según su perspectiva, la única posibilidad de reconstrucción. Presentamos, en esta parte, textos que ilustran la forma de vincularse de estas madres con sus hijos, desde su experiencia carcelaria. Encuentros y desencuentros impregnados de sueños y esperanzas todavía presentes, nostalgia, ausencia profunda, dolor, rabia y frustración de no poder ser madres como quisieran. Escuchemos algunos de los relatos sobre el significado que el ingreso en la cárcel tuvo para sus hijos.

Marielena:

"Cuando me vine a entregar, yo le dije que yo venía a trabajar y no sé qué; entonces, la chiquita piensa que yo vengo a trabajar (...) ese día que tenía que entregarme fui a la Corte, fue mi mamá, fue mi papá, casi todos fueron a dejarme a mí allá y me despedí de mis hijos; ellos quedaron allí. Entonces, les digo: 'vean papitos, yo tengo que ir a trabajar, yo voy a ir un tiempo sin venir, ni nada, un tiempo', 'pero mami, por qué, yo no quiero que usted vaya', me decía el más pequeño, porque los más grandes ya sabían. Claro, se quedaron llorando, diay imagínese, yo sentía una cosa que bueno, era una cosa terrible. (...) Cuando venían los miércoles o los domingos a verme, para ellos era una alegría verme: 'mami, ya no trabaje aquí tan feo'. 'Papito, comprenda, ustedes vengan a verme aquí', entonces ya se fueron acostumbrando..."

Flor:

"Ayer que hablé con mi mamá, ella estaba llorando y diciendo que la chiquita estaba toda brava, diciendo que por qué era que yo no iba y que si era que yo no iba a volver más, porque ella no entiende, ella piensa que yo estoy trabajando. Me dice: 'por qué trabaja y no viene más' (...) seguro piensa de que yo no voy a volver. (...) Cuando ella viene aquí me dice que quiere que yo la lleve allá adentro, a conocer la casa donde yo vivo, donde estoy trabajando, pero ahí no se puede entrar. Yo digo que no, que después, porque no puede ir ahí. (...) Cuando digamos el primer día que llegué a mi casa (a partir del Beneficio, solo a pasar el día) después de

dos años de estar aquí y en esos dos años me la habían traído muy poco (...) ella se quedó en el patio como si nada y cuando se acercó así, se me quedó viendo y nada más, pero no llegaba donde mí, hasta al rato fue que ella empezó a acercarse. Ya después, al tanto tiempo, yo vuelvo a ganar el cariño con ella. (...) Mi ilusión siempre ha sido mi chiquita. Hace poquito me mandaron una foto y yo lo que pienso es trabajar para darle los estudios a ella y que ella llegue a conocer, enseñarle más, para que sea totalmente diferente. Para que tal vez no le llegue a pasar lo que me pasó a mí, digamos mantenerse, digamos tratarse bien, digamos totalmente diferente a lo que me a mí me pasó".

Lucrecia:

"Cuando yo tuve el problema yo estaba viviendo casi al frente de donde mi mamá (...) ella cogió a mi chiquita y a Mercedes (...), entonces, yo le dije que me trajeran a la chiquita y me aceptaron solo a la que tenía 22 días. Cumplió un año aquí y 22 días, después me la quitaron (...) porque por el delito que yo estoy, me acusan de infanticidio y que me habían declarado en estado de abandono. Me la hicieron arrebatada de los brazos. (...) Cuando a mí me quitaron esa chiquita fue cuando empecé a agarrar los colchones y pegarles fuego a la hora que fuera, con ellas (las internas) adentro. Fui donde el director y le dije que él era un gran hijueputa, que ojalá nunca pasara lo que yo había pasado, porque él no tenía hijos, él no sabía lo que era el dolor de una madre, yo anduve como

cuatro días que yo no conocía a nadie, que yo no comía nada, desorientada, como loca andaba yo. (...) La recuperé, hice una carta. Yo volví en sí (...) recogí firmas de todas mis compañeras. ¿Cómo pueden comprobar ellos que mi chiquita está en estado de abandono? Veintidós días tenía mi chiquita de estar en el Patronato. Me llamaron diciendo que fuera por la chiquita, llamé a mi papá y le dije que la fuera a recoger y la tiene él."

Marita:

"...ahora más grande tiene cosas más raras; dice mami que a veces le tira cosas en la cara a la gente, o sea, agresiva; tal vez como yo antes le dedicaba después de mi trabajo, los domingos me la llevaba a pasear, yo creo que eso se le ha dado a ella. (...) Por la inocencia de ella se le ha dicho que yo trabajo aquí. Para ella sería muy triste decirle que yo estoy presa, tal vez más grande ella entenderá las cosas, pero yo no quiero que a ella se le meta odio contra mí, ni nada. (...) A la chiquita se le ha dado mucho que yo esté lejos de ella, más que ella estuvo en el juicio y el juez dijo que ella no podía estar allí, porque ella me tiraba los brazos. (...) Cuando la chiquita viene aquí, ella cuenta, vieras qué bien lo cuenta. Yo me siento muy mal de haberme separado de ella..."

María Antonia:

"...yo ya tengo año y medio de no verla, porque mi marido dice que yo no soy la mamá (...) que desgraciadamente tiene el apellido mío (...) le digo: 'no, usted no me puede quitar a mi bebé,

yo seré lo que sea -le digo- pero siempre voy a ser su madre'. Ya está en el kínder, ahora el 21 de agosto cumple seis años ella..."

Sobre la ambivalencia hacia el niño de un año que tuvo en la cárcel, afirma Lucrecia:

"Cuando yo quedé embarazada, ese bebé no lo quería aceptar. Yo decía que no, que cómo iba a estar embarazada, que no podía ser posible. (...) Y dicho y hecho, hasta el momento ahí está mi bebé, un macho lo más bonito y ahora decidí cambiar; ahí estoy esperando en Dios volverme a ir, por mi hijo, por mis hijas, no solo por él, por-que diay, yo también cuento con mis dos hijas: tengo una de siete años y una de cinco años. (...) Yo tengo que seguir adelante por mi bebé (...) yo me siento muy feliz con mi hijo. Él es todo para mí (...) para mí mis niños lo son todo en esta vida. También como yo nunca tuve niñez me gustan los niños ahora (...) mi hijo es lo único que a mí me puede consolar, ellos sienten lo que uno siente y yo siento lo que mi hijo siente".

Los hijos para ellas son la ilusión fundamental en sus vidas. El presente y el futuro es visualizado desde el reencuentro con ellos y la posibilidad de asumir la crianza. La vida adquiere un sentido a partir de la maternidad, que paradójicamente ha sido quebrantada en sus cimientos. La nostalgia por el niño muerto, en la mayoría de ellas, permanece en el silencio. Fueron muy pocos los recuerdos

extraídos de los textos de las entrevistas que hicieron referencia al niño ofendido; mucho menos pensar en qué hubiera pasado si la vida hubiese continuado con ellos. El único texto que encontramos en relación con la nostalgia del futuro no cristalizado del niño muerto se encuentra en Marielena:

"Hasta la fecha, cuando yo mandé mi chiquita a la escuela, fue un sufrimiento, porque hubieran ido los dos juntos, ya mi chiquita está en primero y como son gemelos. Cuando veía la ropa de la chiquita me acordaba del otro, un sufrimiento muy feo, demasiado difícil (...) porque el chiquito duró tres meses nada más".

Pareciera que la imagen del niño ofendido está cargada con la culpa y el dolor asociado con la escena trágica de su muerte, el silencio sobre sus recuerdos es una alternativa frente al sufrimiento experimentado. Frente a su ausencia, al hueco que dejaron estos niños, son los otros hijos, los que vienen a ocupar un lugar de esperanza, los que permiten darle un sentido a sus vidas y así representarse un futuro posible. Un futuro incierto, impregnado del pasado abrumador que seguirá determinando sus vidas irremediablemente.

TERCERA PARTE

**Imaginario social
y sacrificio en
la maternidad**

El imaginario social en estas mujeres-madres

¿Cuál es el imaginario social en el que están insertas estas mujeres? ¿Cómo se ven a sí mismas, cómo desean ser y cuál es la realidad que habitan? ¿Desde dónde hablan y a quién le hablan? ¿Cómo gozan, dónde ocurre su goce, cómo se inscribe este en su cuerpo? Estas son algunas preguntas de las que vamos a partir para acercarnos a las representaciones sobre la feminidad y la maternidad presentes en los textos de estas mujeres. Hemos analizado la paradójica fusión en sus vidas entre el ser mujeres y el ser madres. La maternidad y la domesticidad se imponen cotidianamente, las atrapan entre sus redes como en un círculo eterno. Sin embargo, también son esposas y compañeras, hijas y sobre todo mujeres. ¿Cómo se fue tejiendo esta feminidad en sus propias representaciones, que tan desgarrada se encuentra de sus propias realidades? Estos son algunos de los interrogantes fundamentales de los que vamos a partir para comprender el ser mujer ligado

al infanticidio, al maltrato infantil y a la violencia doméstica.

El rostro del otro habitando en sus cuerpos: Los hijos y los hombres

Estas mujeres desde niñas crecieron enlazadas a la domesticidad del mundo privado; se fueron formando desde la necesidad de trabajar en las labores domésticas e identificándose con los roles de madres, esposas o compañeras, como diría Lagarde (1990), de *madresposas*. La maternidad es vivida como la función principal en sus vidas, como el vértice que le da sentido a la existencia. Ser madres es la forma de reconocerse como mujeres para los otros, de sentirse valiosas ante la mirada ajena. Marielena, a sus quince años, ya deseaba formar un hogar y tener hijos:

"Ya después nos casamos y todo, la ilusión mía era un hogar, tener un hogar y tener hijos rápido. Yo duré un año sin planificar y un año sin tener. Yo fui a la clínica a ver que era lo que yo tenía, por qué yo no quedaba, me dice el doctor: 'no, usted está de lo más bien, está jovencilla, pero puede tener familia y de todo'. Duré un año. Mi mamá me decía que no tuviera familia, para comprar sus cosas y todo lo que le hace falta a uno, pero no sé, la visión mía era casarme y tener un chiquito, tenía una gana de tener un bebé. (...) Yo decía para mis adentros: ¡Huy

que lindo!’, que sea lo que Dios quiera. Para eso lo que yo esperaba era que el bebé naciera, nació en setiembre, Entonces, era una ilusión de lo más linda.”

Su vida ha girado desde que se casó en torno a las labores del hogar y fundamentalmente la crianza de sus hijos, a quienes dedica, en la actualidad, la mayor parte de su tiempo:

”Yo les dije: ‘en cualquier momento pueden llamar por teléfono o ir a mi casa, que ustedes ahí me encuentran, solo que vaya a la clínica o ande en la escuela recogiénolos, pero yo de mi casa no salgo’. Siempre estoy con ellos en la casa cocinándoles, haciendo todo lo que tengo que hacer. Yo no soy persona como muchas que le daban para ir a la casa y ni se asomaban a la casa: cogían para allá, buscaban drogas, que a tomar, que hacer otras cosas, y yo no, yo sinceramente voy a cuidar a mis hijos. (...) Porque Dios es para mí todo en mi vida, bueno: después de Dios, mis hijos y mi madre; inclusive yo a mis hijos los adoro, Entonces, ustedes pueden hablar con ellos. Usted viera, incluso los trajeron al OIJ, los revisaron a todos, los examinaron, les hablaron y ellos mismos dijeron: ‘mi mamá no hubiera podido hacerlo, nunca nos ha maltratado.”

Lucrecia, por su parte, relata lo que para ella significa de una forma idealizada ser

madre, en comparación con la imagen profundamente negativa que tiene del abandono de su propia madre:

"Me dijo mi madrina que qué haría si yo viera a mi mamá y yo le dije que yo no quería saber nada de ella. Al menos yo iba a ser madre también, porque yo estaba embarazada, estaba esperando mi primer hijo; Entonces, yo le dije que yo no sabía lo que era ser madre, pero que yo esperaba luchar muy pronto por lo que iba a venir y darle lo que se merecía. (...) Yo tengo mis hijos y yo los amo; yo amo a mis hijas y a mi chiquito que tengo aquí, porque por el que yo tengo aquí es que yo gracias a Dios he cambiado mucho. A mí no me gustaría tener un problema y que a mí me lo quitara el Patronato, ni nada, yo trato de ser lo mejor que puedo para él. (...) Yo me siento feliz con mi hijo, él es todo para mí."

Sobre la dolorosa experiencia en la que el Patronato le quitó a su hija de un año y en la que revive sus propias experiencias de niña cuando el Patronato también intervino en su familia, nos dice:

"Me la hicieron arrebatada de los brazos. Y no se me olvida tampoco, es una cosa que no podría olvidar nunca en mi vida, ni así yo me muera y me estén echando tierra. Me la arrebataron injustamente, porque yo aquí vieras que yo trabajaba para poder darle lo que ella necesitaba, porque ella para mí, aquí, era como algo

grande, algo para poder luchar. (...) Yo le pido a Dios que el día en que el me quite a mis hijos, que me quite a mí de este mundo, porque yo soporté un dolor muy grande y no lo quisiera pasar otra vez. (...) A mi hijo, Dios guarde alguien me lo toque, porque conmigo se tendrá que matar."

Frente a la intensa violencia vivida a lo largo de sus vida, la única posibilidad que le queda es la idealización de su propio rol como madre, aunque sea completamente contradictorio con la realidad cotidiana, en la cual le han quitado varios de sus hijos por abandono y descuido. Pareciera que el distanciarse de la imagen materna destructiva y persecutoria de su propia madre y de sus madrastras, idealizando su propia capacidad materna es indispensable para mantener la integridad yoica. De esta forma, la vida de su hija le recuerda, como en un espejo, su propia experiencia de maltrato cuando era niña:

"Entonces, se volvió mi hija de cuatro años, la que va para los cinco, y le dice: 'un día de estos voy a coger mi ropa y me voy a ir de la casa, porque usted me pega mucho'. Delante mío se lo dijo; entonces, yo me quedé viéndola y le dije: '¿por qué usted contesta así?', 'sí mami, porque a mí me pega mucho María' (la madrastra de Lucrecia). Yo lo que hice fue a ponerme a llorar, me sentí tan mal, porque yo me imaginé que ella estaba viviendo lo mismo que yo viví chiquitita".

La vida para ella, en el futuro, cuando salga de la cárcel, implica dedicarse a trabajar para sus hijos y sacar el sexto grado. Sobre todo para el hijo que tuvo en la cárcel, después de que el Patronato le quitó a sus otras dos niñas:

"Seguir trabajando, seguir trabajando para mi hijo y ser feliz y que nadie se meta conmigo. (...) Mi hijo es lo único bonito que yo he tenido en mi vida, mi hijo y ahora que andaba en la calle son los únicos recuerdos bonitos. (...) Cuando yo salga de aquí pienso salir a trabajar y ver si me puedo meter en alguna escuela de noche a terminar mis estudios. Esos son mis planes: tener un hogar, yo ya no puedo tener más hijos".

De forma semejante a Lucrecia, para la ría Antonia su hija es lo más importante su vida:

"¡Ay mi chiquita es lo más precioso que hay un ser tan lindo, tan precioso que es! (...) más grande que uno pierde en la vida son hijos y los hijos, se aman y podrán venir hijos, pero no son lo mismo. (...) Los hijos son más grande que hay en la vida".

Asimismo, Marita se refiere a su única hición ahora en la cárcel, su hija y su madre

"No ve que cada vez que pienso en los miércoles y domingos pienso en mi madre y en mi h

Dios me da fortaleza. Yo, si ellas me fallaran, quién sabe cómo lo tomaría yo, porque ya uno vería que si no tiene hijos, no tiene nada. Pero conque me traigan a mi hija ya yo estoy contenta."

Ellas son lo único capaz de darle un sentido a su vida, tanto ahora en la cárcel como antes de la muerte de su hijo. En este sentido, relata como, a pesar de que su primer novio le pegó cuando ella le habló de tener un hijo, ella no le hizo caso, para ella era esencial en su vida tener un hijo:

"Yo quería un hijo de él porque era el hombre que yo quería, pero cuando me da el manotazo en la cara. Que jamás, pero yo siempre no le di gusto, yo siempre quise tener un hijo, diay, porque cuando uno tiene un gusto no se lo puede quitar nadie, por más que lo maltraten."

Por último, Flor también se refiere a su niña como su mayor preocupación con respecto a su vida y a su futuro:

"Pues trabajar y lo que ahora me preocupa es la niña, porque está en el kínder y ya el otro año va para la escuela y tal vez estar al lado de mi chiquita para enseñarle todo eso. (...) Y que estudie más, que vaya al colegio porque siempre he pensado eso, cueste lo que cueste, pero yo la voy a enviar al colegio."

Para todas ellas sus hijos son en estos momentos la mayor ilusión, lo que más les preocupa al encontrarse separadas de ellos por estar en la cárcel. Poder salir a trabajar y cuidar de ellos es lo que más les interesa por ahora. Una imagen de la maternidad profundamente idealizada acompaña los relatos de estas mujeres, ser buenas madres se presenta como un imperativo para poder seguir adelante.

Ante esta imagen a la que se aferran, terminan refiriéndose al maltrato hacia los niños como intolerable. Sobre todo el odio de las madres hacia sus propios hijos es repudiado por varias de ellas. Afirman no poder entender por qué las madres pueden llegar a matar a sus hijos. Lucrecia dice que no comparte lo que refieren otras mujeres encerradas por infanticidio, dice que ella jamás maltrata a su hijo, a pesar de su forma de ser:

"Hay muchas que lo hacen porque tal vez no quieren los niños, no les importa. Algunas me han dicho: 'estoy por infanticidio, porque le saqué la lengua al chiquito, así con una lima'. Yo me siento mal porque yo tengo mis hijos, yo pasé una experiencia muy grande con eso, pero ya por la maldad, ya porque a uno le gusta matar a una persona no, yo no voy con eso. Para mí mis hijos son todo en esta vida. (...) No, no las entiendo, porque como yo te digo, yo soy una persona muy histérica, yo creo que yo no he conocido a una persona como soy yo. (...) Yo

he tenido a mi bebé que se está revolcando y todo, y sin embargo, lo que hago es alzarlo y chinearlo."

Igualmente, María Antonia también rechaza el maltrato hacia los niños:

"Sí, mi hermana ha sido muy grosera, les pega mucho, pero yo le dije ahora: 'espérese a que salga, porque yo ahora voy a defender a mis sobrinos sobre el cielo y la tierra.' Cualquiera chiquito que esté en la calle, si puedo recogerlo lo recojo, pero ahora yo no voy a dejar que ninguna mujer les pegue a los chiquitos. Digo porque yo eso lo viví y no quiero que nadie les pegue a los chiquitos, no tienen que ver nada en esta vida, ellos son seres inocentes y no saben ni por qué están aquí."

Hablar del odio, la cólera de ellas mismas hacia sus hijos, de la hostilidad de una madre hacia sus niños, se vuelve un tema profundamente amenazante. En todas se manifiesta una necesidad de presentarse como madres ideales, que aman intensamente a sus hijos, con vínculos en los que la rabia, la desesperación y la angustia presente en la maternidad están ausentes. La culpa masiva ante la propia hostilidad, ante la muerte de sus propios hijos, las obliga a negar los hechos, a repudiar sus propios deseos y temores como madres. A través de sus relatos tratan

de representarse a sí mismas desde la imagen de madre que la sociedad les exige. La mirada de los otros las obliga a tratar de demostrar constantemente que son buenas madres, responsables, amorosas, incondicionales, que son capaces de cuidar de sus hijos y asumir su crianza. María Antonia es una de las que si acepta los hechos, pero para soportar el dolor y la tristeza de haber perdido a su hija, ha tenido que recurrir a Dios para perdonarse:

"Diay, yo me perdoné, yo me puse a recordar todo y le digo: 'Dios mío perdóname, no quise hacerlo, usted sabe que yo adoro a mis hijas, las amo con toda mi alma, porque para mí son mi vida, yo las amo.' Pero, me perdoné a mí misma por lo que hice y no lo vuelvo a hacer. Me perdoné y es un paso que una da, un paso para salir de la tristeza. La gente de aquí me ha ayudado mucho en estar buscando a Dios. (...) Él me hizo un milagro y yo con él viviré el resto de mi vida, porque yo sé que él quiere que mi vida cambie, que mi vida tenga sentido."

Estas imágenes ideales del amor materno se encuentran entretejidas con una representación de la feminidad ligada a la procreación. Una realidad en la que la mujer con sus necesidades, sus conflictos y frustraciones más allá de la maternidad, no existe. Sus vidas tienen sentido a partir de la presencia de algún otro por quien vivir; este puede ser el hijo, la

pareja o la propia madre, pero no ellas mismas. El amar a otras personas cercanas y vivir por ellas constituye el objetivo vital de la existencia. Sin embargo, para todas estas mujeres el ser madres ha sido una experiencia cargada de dolor, soledad, experiencias de pérdida y traición, como ya lo hemos analizado. Las ilusiones y fantasías sobre la maternidad se vieron teñidas de sufrimiento, peligro de muerte y abandono.

Para Marita, por ejemplo, el rechazo de sus dos compañeros al tener a sus dos hijos, marcó su maternidad de humillación y desprecio, no solo hacia los niños, sino también hacia ella:

"Que poquito me duró la felicidad que yo estaba viviendo, según yo me iba a durar para toda la eternidad. (...) Porque si le desprecian un hijo a uno es que lo desprecian a uno también. (...) Me sentía sola por parte de él, como cuando tuve la chiquita, la pequeñita, me hacía falta el calor del compañero, de ver que el padre no estaba a su lado. Lo mismo sentí la otra vez, pero así hay que seguir para adelante, como dicen."

Para Flor ocurrió algo semejante con sus dos hijas, los padres de cada una la abandonaron y el ser madre se volvió una experiencia de soledad y aislamiento, de repudio por parte de los otros: los hombres y su familia:

"Yo pensaba en todo eso, de que eran dos y todavía no podía trabajar porque la niña estaba pequeña y mi mamá decía que tenía que darle de mamar, porque a ella nunca le ha gustado que le den chupón a los niños. Yo me sentía sola y todo eso se me venía a mí a la cabeza. (...) Fue cuando la noche que me pasó eso con la chiquita."

Para Flor esconder su embarazo ante la mirada de los otros, en especial del padre del bebé, fue un recurso para protegerse del repudio y la vergüenza que sentía ante su maternidad:

"Entonces, así me la pasaba y después no, yo más bien me escondía cuando tenía que ir a eso del embarazo para estar en control, pues lo pensaba mucho, más que el bus paraba por ahí, en la pura parada ahí mismo quedaba su trabajo. Tenía que pasar por ahí y yo si podía hacer todo lo posible por pasar por otro lado yo pasaba, yo no lo quería ver a él. (...) Nunca usé vestidos maternales ni nada de eso."

Ya desde el embarazo y el parto las experiencias de estas mujeres se vieron envueltas por serias complicaciones incluso para sus propias vidas. El dolor corporal, vino a acompañar la soledad, la humillación o el abandono de sus parejas. Recordemos a Marielena cuando hablaba de sus embarazos:

me jalaron eso, era pura pudrición que toda me regañaron: 'casi se muere en su casa'. (...) Me dice el doctor: 'si usted queda embarazada, usted se muere.'"

Durante su discurso la amenaza de muerte va fusionada con el embarazo y el parto, el tener hijos constituía una experiencia de sufrimiento intenso, de ruptura de su cuerpo, de muerte. La vida de sus hijos significaba la posibilidad de su propia muerte. Para María Antonia y Lucrecia los embarazos también fueron traumáticos, con vivencias en las que sentían que les rajaban el cuerpo, que les metían cosas, que los hijos se les querían venir, experiencias en las que sus vidas estaban en peligro. El nacimiento del hijo, su ingreso en la vida se convertían para ellas en una amenaza de muerte, real o fantaseada. Recordemos cuando Lucrecia se refiere a sus embarazos:

"Porque a mí me operaron, porque padezco mucho cuando estoy embarazada; mis embarazos son de alto riesgo. Se me quieren venir y soy de placenta previa."

Para Marita y Flor el tener un hijo, más bien, se convirtió en una multiplicidad de pérdidas, al sentirse despreciadas y abandonadas por sus parejas. La soledad y el engaño vinieron a llenar sus vivencias en torno a

la maternidad. En todos los casos el ser madres ha sido una experiencia asumida desde esta fractura entre sus ideales en relación con la maternidad y una realidad contradictoria, dolorosa y amenazante. La maternidad ha sido vivida como una experiencia cargada de ilusiones y sueños, la posibilidad de gozar como mujeres ha pasado por el ser madres, el poder tener hijos que les reafirmen su fertilidad, su feminidad. Sin embargo, este goce ha estado cargado de sufrimiento y tristeza, pero también de culpa y mortificación. Las dificultades cotidianas para cumplir con esta imagen blanca y perfecta de lo que debe ser una madre, han sido asumidas desde la responsabilidad personal, como culpa.

La hostilidad hacia sus hijos y el asesinato de uno de ellos, constituyen el gran "pecado" que han cometido como mujeres, una transgresión violenta y trágica hacia sus destinos, imperdonable o insostenible para ellas y para los otros. La maternidad vivida como la posible muerte de la madre, se transforma de pronto en la muerte real de uno de sus hijos, quedando ellas encerradas en esa experiencia doble, de ser mujeres que pertenecen al orden y al desorden, que dan vida y dan muerte. El ser mujer fusiona en ellas una doble imagen de la mujer, que en la realidad se presenta escindida. Por un lado, está la mujer violenta,

la maternidad. En todos los casos el ser madres ha sido una experiencia asumida desde esta fractura entre sus ideales en relación con la maternidad y una realidad contradictoria, dolorosa y amenazante. La maternidad ha sido vivida como una experiencia cargada de ilusiones y sueños, la posibilidad de gozar como mujeres ha pasado por el ser madres, el poder tener hijos que les reafirmen su fertilidad, su feminidad. Sin embargo, este goce ha estado cargado de sufrimiento y tristeza, pero también de culpa y mortificación. Las dificultades cotidianas para cumplir con esta imagen blanca y perfecta de lo que debe ser una madre, han sido asumidas desde la responsabilidad personal, como culpa.

La hostilidad hacia sus hijos y el asesinato de uno de ellos, constituyen el gran "pecado" que han cometido como mujeres, una transgresión violenta y trágica hacia sus destinos, imperdonable o insostenible para ellas y para los otros. La maternidad vivida como la posible muerte de la madre, se transforma de pronto en la muerte real de uno de sus hijos, quedando ellas encerradas en esa experiencia doble, de ser mujeres que pertenecen al orden y al desorden, que dan vida y dan muerte. El ser mujer fusiona en ellas una doble imagen de la mujer, que en la realidad se presenta escindida. Por un lado, está la mujer violenta,

agresora, la loca, la puta, y, por otro lado, está la mujer ausente, asexuada, sin una vida propia, la madre eterna. Como esposas o compañeras, la realidad también se mueve desde esta ruptura entre sus imágenes ideales y la experiencia concreta con sus parejas. Marita se refiere a su primer experiencia de pareja:

"Ya después, diay, como uno chiquillo que se ilusiona con tener novio y todo eso, primeramente había rechazado la idea, pero después me puse a pensar yo, digamos así, en cosas de la vida, que yo no voy a estar sola toda la vida, tampoco me iba a pegar al cariño de mi madre, porque nada es eterno, algún día ella me iba a faltar, como me faltó mi padre y la soledad es terrible. Entonces, ya conocí al papá de mi hija. Todo iba marchando bien hasta que un día resultó que era casado. (...) Dios mío, será que yo en esta vida nunca voy a terminar de sufrir. (...) Me sentí traicionada en mi amor propio, porque yo lo amaba tanto. (...) Era muy perrillo, muy mujeriego, digámoslo así, para que sea más claro."

Sobre las ilusiones con su segunda pareja relata como se sintió de nuevo traicionada:

"Después resulta que conocí a un señor y como yo ya había tenido tanto desengaño con ese muchacho joven, yo en mi juventud todo eso, me digo yo: 'me dan ganas de vivir una experiencia seria -me decía a mí misma-, a ver

con un señor mayor, a ver si me sabe apreciar mejor'. Entonces, es que vine y me hice de un viejito de 60 años, que según yo me iba apreciar e iba agradecer que por él ser tan mayor y yo tan joven, iba por lo menos agradecer eso. ¡Qué va, me engañé! fue cuando caí embarazada del bebé, del chiquito. (...) Day era muy especial y todo, pero cuando se dio cuenta de que yo quedé embarazada era como que le habían tirado una, como cuando le anuncian algo horrible. (...) Me rechazó desde ese momento."

Para Marita tener una pareja se convirtió en la posibilidad de tener compañía, de no quedarse sola en la vida, de sentirse apreciada y ser valorada como mujer. Sin embargo, la experiencia en los dos casos estuvo cargada de decepciones y desprecio, especialmente a partir de sus embarazos. Al igual que para Flor, la maternidad quedó fusionada con el abandono y el engaño, la gratificación experimentada en el tener un hijo se vio teñida por el rechazo del hombre, por el desprecio a su feminidad enlazada en la maternidad. María Antonia también nos habla de sus imágenes ideales sobre el amor al comienzo de su relación y la desilusión posterior:

"Al principio fue muy bien, pero ya después cambió. (...) yo tenía una imagen bellísima: él no hace esto, él no hace lo otro, él no, jamás, Dios guarde. Aunque él tenía un tatuaje aquí y

dos en las piernas, pero eso a mí no me daba mucho, es una bella persona. Yo solo una imagen veía, podía andar tomando y tomando, que a mí no me importaba, pero que me diera vuelta sí. Entonces, yo cambié con él y me hice de corazón duro también."

En relación con su segunda pareja, relata sobre las humillaciones sufridas por parte de él y sobre como estas afectaban la imagen que tenía de sí misma:

"Yo esperaba mucho, porque él me decía que yo era esto, que yo era fea, que yo era aquello, que no me quería. Que yo era fea, que no servía para nada, que no tenía culo, que yo esto, que yo lo otro. Eso a mí... yo me enojaba. ¿Para qué me voy a mudar, si no me veo bonita? Ahora no: yo me pongo licra, antes no usaba minifalda, ahora me pongo minifalda y me dicen: 'que bonita que te ves en minifalda, tenés buenas piernas'. Y aquí hay mucha gente que me dice: 'sos bonita, no sos tan fea, tenés una cara bonita'. Eso me ayudaba mucho a mí a salir adelante, a salir de eso que yo sentía, que yo era fea. (...) Ah, él así como que me decía cosas bonitas y al rato no lo hacía, como con desprecio, con no sé... así era él, pero así me gustaba, porque anduve mucho con él y lo quise. (...) Yo era la que vivía como una pulga pegada detrás de él."

En sus relatos María Antonia nos habla de la idealización inicial de sus compañeros, de

la necesidad intensa por sentirse apreciada y deseada por ellos. Sin embargo, en ambos casos fue humillada y despreciada como mujer, la mirada del hombre le devolvió una imagen de sí misma profundamente desvalorizada. En especial, su cuerpo fue el blanco de los ataques, la imagen de un cuerpo feo y despreciable fue asumida como real. En el primer caso, la traición de su pareja con otra mujer le permitió rebelarse y abandonarlo, o más bien, sustituirlo. Pero, en el segundo caso, la necesidad de obtener algún tipo de reconocimiento de él, aunque fuera desde el maltrato, le impidió enfrentarlo directamente.

Por su parte, Lucrecia habla poco de sus parejas y las escasas referencias son confusas y contradictorias, en su discurso es más lo silenciado que lo expresado. El hablar sobre este tema parece en sí mismo profundamente amenazante. Las únicas referencias sobre sus parejas, en la que las diferencias y particularidades aparecen anuladas en un *continuum*, son las siguientes:

"Sí, él llegaba, era amigo de la casa donde mi abuelita y ahí me enamoré de él y él me invitó como tres veces a su casa. Un día se sentó conmigo a conversar y me dijo que por qué era que yo era así tan malcriada; entonces, yo le conté. Yo me senté y le dije lo que yo había pasado chiquitita; entonces, él se decidió decirle

a mi abuelita que quería casarse conmigo. Ella me dijo que yo no tenía que tomarle ninguna decisión a nadie, que la decisión era mía, que diay, que me iba a jugar dos cartas: o sufrir o ser feliz. Porque en esta vida eso es lo que hay que hacer, o sufrir con el esposo o ser feliz y gracias a Dios se portó muy bien conmigo. Hasta la fecha no sé nada de él, ni quiero saber nada de él. (...) Compartimos muchas cosas juntos, me olvidé un poco de mi niñez, de lo que yo sufría con mi madrastra, me dedicaba solo a él. (...) Porque él está muerto para mí. Porque a mí no me interesa él, a mí lo único que me interesa son mis hijos, irme de aquí. No me gusta hablar de él, ya yo lo enterré, para mí él está enterrado."

En el expediente de Lucrecia, se hace referencia a sus tres parejas antes de entrar en la cárcel, relaciones que fueron conflictivas, llenas de dolor y maltrato, como ya se expuso anteriormente. Para ella, referirse a estas relaciones es muy doloroso, prefiere el silencio o la negación frente a una verdad que se presenta como intolerable. Sin embargo, el dolor y la rabia son tan intensos, que se le hace imposible controlarlos. Por un lado, afirma: "gracias a Dios se portó muy bien conmigo." Por otro lado, nos dice: "Porque él está muerto para mí (...) yo ya lo enterré, para mí, él está enterrado," refiriéndose a su antiguo compañero (o compañeros). Con estas mismas

palabras, que expresan un intenso resentimiento, se refiere a su madre, quien la abandonó cuando tenía un año.

Para Lucrecia y María Antonia actualmente, el maltrato y la humillación vividas en sus relaciones de pareja, son condiciones que no deben repetirse. La experiencia en la cárcel se ha constituido en un aprendizaje que les permitiría, según sus palabras, defenderse ante el abuso posible de un hombre. Es como si después de tener que defenderse frente a las amenazas de la institucionalización, se sienten con fuerzas para protegerse y rebelarse ante la violencia que otros puedan ejercer contra ellas. Recordemos, también, los deseos de venganza de Flor, ahora en la cárcel, contra el hombre que la violó cuando ella tenía a su hija recién nacida. Para Flor, sus experiencias con hombres nunca han sido gratificantes, la desconfianza después de los dos abandonos y la violación le han impedido establecer nuevas relaciones. Al respecto, comenta:

"Nunca estuve feliz con ninguno de ellos. Solo como quien dice para tener la bebé y punto. (...) No, pues yo no sé, porque a veces lo pienso, son consecuencias de la vida, tal vez, porque uno vive encerrado y no conoce nada, pero... no me gusta nada de eso, con ninguno de los dos, ni con nadie. Hubo otro muchacho que me gustaba muchísimo también, a mí me gustaba, pero cuando él

llegaba y ya se me acercaba, pues yo lo recibía bien y yo sentía que me gustaba mucho, pero nada más. Yo no sé, yo vivía pensando en lo que me había pasado y digo: 'no, este hombre va a hacer lo mismo'. Más que a veces me decían que, pues, él era muy mujeriego y todas esas cosas. (...) Pero yo sentía que me gustaba mucho y que ya lo estaba queriendo, que digamos de pensar en todo y en lo que me había pasado, pues no podía aceptarlo a él, ni a nadie."

Actualmente, para Flor, la posibilidad de una pareja heterosexual está descartada y las razones para esto van ligadas al sometimiento que ella considera define las relaciones entre una mujer y un hombre.

"Yo pienso que es más bonito pues la relación entre mujeres, porque yo no sé, desde pequeña he sido muy grosera y bueno, nunca he aceptado que nadie esté encima mío. Seguro por criarme sola, pues entre mujeres no se ve que lo estén mandando a uno y a veces pienso en eso de estar encerrada ahí en la casa con un hombre que no la deje salir a uno y todo eso. Entonces, yo pienso, que en cambio entre mujeres pues somos alguien y todo es más diferente."

En sus relaciones con mujeres, también narra como se separó de su pareja, porque la engañó con otra y la insultó, condiciones que para ella son típicas de las relaciones con los hombres:

"Ajá, pues porque nunca había sentido groserías, menos de una mujer, ni de ella ni de nadie. Un día que se peleó conmigo y me tiró unos papeles y me dijo una grosería y, entonces, ese fue el momento que no aguanté y le dije: 'no, yo no voy a estar así'. Y me sentí tan mal, que desde ese momento empecé a olvidar todo eso que ella me contestó. (...) Me costó mucho, pero siempre logré olvidarla, olvidar lo que había pasado y todo"

En estos últimos comentarios, pareciera que la capacidad de protestar y defenderse ante las humillaciones y las relaciones de poder a las que han estado sometidas durante años surge de pronto como una ilusión o un sueño, quizá como una posibilidad. Para Marielena, por el contrario, su relación de pareja siempre respondió a sus ideales. Según su relato, él la valoraba como esposa y como madre, incluso durante la época en que la juzgaron, le decía:

"... 'como la juzgan a usted de mala, jamás, usted va a salir bien, porque la cosa no es así, yo a usted la conozco de años y jamás de la vida, nunca, a como es usted con los chiquillos, más bien usted los chinea y todo, jamás'. Porque si él hubiera visto que yo era una mujer agresiva, que trato mal a mis hijos quién sabe qué, él hubiera reconocido y me hubiera dejado. (...) Nunca me reclamó, nunca, porque él sabe, todavía él sabe como he sido yo y hasta la fecha él me

dice: '¿sabe qué?, esposa como usted no encuentro, como tiene usted la ropa, como tiene todo, como atiende a mis hijos y todo, yo la conozco bien.'"

De nuevo, nos encontramos con una imagen idealizada tanto de su esposo, como de sí misma como madre y esposa, en la que los conflictos y las tensiones propias de cualquier relación están ausentes. Solo al final, Marielena relata como a pesar de que su esposo fue durante muchos años responsable y comprometido con ella y sus hijos, ahora, después de que la engañó por otra mujer, no está dispuesta a volver con él:

"Pero él me dice a mí que volvamos, que no sé qué, que él jamás en la vida, que él me ha estimado todo el tiempo a mí y no se qué, que son cosas de la vida, una mujer que se le metió por los ojos y que no sé qué, porque sí durmió con ella, pero que volvamos, que él me sigue queriendo a mí, que con los hijos, ahí anda como un enamorado detrás mío y de todo. (...) Uno se va cansando y después cuando recibe eso, como que ya, uno puede querer mucho, pero ya a uno a veces se le va... y a uno con eso que le hacen, ya se le va quitando el sabor y todo, que ahora sinceramente muy poco lo veo a él."

Sin embargo, en otra parte de su narración, el tema del alcoholismo y la infidelidad

de su esposo aparece brevemente, como si fuera demasiado doloroso para aceptar que la historia de su madre se ha repetido en su propia historia.

Para estas mujeres las relaciones de pareja han significado la posibilidad de sentirse valoradas, de obtener algún tipo de reconocimiento social como mujeres y como madres. La mirada del hombre ha sido el espejo en el que ellas se han visto reflejadas. La entrega a la pareja, la imagen de sus cuerpos y la maternidad han sido las condiciones mediante las cuales se han visto miradas y por lo tanto juzgadas por el otro. Los hombres han sido sus jueces, los espectadores que las han mirado para valorarlas o despreciarlas, para amarlas o abandonarlas. Vivir la vida esperándolos, o como dice María Antonia, "dejarse llevar por una jareta", ha determinado la experiencia cotidiana en estas mujeres. Sin embargo, en todas ellas la traición, el abandono o el maltrato por parte de su pareja significan una ruptura en sus vidas, a partir de la cual, la presencia del hombre se ha visto relativizada. La imagen en el espejo, en la mirada del otro se ha quebrado, ellos ante su espera y sumisión les han devuelto como reflejo el desprecio y el desamparo. Negarse a reconocerlas al quedar embarazadas, sustituirlas por otra mujer digna de ellos o denigrarlas como mujeres, han sido las

condiciones que han teñido sus relaciones de pareja. Su identidad como mujeres ha sido negada, se ha visto silenciada, al ser despojadas de la mirada de reconocimiento del otro. La herida sufrida en el cuerpo denigrado, en el rostro no reconocido, en la palabra no escuchada, ha brotado abierta contra el mundo, contra los hombres, contra sus hijos e incluso contra sí mismas. Las historias de estas mujeres nos hablan de una vida de desprecio y maltrato sistemáticos, en la que las relaciones de pareja solo vienen a reforzar una experiencia continua. La crianza de sus hijos vino a reabrir las heridas antiguas de la infancia y las experiencias de pareja vinieron a ultimar los detalles de la escena trágica que llegó para marcar una ruptura en sus vidas.

Para ninguna de ellas, la posibilidad de establecer una nueva relación o un reencuentro con su pareja anterior constituye, en estos momentos, una prioridad en sus vidas. Para todas la prioridad está depositada en la maternidad, la crianza de sus hijos se ha convertido en la razón de su existencia. Poder salir para estar con sus hijos, para reencontrarse con ellos, constituye la ilusión principal por la cual desean luchar. La mirada de sus niños hacia ellas, actualmente, tiene prioridad sobre la del hombre. Ellas expresan una preocupación por la imagen que sus hijos puedan

tener sobre sus madres. Les han dicho que están trabajando, para no tener que contarles que están en la cárcel. Igualmente, expresan una preocupación por la imagen que su familia, en particular sus padres, tienen sobre ellas mismas. Como hijas desean ser aceptadas por sus padres, el vínculo con ellos también es prioritario. Es el vínculo principal con el afuera y por supuesto con sus hijos. Ellos son los que han asumido la crianza de sus hijos durante el internamiento. Solamente en el caso de María Antonia, ha sido su exmarido el que han asumido el cuidado de la niña. Es este vínculo con sus hijos el recurso principal para pensar en su vidas y en un futuro posible. Es el medio que podría permitirles reparar parcialmente el daño y aplacar mínimamente la culpa vivida como mujeres-madres transgresoras.

Resistencia y silencio en estas voces ausentes

Durante sus narraciones, ellas se van perfilando a sí mismas, van expresando como se ven como mujeres, como enfrentan los sucesos y conflictos de la vida cotidiana. Ya no en referencia al ser madres, esposas o compañeras, sino al ser mujeres, personas con características particulares. En relación con la forma en que ellas se perciben a sí mismas, sobre su personalidad, varias de ellas se definen como impulsivas y violentas, variables en su estado de ánimo e irritables. Además, recalcan que son rebeldes, que no se dejan de nadie y menos ahora después de la experiencia en la cárcel, lugar en el que han aprendido a defenderse. María Antonia nos habla sobre cómo era ella de niña:

"Terrible, era de lo más terrible en la escuela, no me dejaba de nadie. En tercer grado me pusieron anteojos. Una vez, una carajilla me dijo, cuatro ojos, 'cuatro ojos tu madre', le dije. La agarro y le doy unas patadas por la rodillas que la dejé sangrando. (...) Y todo el tiempo mami era recibir quejas mías, que yo no hacía las tareas, cómo iba a hacer las tareas si mi mamá no sabía leer, ni mi papá tampoco. Siempre andábamos en la calle. (...) Ya a los 10 años andaba trabajando en la calle para ir a bailar."

Sobre su carácter, en particular sobre sus chichas, relata:

"Mi papá siempre me ha dicho que soy una gran delicada, incluso mis primas no me quieren, porque dicen que yo me las tiro, porque hablo la verdad, porque se los digo en la cara. Siempre he sido muy chichosa. (...) Hay días que amanezco, bueno, como cuando está la luna. Yo tengo una compañera, una señora, que ella llega, me estima mucho y me quiere. Y me dice: 'chiquita más vaga,' ya me da café con la mano ella. 'Ay vieja', le digo: 'para que mi mamá fuera así'. Me dice: 'ahora que va a salir, quién te va a chinear'. Pero cuando a ella yo no la vuelvo a ver en la mañana, que ni se me arrime, porque yo soy capaz de contestarle una grosería, 'ay, no se meta' o algo así. (...) Las chichas me dan como por tiempillos, por ejemplo cuatro días de pasar risas, risas y risas. Pero hay días que bajo el moco totalmente".

También nos cuenta sobre las autoagresiones que se ha infligido estando en la cárcel, sobre la necesidad de sentir dolor, de castigar su cuerpo, de dirigir la cólera hacia sí misma, ante el sentirse abandonada, encerrada, sin salida, impotente:

"Me sentí mal, me sentí triste, me sentí que (...) mi mamá duró como dos domingos sin venir y sin nada. Me corté, pero fueron cortadas así,

no más, por encima, porque yo nunca había hecho eso. (...) Con un vidrio que busqué y busqué. (...) Yo me sentía mal en la visita, yo veí a todo el mundo que entraba. Ay no, Dios mío, cuando salgo de este infierno, ya me siento obstinada, saber que pasar cinco años, la condena mía es blanda. Entro y me meto, y cierro y la carne. Y era de darme y darme, pero no sentía, no sentía cuando yo me la pasaba y más cólera me daba y más cólera (...) estoy tranquila, tranquila y cierro la puerta otra vez y lo agarro otra vez y me sigo cortando, tenía los brazos hinchados. (...) No sé, me sentía como que quería sentir dolor (...) dolor físicamente".

La furia incontenible que brota de pronto ante la revivencia de abandonos tempranos se vuelca sobre su propio cuerpo como única forma de contenerla, de darle una salida. De forma semejante, Lucrecia se define a sí misma como explosiva, incontrolable y extremadamente terca:

"Yo era una persona y lo tengo todavía, porque yo soy así, como una Alka Seltzer, que con cualquier cosita yo me subo y exploto. Yo deseo que cualquiera se me ponga y si tengo que agarrarme a golpes con ella me agarro con la persona que sea. Yo conozco el temor de Dios, pero miedo no le tengo a nadie. (...) Yo soy de las personas que yo digo no, y es no, no hay quien me saque de eso y más si tengo cólera".

Comparando su vida con la de sus hermanas, se ve desde el contraste, desde la diferencia, como la mala, la torcida y, por lo tanto, la que se merece castigo:

"No, ellas están bien, porque cuando yo estaba saliendo con mi beneficio, yo las iba a visitar. Ellas tienen ya cada una sus chiquitos, formaron su hogar. Desgraciadamente la que siempre ha tenido mala suerte he sido yo. Salí y volví a caer. (...) La más torcida he sido yo. (...) Por malcriada que he sido, tal vez eso me lo merezco, tal vez sea algún castigo de Dios y está bueno. Tal vez con esto me sirva de experiencia".

El sentimiento de culpa, de cargar una especie de maldad intrínseca se apodera de estas mujeres como una forma de autopresentación, que contrasta radicalmente con la imagen idealizada de madres que nos transmiten. Como parte de estas diversas formas de autoagresión, Lucrecia narra como, estando en la cárcel, aunque nunca antes lo había hecho, empezó a usar drogas:

"Yo usé el crack y a mí el crack me tuvo tres meses abrazada. Y por eso fue que yo pedí que me tiraran a trabajar afuera. (...) Digamos que yo no vivía, nada más que trabajaba para la piedra. Day, yo me acordaba que mi hijo comía y todo, yo me levantaba temprano y lo bañaba y lo llevaba al kinder. Y me iba a trabajar y venía y me metía al cuarto o al servicio, donde

primero pudiera y le hacía a la piedra. Ahora gracias a Dios no, yo salí y dejé eso”.

Sin embargo, la agresión hacia afuera en Lucrecia se presenta también como imposter-gable. Sobre la posibilidad de que un hombre la maltrate, refiere con cólera e indignación:

“Sólo él, una vez, que un hombre me golpeará, pero, diay, también salió señalado para toda la vida. Y yo he dicho: ‘Todavía no ha llegado el hombre que a mí me toque’. Y el día que me toque, más que yo sé lo que es estar en la cárcel, yo no sé la reacción mía. No ha llegado todavía, el hombre que a mí me deje señalada, pero el día en que llegue, diay, me tendré que venirlo a descontar, porque tampoco me voy a dejar”.

Flor también nos cuenta sobre sus cóleras y reacciones impulsivas; dice que, sobre todo, las tiene después del internamiento, aunque desde niña cuenta que ya era muy grosera:

“Pues yo le digo, yo sé que yo no puedo discutir nada, porque a mí rápido me da cólera. Y es capaz que me voy a alzar y solo pensar que me van a hacer algo. No, no, yo soy capaz de hacer quién sabe qué. Porque el mismo miedo me hace hacer cosas que tal vez no quiera hacer. Entonces, por eso yo aquí pues soy muy callada, no hablo nada, ni eso, solo con las muchachas que son más allegadas. Porque aquí por nada es un problema. Creo que fui

tranquila y siempre he sido muy tranquila, pero siempre que me enojo, como que exploto. Y aquí fue cuando todavía me vine yo creo a hacer así, porque yo no era así".

Como parte de esta impulsividad, nos narra cómo hace poco andaba en la calle con el beneficio y se peleó con una mujer:

"Tuve un problema con una muchacha que me asaltó, en la calle, en San José. La mujer andaba con un puñal y pues ya como usa arma, yo no me dejé y la mujer me carrerió. Tras de eso me trata mal, me arrebató las cadenas y a mí me dio tanta cólera; entonces, le agarré el puñal y pues yo no sé, tuve más fuerza que ella y se lo arrebaté y le pegué dos puñaladas".

En este mismo sentido, recordando sobre su forma de ser cuando era niña, Flor nos cuenta sobre lo diferente que era de sus hermanas o de otras niñas:

"Muy tranquila, sí, era muy tranquila y muy callada; lo que pasa es que siempre era grosera, siempre me dicen que soy grosera. Cuando jugaba y todo eso, siempre iba con los güilas y nos subíamos a los árboles y todo eso (...) y con juego de manos y todo eso, nos agarrábamos con mi hermano jugando. Y mi papá siempre ha dicho eso, que yo siempre le he podido más a mis hermanos (...) siempre me agarraba y todo..."

Estas características de sí mismas, nos develan una imagen de mujeres transgresoras frente a un orden social que le prohíbe a la *mujer buena*, la posibilidad de expresar la agresión, la fuerza y la violencia misma. Ser explosivas, rebeldes, defenderse frente a la violencia y las injusticias vividas, o ser agresivas, son rasgos que no responden a la imagen idealizada de la mujer asociada con la maternidad y la domesticidad. Parece que existe un abismo entre la imagen ideal que tienen de sí mismas cuando hablan de sus hijos, cuando se definen como madres, sin hostilidad y sin frustraciones y esta otra imagen en la que se perciben como mujeres. Como mujeres se enfrentan con las experiencias de humillación, maltrato y violencia en la que se han visto envueltas a lo largo de sus vidas, y ante las cuales muchas veces se rebelan expresando la cólera, contenida en otros espacios. Esta hostilidad es vivida como incontenible e impredecible, como algo destructivo que las coloca en un lugar de transgresión en el que la culpa las abraza, legitimando el sufrimiento vivido —la mala suerte, el estar torcidas, por ser malcriadas y terribles. Desde este lugar de transgresión se identifican con la *mujer mala*, destructiva, ya no la madre sino la puta, la mujer que se enfrenta con los otros, que se defiende, pero, que al asumir

una posición activa, pierde su dignidad y el respeto ante la mirada de los otros y de sí misma.

La otra imagen predominante de sí mismas, es la soledad y el aislamiento frente a los grupos de referencia, más allá de la familia. Varias de ellas dicen que cuando niñas eran muy solas y que todavía lo son. Expresan como actualmente tienen pocas amigas, por lo problemático que es tener amigas, por lo difícil que es confiar en la gente. Flor cuenta que nunca ha tenido muchas amigas y que desde niña ha sido muy sola:

"Como más seria y delicada, tal vez sí. (...) Soy muy delicada y no me gusta andar así, como con mucha compañía, ni nada de eso. En cambio, mis hermanas sí han sido, digamos, les ha gustado más la compañía, los amigos. (...) Yo no, siempre he sido muy aparte de todo eso, porque no me dejaban o porque ya cuando quise no me dejaban; entonces, ahora ya nada de eso me hace gracia. (...) Siempre he sido muy sola, cuando era pequeña también, casi digamos, que jugaba eso sí con los compañeros de la escuela, pero no era de esas niñas que siempre tienen sus amiguitas".

También relata sobre el miedo a la gente de afuera, que no pertenece a la familia, su inseguridad, sobre todo frente a los adultos:

"Estuve trabajando un tiempo cuando tenía como 15 años, nada más como ocho meses. Siempre por lo mismo no me acostumbraba, porque como siempre estuve en mi casa, entonces yo no me hallaba estar en otro lado fuera de la casa; siempre solo con mi mamá y eso, yo no podía estar en otros lados. (...) Cuando estaba con los chiquitos pues me sentía bien y a veces hasta me ponía a jugar con ellos. Y la pasaba lo más bien, pero ya cuando llegaban los patronos, como era, digamos mantener el orden, lo más serio que ya, no sé, me afligía mucho. Me daba miedo, pero cuando estaba con los chiquitos yo me sentía bien".

De forma semejante a Flor, Lucrecia nos habla sobre la desconfianza y el recelo frente a las amigas:

"Yo nunca conocí amigas, ni las tengo tampoco, las amigas son muy traicioneras. (...) No tuve amigas, ni las quiero tener. (...) Nunca he tenido amigas, pero a veces uno tiene amistades solamente por interés. Porque tal vez lo ven a uno con algo y ahí sí tiene uno amigas. Cuando uno no tiene nada, nadie le habla, eso se ve aquí".

Asimismo, Marita también relata como desde niña ha sido muy sola y nunca ha tenido muchas amigas:

"A veces me metía al cuarto a llorar; a mi padre todo le molestaba, si yo hablaba u opinaba en

algo. Yo siempre fui muy aparte, incluso en la escuela. Yo como que recogí desprecio, siempre andaba sola, nunca con mis compañeros. Las mismas maestras le preguntaban a mi mamá, que por qué yo era así. Ella decía que había nacido así, pero yo pienso que a uno lo hacen así, con temores, desconfianzas y todo eso. No tenía amigos, no molestaba a nadie, pero sola. (...) Iba a la soda y me compraba algo, nunca fui egoísta, si alguien me pedía algo yo le daba; ellos me molestaban y yo a veces me iba a llorar a una esquina, porque no tenía a nadie".

También recuerda como desde niña padecía de "nervios", lo cual asocia con el maltrato y el desprecio vividos:

"Yo sí padecía de eso chiquitita, pero me llevaban a la escuela de enseñanza especial. Digamos no me quedaba así, como mi hermana, pero oía cosas. Tal vez estaba comiendo y me ponía a oír cosas también, así como que me decían cosas, así, me asustaban. Yo oía como que golpeaban en la casa, un vaso. (...) Me gustaba ir para recuperarme y curarme, pero yo digo una cosa, que no se trata de eso, de que lo pongan a uno a hacer dibujos, ni nada de eso, sino que eso va con un poco más de seriedad, pienso yo, o, tal vez, en ese tiempo los médicos no se interesaban, no sé. Ellos no conversaban conmigo, ni una palabra me decían, eso no se va a terminar así. (...) A veces ellos tienen la culpa de los errores que comete uno grande."

En Marita la soledad y los nervios parecen haber teñido su infancia de un color grisáceo, de una tristeza impregnada de resentimiento y rabia contenida. Marielena, por su parte, se refiere escasamente a su forma de ser. Sin embargo, en su discurso se puede observar cómo desde pequeña se percibía a sí misma: como una niña obediente, cooperadora y muy apegada a la madre, con quien se identificaba intensamente. Posteriormente, sigue siendo una mujer en extremo preocupada por cumplir con el rol de madre, esposa e hija perfecta, con lo cual también llenaba las expectativas de los funcionarios en la cárcel. En la entrevista reiteradamente insistía sobre su rectitud y compromiso con sus hijos y su esposo. Igualmente, insistía sobre cómo su familia de origen siempre fue muy unida y adecuada, una familia modelo: "Inclusive, ¿como le dijera?, que mi mamá y mi papá... mi mamá me dice, que siempre se llevaban muy bien, ellos siempre han vivido... han llevado una vida muy sana, pero les ha costado mucho". Sin embargo, luego se contradice profundamente, cuando nos narra sobre el sufrimiento que vivió de niña, ligado con el maltrato sistemático, el alcoholismo y el abandono de su padre, como ya lo hemos analizado anteriormente. Esta necesidad de responder a una imagen idealizada se confirma en las descripciones

del expediente, en las que se reafirma esta visión de sí misma y de su familia:

"Manifiesta que la familia ha sido muy unida, con un padre cumplido y responsable y una madre buena y cariñosa. (...) Le gusta el trabajo de la casa y obtiene satisfacción personal del mismo. (...) Institucionalmente su desenvolvimiento ha sido excelente, asumiendo una actitud de cooperación y disposición y manteniéndose al margen de situaciones conflictivas. (...) La comunidad la visualiza como una madre excelente, nunca sale sola, únicamente con sus niños, a quienes se dedica de lleno."

La imagen de la esposa y la madre ideales responde no solo a lo que ellas han interiorizado como mujeres, sino también a la mirada inquisidora de los otros que las juzgan bajo criterios unilaterales sobre la maternidad y la feminidad reducidas al espacio doméstico.

Todas, de alguna forma, se terminan refiriendo a la soledad y a la ausencia de amigas o amigos, como una característica personal. Ninguna refiere tener vínculos con grupos o personas externas a la familia —a sus hijos, parejas o sus padres mismos. El mundo privado de la familia ha sido el lugar prioritario que han habitado estas mujeres. Las experiencias educativas, sociales o laborales del ámbito público han sido vividas a menudo, como espacios amenazantes y frustrantes, en

los que no se sienten seguras o gratificadas como mujeres. Se refieren a sí mismas como mujeres solas, con pocas amigas, personas que evaden la compañía, por desconfianza y temor a la traición, al engaño o al desprecio. El mundo de afuera se percibe como peligroso y lejano. La experiencia en la cárcel se convierte por lo tanto en una ruptura importante con esta experiencia anterior.

En relación con su forma de ser, algunas de ellas también hablan de su carácter impulsivo, de su tendencia a explotar fácilmente ante el enojo y la cólera. Cuando hablan de sí mismas dicen: "fácilmente me subo, me alzo o exploto, soy como un Alka Seltzer, efervescente". Asimismo, narran sobre experiencias autodestructivas, ya sea agrediendo la piel con un cuchillo o mediante el uso de drogas, especialmente el *crack*, a partir de la experiencia en la cárcel.

Estas mujeres tienden a oscilar entre dos polos. Por un lado, tienden a explotar, a expresar impulsivamente la agresión ante las condiciones de dolor y frustración vividas, situación fortalecida por la experiencia carcelaria, donde deben defenderse constantemente, incluso con la violencia corporal. Por otro lado, se defienden con el silencio, la soledad y el aislamiento, encerradas en sí mismas, en sus historias de mujeres-madres

acalladas entre las paredes del hogar. Se mueven entre la resistencia, el grito desesperado contra lo incontenible en sus vidas y la sumisión, el silenciamiento de su palabra y de sus fuerzas. Como vemos, se presenta una imagen de sí mismas escindida, la *mujer mala* se enfrenta con la *mujer buena*, sin poder integrar su identidad más allá de esta fractura impuesta culturalmente.

La presencia de los otros en sus vidas: La mirada de los familiares cercanos

También podemos escuchar sus voces hablándonos sobre sus familias de origen. ¿Quiénes son sus madres y sus padres, sus hermanos u otros familiares cercanos con los que hayan convivido? ¿Cómo los ven ellas desde sus propios ideales y realidades? Vamos a escucharlas hablar sobre el lugar que cada una ocupó dentro de su núcleo familiar, sobre la presencia de estos otros, sobre las miradas encontradas entre ellas y sus familias.

Recordemos las imágenes de sus madres como mujeres agredidas, dentro de un círculo de violencia doméstica imparable. Ejercitadas en vínculos de sometimiento con sus parejas, algunas de ellas logran salir del escenario inmediato, separándose del compañero o incluso abandonando los hijos. Vamos a intentar

aproximarnos al imaginario de estas madres en tanto mujeres, acercarnos a sus identidades y cuerpos femeninos, tal y como sus hijas las miran y las reconocen. Flor se refiere a su madre desde su presencia cotidiana en la casa:

"En la casa sí, manteniendo el hogar. (...) No, mi mamá no, nunca ha trabajado, ella siempre en la casa. (...) Mi mamá decía: pues yo quiero que tal vez ustedes se lleguen a casar, yo las quiero ver casadas. Pero mi papá nunca permitía eso, mi papá siempre decía que no, no podíamos tener amigos, ni amigas, nada de eso... Y pues mami sí, a veces nosotros le decíamos y ella decía: 'sí vayan a ver jugar,' o alguna cosa y nosotros nos sentíamos lo más bien, pero solo a ella le podíamos decir, porque a mi papá no, él nos iba a decir que no, nos iba a regañar. Entonces, a ella le decíamos y a veces nos decía que sí, pero siempre con miedo."

Marita, por su parte, recuerda a su madre absorbida en las labores domésticas y en el cuidado de su padre enfermo:

"Mi madre también fue como una enfermera para él. (...) Mi mamá trabajaba, yo trabajaba en una casa y mi mamá planchaba ropa en casas y todo. (...) Ella es la que siempre ha luchado por nosotros. (...) Mi mamá siempre fue muy decente, del trabajo para la casa y así. Nunca nos faltó la comida, gracias a Dios."

Para ella, la madre es la persona que más apoyo y fortaleza le ha brindado desde niña:

"Entonces, me volví a ir para la casa, para donde mami y ella me dijo: 'sí claro usted es bien recibida', y nunca me rechazó, ni nada, me apoyó más bien. (...) Una madre es la única que lo apoya a uno en todo en la vida, porque aunque estoy aquí no tiene la obligación de venir a verme. Yo digo que ningún familiar tiene la obligación, lo que pasa es que ella con el amor de madre viene a verlo a uno. Porque vea, a pesar de tanta gente donde yo trabajé, del tiempo que yo tengo, aquí ninguno me ha venido a visitar y amistades que yo tuve tampoco, es donde yo comprendo que solo la madre le interesa a uno."

De forma semejante, para Marielena, su madre también ha estado dedicada a las labores domésticas, en un rol de sacrificio y sufrimiento:

"Ya ha venido de planchar ropa ajena y ha venido de casas, de planchar y lavar, entonces yo me quedaba con ella así, viéndola y acompañándola a ella a esa hora y le decía: 'ay mami, ay no, mami, usted solita'. Yo y mi hermano éramos los que estábamos con ella, más apegados, la cuidábamos y todo, ella se acostaba tarde. Nos quedábamos ahí para cuidarla porque nos daba una lástima que se acostara tarde y ella pobrecita, se ponía a veces así, toda triste, porque tal vez tenía que trabajar y no le alcanzaba. (...) Pobrecita mi mamá, a los tres

meses se hizo cargo de mi casa. Sí, de todo, pero mi mamá padece demasiado..."

Para Flor, Marita y Marielena las figuras maternas estuvieron encerradas dentro del mundo privado del hogar. Absorbidas por las labores domésticas, por el cuidado de los hijos, compañeros o enfermos, por el sacrificio y el sufrimiento, fueron mujeres atrapadas dentro del *rol* tradicional femenino. Las imágenes son de mujeres dedicadas al cuidado de los otros, no viven para sí mismas, la presencia y las necesidades de los otros absorben sus vidas. Son *madresposas* tiempo completo, su autonomía se diluye en las demandas de los otros, sus necesidades como mujeres se pierden en las necesidades ajenas. Al contrario, para Lucrecia y María Antonia sus madres más bien se alejaron de esta realidad y esto es lo que les reclaman como hijas. La narración de Lucrecia se encuentra teñida con el dolor del abandono, la madre ausente y las madres sustitutas que la maltrataron a ella y a sus hijos:

"Nunca tuve una mamá que me ayudara, que me diera buenos consejos, ni nada. (...) Mi mamá se dejó de mi papá, se divorciaron; ella nos dejó botados a nosotros, ella nunca le importó la vida de nosotros. (...) No, yo de mi mamá nunca supe nada hasta que tenía 18 años. Mi

papá cuando tomaba quería meterme la conversación, entonces yo le cambiaba la conversación, nunca lo dejé, a mí no me interesaba. En estos momentos a mí me pueden decir que mi mamá se murió y sabe, que yo lo sentiría, porque es mi madre y madre solo hay una en esta vida. (...) Digamos para mi padre y madre son mi papá. (...) Sí, él lo que hacía era buscar una mamá para nosotros, una madre que diay, nunca; como te digo, nunca como las madres de uno; sin embargo, uno no la tuvo."

En este relato vemos claramente la contradicción abismal entre la imagen de la madre ideal (madre solo hay una en esta vida) y la realidad decepcionante de su propia experiencia infantil (nunca como las madres de uno). La experiencia con su abuela no fue diferente de la relación con sus madrastras, también fue una figura interesada por el dinero y la utilidad que le podían brindar sus nietos, de quien no recibió apoyo, ni comprensión: "Cuando yo me fui de la casa, yo me fui donde mi abuelita, ella lo que hacía era mandarnos a trabajar y quitarnos la plata a nosotros para ella, siempre ha sido muy interesada."

En el caso de María Antonia su madre también fue una figura ausente, distante, de la que no recibió el apoyo esperado. Ella la define como una mujer agresiva, interesada por el dinero y por andar en la calle:

"No, mi mamá todo el tiempo le ha gustado andar mucho en la calle, ella nunca estaba en la casa, todo el tiempo andaba para arriba y para abajo. Diay, ella se iba para donde mi abuelita, que se iba para donde mis tías, que se iban para la reforma a ver un tío mío que estaba ahí y así; pero era muy poco que estaba. Y cuando estaba eran solo pleitos con mis hermanos y con mi papá, él peleaba con mi mamá, que mami le gritaba. (...) Porque a mi mamá le gusta la plata, mi mamá es ambiciosa de la plata; Dios guarde pedirle un día veinte pesos, porque Dios guarde, nada: 'trabajá'. Así es."

Actualmente, la madre de María Antonia se muestra más cercana y espera de ella una actitud diferente, como quedarse en la casa, ante lo cual ella se opone con vehemencia:

"Siempre ella ha sido muy alejada. (...) Hasta ahora que está toda alegre, le digo yo a él ¿y mami?, y me dice: 'está toda contenta'. El domingo vino y me dice: 'por fin vas a estar conmigo'. 'Sí mamá, ahora, ahí que me arregle el cuarto', le dije, pero no me gustó que ella me dijo que trabajara en la casa. No, señora, yo tengo muchas invitaciones, yo no voy a estar metida en la casa y metida en el trabajo, usted sabe tengo 20 años, yo necesito ir a pasear. A mí no me van a detener en la casa, si tengo que ir a firmar cada 15 días, voy, firmo y me voy. Yo sé que ahora tengo que trabajar mucho para pagar la plata, pero no me van a tener de esclava tampoco".

A pesar del abandono y el rechazo de la madre, para María Antonia, el apoyo de esta en la cárcel ha sido fundamental. Como consecuencia, el revivir la distancia de la madre como posibilidad de un nuevo abandono ha sido vivido como catastrófico:

"Me sentí mal, me sentí triste, me sentí que... mi mamá duró como dos domingos sin venir y sin nada; me corté, pero fueron cortadas así no más, por encima, porque yo nunca había hecho eso."

Sobre el maltrato y el abandono que ella vivió desde niña por parte de su madre, relata como se derivan de la misma relación de su madre con su abuela materna, como si una historia de generaciones se reprodujera más allá del tiempo:

"Pues seguro mi mamá pasó lo mismo. Porque mi abuelita a veces se pone a contarnos que mi mamá era muy jugada y mi abuelita siempre ha sido muy jodida también, ha tenido muchos viajes y todo. Y mi mamá me contaba que mi abuela también le pegaba y que llegaba muy tarde de la calle, eso ya es una cadena digo yo."

Para Lucrecia y María Antonia las figuras maternas no respondieron a la imagen tradicional, fueron mujeres de la "calle", distantes de la maternidad, interesadas por el dinero y agresivas. Mujeres transgresoras, que

se rebelaron frente al *rol* de la domesticidad: crianza de los hijos, labores del hogar, cuidado de los enfermos, ausencia de palabra propia. En la vida de estas madres, habita una pugna viviente entre la privacidad del mundo doméstico y las posibilidades abiertas del mundo público. El sometimiento y el sacrificio frente a los otros, el silencio y el miedo frente a lo nuevo, se oponen a la resistencia y a la búsqueda de espacios diversos, de encuentros con aquellos otros que habitan la calle, con el dinero y sus alcances. Se encierra en ellas el dilema de la mujer actual. ¿Quiénes somos, para qué estamos en este mundo? La pregunta surge después de siglos de silencio impuesto. De pronto, el lugar de la mujer se trastoca, ya no habita solo en lo conocido, lo incierto brota como un flujo de posibilidades. En las voces de estas mujeres escuchamos esta pregunta como una presencia incómoda que ellas procuran silenciar, pero que se les impone sigilosamente cuando menos piensan.

Recordemos ahora a los padres, compañeros de estas madres. El alcoholismo acompañado de la frustración frente a un *rol* no cumplido adecuadamente, los encerraba también en este círculo de violencia doméstica en el que maltrataban a sus compañeras y a sus hijos sistemáticamente. Escuchemos en sus relatos cómo los miraban sus hijas, quiénes eran estos hombres para ellas. En el caso de

Marita, la imagen de su padre era la de un hombre enfermo y deteriorado, dependiente de ella y su madre:

"Lo que yo siempre tengo presente es que me echaban en cara que mi papá era un borracho, que por eso nunca iba a las reuniones. (...) Le dio cirrosis porque era un alcohólico, es una enfermedad terrible, teníamos que bañarlo hasta en la cama y todo. Él duró aproximadamente cinco años así en agonía, que teníamos que estar cuidándolo y cuidándolo. (...) Él se murió cuando yo tenía trece años, pero ya cinco años antes ya no podía trabajar, ni nada por la enfermedad. Él quedó sentado en una silla."

También recuerda a su padre por su agresividad y maltrato, frente a lo cual no acepta sentir cólera, sino más bien la necesidad de cuidarlo, al igual que su madre:

"Lo que más me dolía era verlo a él tan agresivo que se mostraba con uno antes de la enfermedad. Después cuando ya él estaba enfermo entonces ahí ya fue tomando más cariño, más porque yo era la que prácticamente lo atendía. (...) A pesar de que me había rechazado, yo nunca lo rechacé, más bien le di más apoyo. Tampoco, no vaya a creer, yo no lo odié nunca, sinceramente no, pero sí sentía un resentimiento de ver que era así conmigo. Pero aun así, no me vengué, ni nada, sino que lo cuidé, lo mimé, le di los últimos."

A diferencia de Marita, en el caso de Flor, el padre sí respondió a la imagen adecuada como responsable de la manutención de la familia:

"Cuando estábamos en Guanacaste, sí teníamos una finca, cuando llegamos a Limón no, ya no, mamá estaba en la casa y papá trabajaba. Mi papá trabajaba en una finca de ganado de un señor de ahí."

Pero también, el temor ante su agresividad y maltrato fue determinante en la relación con él:

"Él siempre ha sido más serio y más bravo como dicen y ella pues no. (...) Entonces, a nosotros cualquier cosa nos daba miedo decirle a él, todo se lo decíamos a ella. (...) Mi papá siempre ha sido así con todos y creo que ninguno de nosotros hemos sido rebeldes. Nosotros lo obedecíamos mucho a él, yo creo que todos hemos sido bien portados con él y le hacemos caso aunque a veces sin ganas. (...) A nosotros nos daba miedo por el hecho de que llegaba tomado a pegarle a mi mamá."

De forma semejante, para Marielena, la imagen de su padre responde al estereotipo negativo de los hombres que dejan de ser responsables por tomar y andar con mujeres:

"Bueno; mi papá en ese tiempo trabajaba mucho y lo mandaban a todos lados, pero ellos eran muy unidos. Después, agarró un sistema,

que, como todos los hombres, se eschochó, ya dejaba el hogar, se iba quince días o un mes. (...) Lo que le gustaba era andar con mujeres y andar tomando. (...) Entonces, él la maltrataba mucho y varias veces. Nosotros teníamos que aguantarlo porque no podíamos hacer nada, jamás. (...) A nosotros nos daba leña por todo."

Actualmente, según su relato, el padre cambió y de nuevo responde al ideal de hombre responsable y cumplido con su familia:

"Papi le mandó a traer muebles a mami, le compró de todo, le hizo la casa de lo más linda, que hasta la fecha viera que señor, viera que excelente que es. Cambió mucho ya se volvieron a juntar y ya mi papá es responsable. Él tiene una fábrica. Ese señor se levanta a las cuatro de la mañana a pesar de que es de él, trabaja hasta las cuatro, hay veces hasta las doce. Viera que responsable que es, lleva a mami de vez en cuando a pasear a las playas, viera que señor más bueno."

En el relato de María Antonia, su padre también asumía la manutención de la familia, a pesar de tomar licor excesivamente:

"Bueno mi papá trabajaba en el campo, él llegaba, se iba desde las cinco de la mañana y llegaba hasta las tres de la tarde. (...) A él nunca le ha gustado andar en la calle, pero sí le gustaba el trago."

Las únicas experiencias agradables con su padre las vivió cuando se enfermaba de niña, el resto del tiempo lo que recuerda es el maltrato y el distanciamiento:

"Cosas bonitas solo cuando estaba enferma, yo hacía todo lo posible para enfermarme, de seguro con la misma mente me decía: 'yo me quiero enfermar, yo me quiero enfermar'; porque era la única vez que yo veía a mi papá cerca de mí."

Para Lucrecia, a pesar de que ella se tiene que ir de la casa por el maltrato de las madres y el abandono del padre, él se convierte en la única persona que ella vive como indispensable en su vida:

"Yo regresé a la casa porque, yo mi papá no sé, él no es Dios, pero nosotros siempre lo necesitamos, a pesar de que, diay, él tomaba mucho cuando se fue mi mamá. Yo volví a la casa y seguí luchando por él hasta que vine a caer aquí. (...) Para mí, padre y madre son mi papá y el día en que él se me vaya se me termina el mundo, a pesar de que él no sabe que yo caí otra vez aquí, pero para mí él es el único y de mi mamá me dicen que ella se murió. (...) Mi papá tomaba, pero era muy responsable. Yo amo a mi papá. (...) Fue muy buen padre, gracias a Dios."

El drama de los padres de estas mujeres se encuentra en el desgarramiento entre la imagen ideal de proveedor económico, padre

responsable y protector, por un lado, y el padre alcohólico, mujeriego e irresponsable que abandona y desprotege, por el otro. La agresividad de estos hombres con sus hijos y compañeras, fue el recurso principal para enfrentar la frustración y la impotencia ante una masculinidad desgarrada. Ellas, por su lado, se refieren a sus padres desde el miedo, la impotencia y la cólera ante la agresividad cotidiana y el abandono, pero, al mismo tiempo, los miran como los responsables de la manutención y la protección de la familia. De esta forma, vemos como los *roles* de género se mantienen en forma rígida, resquebrajados, pero inmutables.

En relación con las imágenes de sus hermanos, estas son diversas; sin embargo, para ellas los hermanos representan figuras que, de alguna manera, se oponen a la vida "descarriada" de ellas, han formado sus familias, tienen sus hijos y su trabajo. Es como si se vieran en un espejo que les devuelve la imagen negativa y devaluada de sí mismas frente a la imagen idealizada de ellos. Escuchemos algunos de sus relatos.

Marita:

"Sí, hasta tercer año de colegio cursaron todos, ahora tienen sus trabajos y viven juntados. (...) Lo que es la vida, así es la vida de cruel, porque ellos por lo menos alcanzaron una meta mejor que yo."

Lucrecia:

"Ellas están bien porque cuando yo estaba saliendo con mi beneficio, yo las iba a visitar. Ellas tienen cada una sus chiquitos, formaron un hogar. Desgraciadamente, la que siempre ha tenido mala suerte he sido yo. Salí y volví a caer aquí. Mis hermanos también se casaron, ellos viven bien, gracias a Dios."

Desde el lugar de la normalidad en los hermanos, ellas reciben el rechazo, la crítica y la descalificación. Para Marita la relación con sus hermanos ha estado marcada por el desprecio y el maltrato, experiencias que ha vivido de forma generalizada desde niña:

"Diay, ellos también me trataban con crueldad siempre, nunca tuve apoyo moral, ni un consejo de ellos, más bien lo que siempre recibí fueron groserías, maltratos. Se aprovechaban de que yo era la menor, llegaban y a veces me pegaban, a veces con palabras también me trataban mal, me trataban como un ser insignificante, que yo no valía nada. (...) Tal vez un golpe, por donde más me daban era por la cabeza y eso lo perjudica a uno, no crea, mucho. (...) Ellos nacieron con esa crueldad, ellos para donde jalaban era para donde mi papá."

Con la experiencia de la cárcel, los hermanos las juzgan duramente; para Marita fue un motivo más para sentirse humillada:

"Incluso ahora que caí aquí, un hermano me llamó, fue para mortificarme, fue para decirme: 'no cuente conmigo, yo no la voy a ver a usted, por mí que se pudra los 20 años, yo no voy a verla.'"

Para Flor sus hermanos mayores son los que la juzgaron con mayor dureza, en relación con los embarazos y con la muerte de la niña, como ya se citó anteriormente. Las hermanas mujeres, sin embargo, han mostrado mayor solidaridad y apoyo con respecto a su internamiento en comparación con los hermanos hombres:

"Y para mis hermanas bueno, siempre que vienen, las primeras veces que venían lloraban y todo, ya ahora no, como que se han acostumbrado un poco. Mis hermanas siempre me mandan cartas y lo que me mandan a decir es bueno, eso: que me cuide y que vea que hay tantas cosa que pasan aquí, tanta droga y todo lo que ellas saben. Sí mis hermanas siempre vienen, los varones son los que casi no, solo uno es el que ha venido, el resto no. Cuando me pasó esto a mí, me dijeron que uno de ellos había dicho pues que él me desconocía a mí como hermana."

A la vez cuando la violación de su cuñado, son ellos mismos los que asumieron una posición en defensa de su honra como mujer, lo cual es congruente con la mirada juzgadora y a la vez protectora con que se mira a la mujer "decente":

"Entonces pues mi otro hermano se puso bravísimo y localizó un machete. Para ir a matar al hombre, se puso bravísimo, dijo: usted sabe que agarró a mi hermana cuando estaba pequeña y después a la otra".

En el caso de Lucrecia los hermanos son realmente los que compartieron con ella el abandono y el sufrimiento durante la infancia:

"A los únicos que quiero como hermanos, porque hemos sufrido, han sido mis hermanos de matrimonio. Mi padre luchó por nosotros, pero nunca tuvimos un hogar estable digamos. Tal vez si yo hubiera tenido un hogar estable, no hubiera pasado por lo que pasé chiquitita. Tuve un hermano preso, pero gracias a Dios él salió, se compuso, él se casó y todo, ahora tiene un bebé."

Realmente en ninguno de los discursos los hermanos ocupan un lugar principal para ellas. Son personas que han compartido sus experiencias de sufrimiento y sus carencias, pero que, de alguna manera, para ellas se encuentran menos dañados. Ellas los miran desde adentro de la cárcel, como imágenes de contraste, como personajes ideales en los que la moralidad y la cordura se impone sobre la desviación en sus propias vidas. Se miran al espejo de sus rostros para que les confirmen su propia transgresión, su lugar

Cuando la feminidad se trastoca en el espejo ...

en el afuera de una racionalidad inasimilable;
pero también, paradójicamente para sentirse
adentro, para sentir que forman parte de la
normalidad a través del vínculo con ellos.

Sacrificio y transgresión en estas mujeres-madres

El horror habitando la cotidianidad

El maltrato y asesinato de un niño por su madre representa una explosión de violencia profundamente amenazante para una sociedad basada en el mito del amor maternal como experiencia natural en la mujer; una sociedad que encuentra en la diferencia radical entre los sexos, el cimiento fundamental para el control de la subjetividad y la integración social de sus miembros. El dolor social en las mujeres con las que trabajamos, se teje en sus cuerpos mediante varias redes en las que quedan envueltas a partir de múltiples desgarramientos. Fracturas en las que el mundo se les presenta como abismos que las atrapan, sin saber cómo evitar ser tragadas por ellos.

Cuando estas mujeres logran hablar sobre sus odios, frustraciones y acciones violentas, se refieren a sí mismas como "mujeres desordenadas y torcidas, como niñas terribles,

malcriadas, de la calle". Seres que "explotan, se suben y se convierten en sustancias efervescentes, que hierven y revientan", dejan sangrando a los otros, los agarran a golpes e incluso los llegan a matar (aunque esto último no lo digan directamente con sus propias palabras). Al mismo tiempo, las imágenes de sí mismas como madres, responden más bien a las demandas morales que la sociedad le exige a la mujer sobre la maternidad. Se presentan como mujeres "decentes" y madres "adecuadas", que aman a sus hijos sin sentir angustia, miedo o rabia ante sus demandas o ante las dificultades personales y socioeconómicas para criarlos. Tratan desesperadamente de presentarse como madres ideales, que no fallan, ni se quejan por su destino de "madresposas". Aparece este desgarramiento intenso entre la imagen social de la maternidad y la existencia concreta como mujeres; abismo en el que las fracturas intrapsíquicas se entrelazan con las carencias sociales propias de la pobreza.

Otra manifestación de las contradicciones ligadas con la maternidad se presenta en el conflicto entre las imágenes propias sobre sus vidas como pertenecientes al mundo privado y el deseo de salir hacia el afuera, hacia las posibilidades del mundo público. Frente al ideal de "madresposas" o "mujeres de hogar",

brotan el sufrimiento y las frustraciones presentes en este *rol* ancestral de la mujer. Los olores de la cocina, el café recién hecho, el llanto de los niños, la limpieza diaria de la casa, el compañero exigiendo la cena o dejándolas solas por la noche, se mezclan con los deseos por salir a la calle, por huir de la cotidianidad y poder conversar con alguien que las escuche, por tener dinero o poder pasear. El nunca haber sido escuchadas, el no tener amigos, el salir poco de la casa, el no tener pequeñas pasiones cotidianas, las va atrapando en la soledad, el silencio y el aburrimiento que sube por las paredes de la casa y se les introduce en la tristeza y el miedo que les tiñe el diario vivir. Ellas, como mujeres, más allá de su maternidad y conyugalidad, desaparecen detrás de los velos de la domesticidad. Sus deseos e ilusiones se estrellan contra un destino que tiene pocas ventanas al mundo.

Ligado a este conflicto entre el mundo público y el mundo privado, se presenta en la vida de estas mujeres un abismo entre ellas y sus compañeros, entre la feminidad y la masculinidad hilvanada en sus cuerpos. La sujeción, el miedo y la hostilidad que se instauran en las relaciones con sus compañeros, provocan un distanciamiento gradual que se manifiesta en el silencio, el resentimiento

acumulado, las decepciones cotidianas, lo cual muchas veces culmina en una explosión de violencia. Lugares enquistados de desencuentro y soledad entre los hombres y las mujeres brotan en la cotidianidad como abismos muchas veces insuperables. Los lenguajes y las pasiones de cada uno, no se reconocen en el otro, se han distanciado tanto, que dos personas que conviven diariamente durante años, pueden llegar a experimentarse como extranjeras, como seres irreconocibles e irreconciliables.

¿Pero qué nos dicen al mismo tiempo, las voces de los niños, de qué nos hablan sus sufrimientos, sus muertes prematuras? Las autopsias de los niños nos hablan de asfixia, fracturas y traumatismos, de hemorragias, de excoりaciones infectadas y heridas cicatrizadas, de contusiones y hematomas. Nos hablan de cadáveres que aterran y duelen, de sufrimientos humanos innombrables. Nos hablan de lo abyecto, de lo repudiado psíquica y corporalmente por el individuo, pero también, de lo rechazado por la sociedad como colectividad. Estos niños nos dicen del odio y frustración intensos de sus madres y posiblemente de sus padres, pero al mismo tiempo, sus voces nos recuerdan una sociedad en la que los espacios para la vida son muchas veces reducidos al mínimo o a lo mejor a la muerte misma.

A su lado, aparece el dolor de estas mujeres, las escenas de violencia familiar sufridas, el maltrato, el abuso, la repulsión hacia la feminidad de sus madres y de sí mismas, el terror a la violencia impredecible desencadenada por el licor. ¿Cómo hacer para narrar todo esto, para descifrarlo? Además, estas mismas mujeres vivieron la pobreza, el hambre, los oficios domésticos y el trabajo en la calle prematuros, la necesidad de supervivencia, la incertidumbre y la inestabilidad en la cotidianidad. Todas, experiencias en las que el miedo, la desesperanza y la muerte se fusionaban en sus cuerpos de mujer, como rituales siniestros en los que la vida muchas veces era reducida a llantos, gritos y terrores familiares. Sus vidas también nos hablan de fracturas, hemorragias y heridas cicatrizadas.

Las referencias a la escena del infanticidio o a situaciones que indirectamente la nombran, son explicadas por ellas mismas, como momentos en los que el diablo se les metió, se les acercó para seducirlas o para hacerlas caer en la tentación de la muerte. La furia desencadenada, la desesperación y el miedo frente a sus propios deseos son expresiones del diablo que se apodera de sus cuerpos, como una fuerza externa que las penetra y manipula. Imágenes semejantes a lo que les ocurría, según la Inquisición, a las brujas en

la Edad Media. Los medios de comunicación, como la prensa escrita, se refieren a estas mujeres que matan a sus hijos con palabras fuertes de repudio y censura que las deshumaniza, asociándolas con figuras animales o con imágenes que expresan una desviación extrema de la normalidad. Convierten a estas mujeres en "hienas,³⁷ cerdas o escorias subhumanas." Hablan de "mujeres sin alma", de "bestias o monstruos" que golpean, quiebran o degüellan los cuerpos de sus hijos. Son "asesinas o locas" capaces de cometer "actos atroces, crímenes horrendos o torturas horripilantes." Las noticias nos cuentan de mujeres protagonistas de "casos macabros e historias espeluznantes." Estas mujeres con sus cuerpos y sus historias desaparecen para dejar espacio solamente a una imagen fantasmal, en la que las condiciones reales del asesinato se disuelven en la narración periodística.³⁸

Las escenas que ocurren realmente son indescriptibles, profundamente dolorosas, sin embargo, qué ocurre cuando los niños no

37. "Es un animal nocturno que segrega un líquido espeso y nauseabundo en una bolsa ubicada entre el ano y la cola, y que además se alimenta principalmente de carroña o sea, de todo aquello podrido o corrompido" (*Diccionario de la Lengua Española*, *op. cit.*, pág. 683).

38. En relación con la imagen diabolizada de la feminidad y la maternidad en estas mujeres desde la perspectiva de los "otros", periodistas, jueces, abogados, personal penitenciario, etc., comparar el estudio realizado por Caamaño y Rangel (2000).

mueren, pero sus cuerpos son quemados, golpeados o quebrados cotidianamente. ¿Quién habla de ellos, quién se acuerda de sus necesidades insatisfechas y sus deseos frustrados? ¿Cuándo se escuchan las voces de los niños abandonados, maltratados, abusados sexualmente, quienes muchas veces deben trabajar bajo condiciones de explotación extrema o incluso crecer en la calle? ¿Quién se enteró de la vida de estas mujeres cuando eran niñas? Estas realidades se ignoran, mientras no provoquen un quiebre del orden legal o de las normas morales que gobiernan las relaciones sociales. Es el asesinato del hijo en manos de la propia madre, el que nos horroriza, el que enfurece a la "opinión pública" y levanta las voces de una "moral" que de esta forma logra canalizar el odio colectivo hacia alguien vivido como extranjero, como un afuera irreconocible. Estas mujeres se convierten en imágenes expulsadas de la normalidad, vomitadas en los terrenos de lo abominable, de lo abyecto, aquello que nos habita, pero que repudiamos con asco, horror, con toda la furia que llevamos dentro. La madre que odia y el odio hacia la madre nos habita a todos sin excepción, sin embargo, la maternidad como mito, oculta este odio en las tinieblas de las cotidianidad y, de pronto, cuando sale sin máscaras nos aterra, surge como algo insólito, inabordable.

El cuerpo femenino como un otro insondable, como abyección

El terror al "otro", extranjero, diferente, no es algo nuevo, ha acompañado a la humanidad desde épocas muy lejanas; sin embargo, a pesar del progreso pareciera que en lugar de suavizarse, en este siglo, ha brotado sin límites. Las atrocidades, los horrores cometidos contra aquellos expulsados del orden social, son inenarrables; el lenguaje se nos agota rápidamente al tratar de nombrarlos. Intentemos acercarnos a la construcción simbólica de la abyección en la sociedad actual, donde la madre asesina se nos presenta como monstruo, irreconocible en su humanidad, en su sensualidad, en su dolor, en su tragedia. Al respecto, vamos a retomar a dos autores que nos brindan algunas claves importantes para comprender como lo femenino se transforma en aquello que necesitamos rechazar, expulsar, que nos horroriza como un afuera irreconocible.

Theweleit (1977), al interpretar textos escritos por soldados fascistas durante la década de los años veinte en Alemania, analiza las fantasías de estos hombres sobre la feminidad y la masculinidad. Fantasías en las que lo femenino aparece como abyección, como algo abominable e inabordable. La destrucción y

la muerte producida por el fascismo se vivían como una defensa contra el horror que representaba el enemigo. Las imágenes que provocaban horror iban desde la relación erótica entre el hombre y la mujer, la sexualidad femenina y el cuerpo humano, hasta los judíos, los proletarios y el comunismo. Todas estas imágenes se experimentaban como algo desmesurado, sin límites, líquido, como una realidad que disolvía, tragaba o invadía al yo. Se hablaba del comunismo como la inundación roja y de la mujer como algo inabordable, como corrientes líquidas que destruían todo a su paso.

La representación de la mujer se construía a partir de una imagen polarizada de lo femenino. Por un lado, teníamos la imagen de la esposa, madre o enfermera, como mujer ausente, perfecta, asexuada, como un ser sin cuerpo y sin nombre, como un cuerpo muerto; con quien se mantenía una relación basada en la frialdad, la distancia y la indiferencia. Por otro lado, estaba la imagen de la mujer prostituta o *proletaria*, como mujer agresora, asesina, capaz de destruir, devorar o tragar al hombre. A esta se le temía como un ser monstruoso y terrorífico. Esta escisión se presentaba, según el autor, como una defensa frente al horror que el calor y la intimidad materna, el goce corporal con la mujer o la

mujer misma, provocaban. Lo amenazante para estos hombres era la vida misma, los flujos corporales que hacen posible la vida en el cuerpo: la orina, la sangre, la esperma, el excremento, la menstruación, los sudores. Sin embargo, si los flujos se secan, se acaba la vida. Aquello que no fluye muere. Theweleit define las prácticas de estos hombres como una transformación de la vida en muerte, como una antiproducción que destruye lo que vive y construye barreras o bloques como defensa: el poder militar, los monumentos, el dinero, el consumo. Más que un conflicto entre lo inconsciente y lo consciente, en estos hombres se presentaba un conflicto entre el adentro y el afuera, entre el yo y el otro. Una parte del yo, lo femenino, lo sensual, lo materno, era exiliada, expulsada, era rechazada en vez de reconocerse como parte del sí mismo.

De forma semejante, ocurre con lo abyecto para Kristeva (1980), como aquello imposible, desmesurado, inabordable, aquello del adentro que debe ser excluido para proteger la integridad del yo, que se expulsa como un afuera irreconocible. El cuerpo de la madre se convierte en lo abyecto, al tener que rechazarse la fusión originaria para ingresar en el mundo simbólico, donde las fronteras del yo habitando el cuerpo del niño se van consolidando lentamente hacia la constitución de la

propia identidad. Es el lenguaje, lo simbólico, lo que permite el paso hacia esta primera separación que constituye la condición para la vida. Sin embargo, de acuerdo con la autora, la posibilidad de que el paso desde la fusión arcaica con la madre hacia el orden simbólico no sean tan rígido, es la condición fundamental para poder simbolizar la imaginación, para el desarrollo de la creatividad y la poesía. La capacidad de acceder al orden simbólico no debe sustituir del todo lo semiótico; es decir, la relación fantasmática con el mundo primitivo de los ritmos, las melodías y las sensaciones polivalentes que prevalecen en la relación temprana con la *imago* materna. Solo así se hace posible recuperar simbólicamente, por medio de la sublimación creativa, la fusión originaria con la madre; sin tener que recurrir al síntoma o a la destrucción, sin tener que fusionarse con ella en la psicosis o en el suicidio, o separarse de ella por medio de diques o barreras protectoras que permitan expulsarla hacia las tinieblas de la muerte. Cuando las fronteras entre lo semiótico y lo simbólico son endurecidas, cuando se vuelven infranqueables, surge la necesidad de protegerse frente a esa fusión arcaica con la madre. Lo femenino y lo materno se vuelven amenazantes, monstruosos, se convierten en lo abyecto, en lo abominable.

De acuerdo con Kristeva (1980), esta abyección ha sido asociada, dentro del mundo religioso, con las impurezas del cuerpo y la amenaza de la contaminación que estas implican, fenómeno presente incluso desde las sociedades matrilineales. Ya en las sociedades monoteístas el tabú se transforma en el pecado, en lo diabólico. Lo impuro como oposición absoluta de lo puro, lo pecaminoso como el otro extremo de lo sagrado, viene a consolidar la realidad de un mundo maléfico, amenazante para el orden social. A partir de la Edad Media, en el cristianismo, aparece la figura de Lucifer o el Diablo como representantes del mal, el caos o el pecado, condiciones opuestas en forma absoluta al bien y al orden encarnados en la imagen de Dios. Hinkelammert (1991) plantea que esta imagen diabólica de la Edad Media es una inversión distorsionada del mundo mitológico desarrollado en los orígenes del cristianismo. En este, Lucifer era más bien el nombre temprano de Jesús y de la libertad que este profesaba. Igualmente, analiza como en el Apocalipsis se habla de la Nueva Tierra en tanto utopía del paraíso sin árbol prohibido:

"La Nueva Tierra está al final de la Biblia, en su forma cristiana, así como el paraíso está a su comienzo. Toda la historia es vista como el paso del paraíso a la Nueva Tierra,

siendo el tiempo de la Bestia el que estamos viviendo. La nueva Tierra no es la vuelta al paraíso. En el Apocalipsis hay incluso una visión despectiva del paraíso. La Nueva Tierra es la tierra cuya ciudad es la Nueva Jerusalén, que baja de los cielos a la tierra. Es la unión del cielo y la tierra. Es la tierra de la libertad. Esta libertad es realmente infinita... Es una tierra sin autoridad. Dios es 'Dios con ellos'. El mismo Dios deja de ser autoridad, es 'todo en todo'. Por eso la Tierra Nueva es tierra sin templo... Es tierra de abundancia' (1991:111).

Según el autor hay una unidad mitológica que se expresa tanto en el universo mítico del Apocalipsis, como en la teología de la ley de Jesús y de San Pablo. Sin embargo, dentro del cristianismo mismo se produjo una inversión del universo mítico del Apocalipsis:

"Se trata de una imaginación del mal que recién en el siglo XI se elabora dentro de una completa inversión del universo mítico del Apocalipsis. Ella aparece frente a esta libertad cristiana. Lucifer es presentado como la personificación de esta libertad, vista exclusivamente desde su lado potencialmente destructor. Este Lucifer pasa a ser definitivamente el diablo a partir de la Edad Media, si bien preparado ya desde muy temprano en el mismo cristianismo. Lucifer es el mismo Jesús, transformado en amenaza. Se explica, entonces, que reciba el nombre Lucifer,

que es una temprana denominación de Jesús. El cristianismo, que cristianiza el Imperio, asume esta crítica y se transforma correspondientemente. Abandona el concepto de libertad de este cristianismo temprano y se imperializa, precisamente para poder cristianizar el imperio." (1991: 123-24)

Como producto de esta diabolización de la libertad, la realidad se polariza entre lo sagrado y lo profano, entre el orden divino y el caos demoníaco:

"El cielo es lugar de la Nueva Tierra, vuelve a ser un paraíso con árbol prohibido. El paraíso de todos los imperios, si es que conciben un paraíso, no puede ser imaginado de otra manera. No obstante, cuanto la esperanza es más la del cielo, es menos terrestre. Aparece un profundo dualismo de alma y cuerpo, que aborrece el cuerpo. Las expresiones terrestres y corporales de la descripción de la Nueva Tierra son interpretadas ahora de manera 'espiritual.'" (1991: 125)

Este repudio del cuerpo como opuesto al espíritu se fusiona con la tradición griega que separa lo espiritual de lo material, produciéndose un consenso durante todo el desarrollo de la cultura occidental. El cuerpo con sus necesidades, flujos y deseos sexuales se sataniza en su fusión con la feminidad y la subversión.

Estas van a ser brutalmente perseguidas por la Iglesia institucional, por medio de la Inquisición que tortura y quema vivos a las brujas y herejes como representantes de este nuevo Lucifer.

Esta separación del mundo en oposiciones binarias está en la base de las condiciones de dominación y exclusión de todo aquello que es ubicado en el afuera del sistema. Lo anormal o diverso, la naturaleza y lo líquido, el caos y lo irracional son situaciones que provocan horror, que pertenecen a lo humano, pero, que no son asumidas como tales. Sin embargo, sin estas condiciones, la vida no es posible, la vida no es homogénea, no corresponde a una racionalidad pura o a un orden absoluto. Más bien es diversa, plural, se mueve desde la tensión entre lo natural y lo social, entre el orden y el caos, entre la continuidad y la discontinuidad, es movimiento constante. Esta multiplicidad, esta ausencia de fronteras rígidas se presenta como lo abominable, lo sucio, aquello que corrompe, infesta, contagia lo que está limpio y ordenado: la hiena, la cerda, la escoria, la muerte. Son imágenes que ensucian la moral, la decencia y la pureza de todos aquellos que se dignan llamar representantes del orden y la tradición. Aquellos que construyen muros para protegerse de lo podrido, diques para

que la peste no fluya libremente; necesitan cercarla, diferenciarse de ella, evitar que los toque. Estas manifestaciones diabólicas –la sexualidad y la hostilidad de una madre, los gritos de una mujer, el llanto de un niño, el goce de una adolescente– son vividas desde el terror a lo diverso, a la transgresión y a la vida misma.

La imagen de la *madre pura* no tiene cuerpo, pasiones que la muevan hacia las diversas manifestaciones del goce sexual, simbólico, creador. La *mujer sucia*, con cuerpo, es la prostituta, la ramera, la mujer libertina, que en los expedientes judiciales de las mujeres que cometen infanticidio, es catalogada como la mala madre, desalmada y perversa; como la mujer que puede contagiar a las otras mujeres limpias, con su ejemplo, sus malas costumbres y su podredumbre. Para estas mujeres malas, la pena impuesta por los jueces es exageradamente más alta que la pena de las que son consideradas buenas madres y esposas o que están protegiendo su honra ante un embarazo siendo solteras. Las penas pueden variar desde dos o tres años con libertad condicional, hasta quince o más de veinticinco años sin libertad condicional (aunque esta sea la pena máxima en Costa Rica). Independientemente de la forma de muerte del niño –poco agredido, maltratado sistemáticamente, estando de pocos meses o de varios años–

las penas dependen más de estas consideraciones sobre la moral de las madres que de lo ocurrido realmente. Esto ocurre a pesar de que los tipos de penas se refieren a las condiciones en las que se produjo el homicidio, y no a la "moral" de las personas involucradas. Una diferencia bastante marcada se produce entre los homicidios en el momento del parto y los que se realizan posteriormente, generalmente por agresiones múltiples y constantes. En este sentido, se penaliza menos cuando el niño muere casi inmediatamente después del nacimiento, que cuando muere estando de meses o con varios años. Sin embargo, lo que más influye en la decisión final es la imagen moral que tengan los otros: la familia, los vecinos, los agentes judiciales, los abogados y, por supuesto, los jueces. La mala reputación como mujer de la calle, agresiva, infiel o rebelde, se convierte en una de las pruebas más fuertes en contra de estas mujeres. De nuevo, nos encontramos con la fuerza que tiene el imaginario social sobre sus vidas. Al final de la historia todas van a ser diabolizadas, como expresiones del mal o de lo desviado socialmente.³⁹

La mujer que muestre su erotismo, su hostilidad, su resistencia ante una realidad

39. Sobre la tendencia a la demonización de la maternidad y al desprecio de la feminidad en las imágenes sobre estas

que la aplasta, se convierte en lo monstruoso. La mujer asociada con las pasiones del cuerpo, aquella que sí tiene cuerpo, es vista como un ser maléfico, destructor. La feminidad y lo corpóreo se fusionan en las profundidades de la muerte, de lo diabólico, de la peste contagiosa. El cuerpo en su existencia material y simbólica, se convierte dentro de esta *espiritualidad de dominación*, en lo abyecto, expulsado, en aquello que no debe liberarse porque provoca la pudrición de un orden sagrado e intocable, de un "orden masculino."

La presencia de lo abyecto en los sacrificios humanos

La vida real, corporal, siguiendo a Hinkelammert (1981), como deber y derecho de vivir para todos, para toda la humanidad y para la naturaleza, es justamente lo que se desprecia para poder legitimar la fragmentación de la sociedad entre los que sí tienen derecho a la vida y los excluidos de las posibilidades de vivir en plenitud. El autor, al analizar la relación entre los sacrificios humanos y la sociedad occidental, propone que la historia de Occidente se encuentra cimentada sobre la

urgente necesidad de sacrificar una parte de la humanidad para permitirle la vida a la otra. La muerte de unos se impone como requisito para la vida de los otros, se justifica la violencia sobre las mayorías empobrecidas como criterio para posibilitar el progreso de la civilización. Al mismo tiempo, se cuestiona cualquier resistencia u oposición de aquellos que se niegan a aceptar esta lógica sacrificial, se legitima la violencia y la persecución sobre estos. Al respecto, comenta al autor:

"Resulta un circuito sacrificial que comprende a la sociedad entera. (...) El Occidente moderno tiene su manera propia de tratar aquellos sacrificios humanos que él mismo provoca. La manera de justificarlos aparece más bien en contextos en los cuales denuncia los sacrificios humanos de otros. Hay muchos textos que permiten ver el procedimiento. Sin embargo, todos coinciden en la legitimación de estos sacrificios por la eficiencia de sus resultados. Ciertamente se esconde estos sacrificios lo más que se puede. No obstante, al denunciar los sacrificios de los otros, hay que justificar esta denuncia. Esta justificación jamás se buscará por la exigencia de que no debe haber sacrificios humanos. La crítica del Occidente moderno nunca exigirá eso. Pero, sí denuncia los sacrificios humanos de los otros, reprochándoles que no son eficientes y no llevan a la modernización adecuada. De esta manera, el Occidente

moderno se presenta como la única sociedad que realiza sacrificios humanos justificados. Puede condenar, por tanto, los sacrificios de todos los otros, sin cuestionarse a sí mismo." (Hinkelammert, 1991: 17 y 43)

En la actualidad, la ideología neoliberal como modelo del progreso acumulativo, impone la afirmación del mercado total como utopía absoluta que niega desde sí misma las utopías alternativas. Hinkelammert (1992) plantea que esta utopía neoliberal es un culto a la muerte. La destrucción de la naturaleza y de la humanidad, que son producto del desarrollo del capitalismo, son asumidas como condiciones para el progreso humano. Una parte del mundo tiene que ser aniquilada para que algunos puedan sobrevivir en un futuro, gracias al desarrollo libre y absoluto del mercado. Lo que tenga que ser sacrificado en este camino único, es indispensable para la salvación del mundo, se abraza la muerte como condición para la vida. La utopía neoliberal impone una mística de la muerte en la que una parte de la humanidad son basuras, desechos que deben sacrificarse para dar paso al desarrollo de la libertad y el progreso o, si es necesario, del poder y la guerra. De acuerdo con el autor, la modernidad como criterio rector de la sociedad occidental ha entrado en

crisis, más allá de la crisis del sistema capitalista. El desarrollo como crecimiento económico y progreso técnico capaz de posibilitar una integración general de la fuerza de trabajo ha sido sustituido por la muerte de las utopías y las ideologías, por el "fin de la historia." Frente a la cultura de la esperanza de los años sesenta, aparece la cultura de la desesperanza de fin de siglo, lo que Hinkelammert llama "la cultura del heroísmo del suicidio colectivo."⁴⁰ La crisis de integración, el desempleo masivo y la destrucción de los hombres y el medio ambiente, van acompañados de

40. Hinkelammert (1992) propone que este paso de la cultura de la esperanza a la cultura de la desesperanza, es una situación dominante en la actualidad: "Hoy vivimos los primeros pasos del segundo gran estallido de la burguesía salvaje. De nuevo, se nos promete la redención de la redención y la gran utopía de la desaparición de la esperanza, utopía del infierno en la tierra. La burguesía salvaje celebra la misa negra..."

Las organizaciones de clase o revolucionarias, los movimientos de cambio, la orientación hacia una nueva sociedad, surgieron de la cultura de la esperanza de los años cincuenta y sesenta. Formularon la esperanza o la manipularon; sin embargo, se basaron en ella. La destrucción casi general de los movimientos populares y del Estado de reformas (intervencionista) acabaron con esta cultura, logrando una fuerza de convicción a partir de la crisis del socialismo en Europa oriental. La cultura de la desesperanza se basa en la tesis de que no hay alternativa. Se puede solamente administrar un caos o una anomia, que son sistemáticamente producidos. Se ha descubierto que no solo la organización de la esperanza da estabilidad, como ocurrió en los años cincuenta y sesenta. Aparentemente, hasta es más estable la cultura de la desesperanza" (pág. 8).

una lucha salvaje por la maximización de las ganancias. Aparece la utopía antiutópica del mercado total, en la que el sujeto real, concreto, es anulado en función de las leyes de la eficiencia económica: "Es la utopía de la sociedad perfecta del mercado total, que anuncia la destrucción como el camino realista de la construcción." (1992: 15)

La exclusión a partir de la estrategia de fragmentación de la sociedad, se legitima por medio de la mistificación de los excluidos como monstruos, representantes del mal y de la muerte. La inversión se consagra para avalar los sacrificios humanos sin necesidad de seguir invisibilizándolos, como se hacía con la utopía de la modernidad y el desarrollo para todos. La exclusión de grandes contingentes de seres humanos y la destrucción de la naturaleza ha llegado al extremo de la legalidad. Se instaura el cinismo como imaginario social para destruir cualquier criterio universalista. Los excluidos, como esa otredad siniestra, se convierten en lo abyecto, lo exiliado, lo arrojado. Se transforman en el monstruo, el tumor, el cáncer, en algo inasimilable y extranjero para la sociedad y para el cuerpo. En este punto, podríamos establecer una mediación entre la exclusión social como mecanismo estructural para mantener las relaciones de dominación prevalecientes y la abyección como

fenómeno determinante en la construcción de la subjetividad humana, tal y como la plantea Kristeva (1980). Los sectores sociales excluidos se convierten en un excedente, en algo que transgrede las fronteras de esta racionalidad de muerte, en la que la vida se contruye a partir de las cenizas de aquellos que mueren en los brazos del progreso.

Podríamos afirmar que esta exclusión social del otro como mística de la muerte del capitalismo salvaje, tiene un referente esencial y complementario en la abyección que impregna las relaciones de producción entre los géneros. La separación abismal entre la masculinidad y la feminidad, se corresponde con la escisión entre racionalidad e irracionalidad, estructura y sujeto o, si se quiere, mercado y subjetividad. La feminidad es asociada históricamente con la naturaleza y los instintos, con la ausencia de límites, los flujos corporales y la liquidez oceánica. La masculinidad, por el contrario, se vincula con la sociedad, con lo sólido, con la ley y el orden. Esta ruptura pareciera estar en la base de los procesos de conformación de la subjetividad, en los que la identidad de género juega un papel fundamental. De acuerdo con Theweleit (1977), en las relaciones entre el hombre y la mujer, la falta se impone como una desigualdad artificial y forzada, como una condición en la que se experimenta a los

otros a partir del miedo, la desconfianza y la dominación. El circuito sacrificial atraviesa, por lo tanto, las relaciones entre los géneros. En el lugar del encuentro de las diferencias se impone la sujeción. La dominación y la exclusión se instauran como la regla que regula la separación. La muerte brota como condición para que haya vida y no viceversa.

La madre loca: monstruo de la modernidad

Volvamos a la metáfora de la inundación roja y a su relación con la feminidad en los textos analizados por Theweleit, para acercarnos de nuevo al tema que nos interesa. La revolución y el comunismo, llamados la *inundación roja*, eran asociados por aquellos hombres con la *mujer roja*, proletaria o prostituta, y con la menstruación en el cuerpo de la mujer. La feminidad, el cuerpo y la lucha por el derecho a la vida para todos quedaban ligados con el caos y la muerte. A pesar de la especificidad de los discursos fascistas analizados, creemos que esta vivencia de la feminidad, enlazada con el cuerpo y con la vida real no es exclusiva de estos grupos, donde se presenta en forma extrema. Como ya hemos analizado, la sociedad patriarcal tiende a una visión de la feminidad asociada con lo irracional, con la

impureza y la suciedad, con lo abominable y demoniaco. Es en este punto donde vamos a volver la mirada hacia las mujeres transgresoras con las que hemos estado conversando. Intentaremos acercarnos al trastocamiento de la feminidad en el espejo de la maternidad, en el extremo trágico de una cotidianidad marcada por la exclusión y por la muerte, como son la violencia doméstica, el maltrato infantil y el infanticidio.

Cuando nos acercamos a la intimidad en las vidas de estas mujeres, descubrimos la paradoja de la feminidad incrustada en sus pieles como un abismo profundo. Catherine Clément (1975) habla de las mujeres como seres dobles, en los que se entrelazan el orden y el desorden, aquello que es gobernable y aquello ingobernable, caótico. Los períodos críticos de la mujer provocan rupturas y sorpresas, aparece la amenaza de lo cíclico: en la menstruación, el embarazo, el parto o la menopausia. La vida adquiere un ritmo diferente, el de la periodicidad femenina, que se enfrenta con el ritmo de la cultura. En los periodos de la mujer, en sus flujos menstruales, se encuentran las fronteras que separan la naturaleza y la cultura, lo que se detiene, separa, y lo que fluye incontrolablemente, aquello que se fusiona. Históricamente, a las mujeres se les ha encerrado en el lado oscuro de la naturaleza,

de los deseos arcaicos y las pasiones animales, pero, paradójicamente, para impedirles el acceso al goce, para hacerlas objeto del deseo de los otros. De acuerdo con Clément, en las figuras de la histérica y la bruja, mujeres abusadas y maltratadas por los hombres –inquisidores, médicos y torturadores–, la mujer queda enlazada a lo demoníaco y lo monstruoso. En este sentido, se hace referencia al espectáculo público que estas mujeres dramatizan, para ser miradas por los hombres. Ellos las interrogan, las juzgan, las controlan; se deleitan mirando, maltratando sus cuerpos, viéndolas sufrir, quejarse, llorar y gritar ante la impotencia y el dolor instalados en sus pieles. Siguiendo a la autora, aparece la figura de la mujer-bestia, la mujer-deseo, que va a ser pisoteada por la figura de la virgen y el inquisidor (Clément: 15). Se produce una relación de amo-esclavo, entre el espectador, el seductor, y la mujer seducida, sometida a la fuerza y la mirada del otro.

Esta relación nos hace trasladarnos de nuevo a las vidas de estas mujeres-madres, en las que la relación con lo masculino se encuentra teñida por el maltrato, la humillación y la mirada evaluadora de sus padres o compañeros, pero, también de los jueces, policías, funcionarios judiciales y medios de comunicación. Ellos tienen el poder de valorar o despreciar, apoyar o

abandonar, juzgarlas como mujeres y como madres. El deseo y la idealización hacia los hombres se fusionan con la desesperación, la cólera y el miedo que provocan, al quedar instaladas en un sometimiento insostenible. Los hombres, por su lado, se horrorizan ante la suavidad y el calor erótico de la madre, la sensualidad de la esposa, la sexualidad de sus hijas, quienes les despiertan el deseo con solo su presencia. Al mismo tiempo, se horrorizan ante la hostilidad y la fuerza de las mujeres que los rodean. Sus enojos, crisis, sus cuerpos erotizados, se convierten en lo abyecto para ellos, en algo intolerable, repulsivo, que deben tratar de desaparecer, pero que, a la vez desean, les atrae la mirada y les provoca placer.

Esta relación de seducción, de sujeción entre lo femenino y lo masculino, a pesar de estar presente en ellas, se encuentra quebrada, rajada por la misma ira impotente que ha crecido en sus entrañas y de pronto ha amenazado con desbordarse. La agresión contenida en sus cuerpos, la frustración vivida desde pequeñas se vuelca no solo contra sí mismas, contra sus cuerpos, también lo hace contra los otros, sus parejas, sus hijos. En sus narraciones se escuchan voces de resistencia, de protesta, gritando a veces incluso desde el silencio, contra la violencia y el

sufrimiento. Se escuchan sus reacciones contra la prepotencia, la sumisión impuesta, contra la muerte presente en sus vidas. El sacrificio del hijo se instala como una aguja que surge de esta violencia interior para confirmarles otra muerte insuperable. Hablar del niño muerto, de su sufrimiento, de la violencia padecida por este, pareciera profundamente amenazante. El niño muerto, el niño monstruo revive los fantasmas de lo abyecto, lo odiado y lo deseado, de la vida que fue creada para luego destruirla. Pero también de lo que ellas representan, la mujer-bestia, la mujer-asesina, la madre-loca que se atreve a quebrar el mito sagrado de la maternidad. Aquella que no respeta el ordenamiento moral construido en torno a la feminidad enlazada con lo materno. La mujer-deseo, la que realiza, vomita un deseo legendariamente prohibido y negado, pero que nos habita las entrañas y viene a amenazar a la sociedad en sus cimientos. Esta mujer-deseo aparece como lo opuesto de la madre ideal que es etérea, incorpórea, sublime.

La virgen María se convierte en la imagen mítico-religiosa que sostiene esta visión de la maternidad como algo sagrado, producto de la pureza virginal, de la limpieza de la mujer intocable, de la madre sin cuerpo preñada por el Espíritu Santo, aquella "blanca paloma" incapaz de ensuciar a la madre de Jesús.

Es en esta imagen sagrada donde la mujer queda atrapada en la maternidad, al perder su corporeidad, su sexualidad y su deseo. El mito de la madre virgen en la sociedad occidental, la mujer pura, que no debe gozar, pero que debe reproducir a la sociedad, le asigna a la maternidad el lugar del sacrificio. La mujer debe ser sacrificada para que los hijos nazcan y crezcan. La separación abismal entre la feminidad y la masculinidad se erige en una paila sacrificial. La vida de unos brota por el sacrificio de los otros. Pero los hijos también deben sufrir la violencia de sus padres, para crecer sobre la cadena sacrificial que los inserta en la cultura. El sacrificio se impone como fuerza circular para legitimar la dominación y la violencia y, por lo tanto, el "orden".

La feminidad, erigida como lo excluido, se asocia con lo salvaje, la locura y la infancia, figuras mezcladas a partir de su relación con los orígenes, con lo arcaico, con el deseo que amenaza el ordenamiento cultural.⁴¹ Los diques sociales son contruidos para frenar este deseo por la fusión, por la comunidad, por la solidaridad, aquellos flujos que representan lo vivo, aquello que se mueve y se transforma. Se produce una inversión entre la vida y la muerte, la vida misma se vuelve amenazante,

41. Al respecto, véase Clément (1975).

un peligro que atenta contra el desarrollo implacable del poder. La fuerza de unos se impone sobre aquello excluido del orden social; la destrucción y la persecución sobre lo desviado se legitiman como condición para el mantenimiento de la ley. Esta muerte que se vuelca sobre la transgresión, transforma a esta última en algo monstruoso. Aparece la urgente necesidad de aniquilar todo aquello que ponga en peligro al sistema.

La madre loca que viola el mito sagrado de la maternidad se erige como el monstruo que debe ser castigado o asesinado. El asesinato que ella misma ha cometido se devuelve furiosamente sobre sí misma, para hacerle pagar la culpa. De esta forma, se oculta la violencia sacrificial que se desató sobre estas mujeres desde niñas. La miseria y el sufrimiento instalado en sus cuerpos, la muerte cotidiana que las envuelve desde siempre, es ocultada bajo el velo de la culpabilidad con el que las sacamos de la normalidad. Los hijos sacrificados por estas mujeres son el reflejo especular de sus propias vidas, de sus propios cuerpos sacrificados lentamente. El problema es que el sacrificio de estas mujeres, gracias a una sociedad caracterizada por una profunda desigualdad, instalada a partir de un circuito sacrificial ilimitado, sí es legítimo dentro de esta mística de la muerte que hemos analizado. Pero el asesinato de sus hijos

más bien es un atentado contra la sacrificialidad del sistema; es una transgresión radical de los interdictos morales y religiosos dominantes.

El asesinato de estos niños provoca una intensa furia en la mirada de los otros, el quebrantamiento del orden viene a amenazarnos desde la fuente misma de nuestras vidas: la maternidad. El odio de la madre aterra, pero la muerte que se impone sobre lo materno se legitima a partir del mito de la madre-virgen. Los cuerpos rotos de estos niños nos hablan de la rabia de estas mujeres-madres, de la resistencia frente al dolor y la impotencia. A través del asesinato, ellas vomitan los resultados de las torturas vividas, la escena del infanticidio es una corriente de llantos, lamentos y tormentos que brotan de sus propios cuerpos. Según Cixous (1975), las armas que le quedan a la mujer al ser silenciadas y encerradas en sus cuerpos, son los llantos, los gritos, los venenos, los velos, las redes. Expresiones corporales que manifiestan el sufrimiento y la impotencia de la sumisión. El asesinato viene a convertirse en el extremo trágico de una cotidianidad que atrapa, que encierra entre los velos de la maternidad.

En la mitología griega, Medea envenena a la nueva mujer de su esposo y al padre de ésta, para luego asesinar a sus dos pequeños

hijos con una espada, como venganza por la traición y el abandono del compañero:

"¿Cómo va a resistir su alma salvaje jamás domada y esas entrañas orgullosas tuyas el azote del infortunio? (...) del dolor nace la muerte, nace la tremenda convulsión que derrumba los palacios y las progenes. (...) Me atormenta también el alma tu dolor, oh, madre infeliz que serás matadora de tus hijos para vengarte de la injuria que su padre te hizo para gozar de un nuevo tálamo." (Eurípides, 1989: 52 y 65)

Una mujer no domada y orgullosa, diferente a la imagen maternal y purificada de la mujer-madre. Medea es una mujer que rompe las fronteras, es extranjera, fuerte e independiente, quebranta los límites de la feminidad y la maternidad. Representa, como consecuencia, lo abyecto; se convierte en lo que pervierte la tradición impuesta sobre las relaciones entre los géneros. Su historia simboliza el orgullo y la resistencia presente en las mujeres que se rebelan contra la humillación vivida, a pesar de su propia destrucción.

La traición y el abandono del hombre han implicado para la mujer, a lo largo de la historia de la cultura occidental, una herida narcisista profunda. Si la mujer obtiene la valoración de la mirada del hombre, de su juicio y

aceptación, su abandono es una expresión de repudio hacia la feminidad y la maternidad vividas como experiencias inseparables. De acuerdo con Cixous (*Op. cit.*), lo que abunda para la mujer en la historia, es el abandono, la traición y el maltrato. Históricamente, la reclusión de la mujer en el mundo privado de la familia la ha sometido al peligro permanente del otro que abandona. Los hombres o los hijos salen al mundo público, conocen, se alejan, trabajan, hacen la guerra, se van y puede ser que no vuelvan. El dedicar la vida al cuidado y atención de los otros va generando una dependencia insalvable, una necesidad de sacrificarse por los otros, sin esperar nada a cambio. El cuerpo de la mujer se convierte, por lo tanto, en un cuerpo mudo y dócil para la reproducción de los otros. Sin embargo, el nivel de sujeción no siempre es suficiente para contener la resistencia. La protesta puede brotar sin respetar los límites que la sociedad impone.

A continuación, vamos a narrar la historia de dos casos de mujeres que matan a sus hijos mutilándolos, los cuales nos hablan de la intensidad que puede alcanzar la violencia vivida por estas mujeres. María y Damaris⁴²

42. Estos son dos casos mujeres que no fueron entrevistadas, lo que se cuenta sobre sus historias proviene de los expedientes judiciales y psiquiátricos correspondientes, cambiando los datos necesarios para mantener el anonimato.

son dos mujeres penalizadas por matar a uno de sus hijos durante crisis psicóticas agudas, en las que los delirios y la alucinaciones se fusionaron en un torrente de horror y violencia extrema intolerables.

Damaris, una joven de 24 años, casada y ama de casa, procedente de una zona rural, apenas con primaria incompleta y con dos hijos pequeños, apuñala y luego mutila el cuerpo de su bebé de seis meses, para luego amputarse los dedos de su mano. Se le diagnosticó un trastorno psicótico agudo y un profundo estado depresivo. Padecía de alucinaciones, escuchaba voces que le decían: "tenés que matar a la niña (de dos años), ambos tienen que desaparecer" y una voz de mujer que le decía: "tenés que hacer cosas feas". Además, sentía que alguien le quería hacer daño, que un hombre al lado de su cama le amarraba las manos para sacarle sangre, y que cuando dormía, por traición, una persona le hacía daño al tocarle los ojos. Cuando se refiere a la muerte de su hijo dice: "me sentía sola, aburrida, con cólera... cosa del diablo que me tentó a mí."

Su esposo manifiesta que cuando se casaron le atrajo su carácter apacible, que era una mujer tranquila y nunca se enojaba. Dice que después del primer parto se sentía nerviosa y se volvió agresiva. Durante los

embarazos sufría desmayos, durante los cuales caía al suelo y expulsaba una baba por la boca y mantenía los ojos abiertos. Además, narra como, "días antes", rezaba mucho y se refería al diablo, relata: "un día se enojó y quebró el televisor, parecía que estaba endiablada." Estando embarazada del niño, hizo un intento de suicidio porque unas voces se lo ordenaron, el esposo la tuvo que llevar al hospital.

De niña fue abusada sexualmente en forma continua y maltratada físicamente por su padre, quien las amenazaba a ella y a su madre con matarlas si hablaban sobre el abuso sexual. Al igual que su padre, su esposo era alcohólico, la regañaba a menudo y le pegaba con una faja. Ella misma afirma que nunca ha disfrutado sexualmente. Desde que se casó se sintió "aburrida" de los oficios domésticos –nunca le han gustado– y siempre tuvo miedo de que le hicieran daño.

¿De quién nos habla esta historia? De una mujer loca, *madresposa*, brutalmente agredida desde muy niña, callada, tranquila y que no se enoja, solo a veces, cuando parece que está "endiablada". La mujer de hogar, como muchos dicen, de pronto revienta contra sí misma –su maternidad– y contra el mundo, y es en este momento que nos horrorizamos ante su mirada. Anteriormente era una *madresposa*

obediente y apacible, aburrida como muchas, pero apacible. ¿De dónde viene lo siniestro, del "diablo" que nos tienta desde nuestros horrores internos, de la muerte que se instaura en el cuerpo como fuego de vida? Sus miedos nos hablan de cómo alguien le amarraba las manos para sacarle sangre, o de como le tocaban los ojos para hacerle daño, escenas de tortura, en las que su cuerpo era manipulado por otros sin que ella pudiera defenderse, en las que el goce corporal quedaba reducido al dolor intenso, al miedo y a la humillación. Su rabia, por otro lado, quedó también atrapada en su cuerpo, dirigida hacia sí misma y, por lo tanto, hacia su hijo como *prolongación* de su cuerpo. "Ambos tienen que desaparecer, tenés que hacer cosas feas", ¿qué cosas, a quién hay que hacérselas, cómo? ¿Por qué una mujer apacible, ama de casa, tiene que hacer cosas feas? ¿De dónde vienen estas voces? ¿De sí misma, de su madre que no la protegió del abuso, de su padre apoderándose de su cuerpo de niña, del terror a ser tragada por sus hijos, por su madre, por su padre, por su esposo, del horror a la furia creciéndole en las entrañas? Las respuestas son múltiples, complejas, confusas, ausentes.

Otra mujer, María, 30 años, soltera pero en unión libre, ama de casa, con dos niños pequeños, con estudios secundarios incompletos, le

corta el cuello a la niña en medio de una crisis psicótica. Su compañero –padre de la niña– no se encontraba; sin embargo, ella lo mira a través de un espejo y se ve discutiendo acaloradamente con él, éste le dice que le va a quitar los niños y que nunca va a ser feliz. Ante lo cual ella desea matar a los dos niños, para luego matarse ella, para evitar que él "los siguiera molestando, sin embargo, solo mata la niña y, en este momento, le dice: "princesa duerma, duerma."

La relación con su segunda pareja había sido muy conflictiva, con frecuencia discutían y él la maltrataba físicamente. Dice que su vida siempre fue vacía, sin ilusiones y que lo único que tenía eran sus hijos. Usaba drogas legales compulsivamente, para evitar el dolor de cabeza y para dormir, estas la ponían en "onda" y le quitaban el miedo. Antes del incidente, escuchaba voces que le decían "usted no puede vivir sin él," un hombre que le decía "es mejor si no están vivos, donde no los molesten, ni les peguen," y "que no hiciera nada en la casa, que descansara", veía gente que se le acercaba y querían cogerla, sobre todo hombres que abusaban de ella y no podía defenderse. En su infancia se sintió siempre rechazada por sus padres, era buena estudiante, pero tenía "mal comportamiento" y era rebelde. Recuerda sobre los conflictos

entre su madre y su padre por la infidelidad de este.

Posterior a la muerte de su hija se muestra profundamente deprimida, siente que le hace mucha falta su hija, llora constantemente, se siente vacía, que no vale la pena vivir, que no le importa, ni le interesa nada, y dice: "creo que una persona que hace eso no merece vivir." Tiene ideas de suicidio y de expiación de la culpa, aunque oye la voz de su hija que le dice que la perdona.

De nuevo, una mujer loca, mujer de hogar, pero rebelde, sin ilusiones, sin un proyecto de vida propio. Atrapada en la dependencia de un hombre que la mantenía "adecuadamente", pero que la agredía en forma constante y la abandonaba a menudo porque viajaba mucho. Se había sentido rechazada desde niña y se sentía profundamente sola, vivir le daba miedo, perder sus hijos le provocaba terror, prefirió matarlos para que no se los quitaran. Pero, también, la niña pudo haber sido en ese momento su compañero, ella misma u otros fantasmas de su pasado. En este caso, parece que el ciclo de violencia cotidiana, el horror de lo siniestro en la cotidianidad, culmina en un acto sangriento, vivido como una fusión en el amor. Se produce un abrazo, un encuentro encarnado en el goce, en el goce mortal de los flujos. En la sangre,

entre su madre y su padre por la infidelidad de este.

Posterior a la muerte de su hija se muestra profundamente deprimida, siente que le hace mucha falta su hija, llora constantemente, se siente vacía, que no vale la pena vivir, que no le importa, ni le interesa nada, y dice: "creo que una persona que hace eso no merece vivir." Tiene ideas de suicidio y de expiación de la culpa, aunque oye la voz de su hija que le dice que la perdona.

De nuevo, una mujer loca, mujer de hogar, pero rebelde, sin ilusiones, sin un proyecto de vida propio. Atrapada en la dependencia de un hombre que la mantenía "adecuadamente", pero que la agredía en forma constante y la abandonaba a menudo porque viajaba mucho. Se había sentido rechazada desde niña y se sentía profundamente sola, vivir le daba miedo, perder sus hijos le provocaba terror, prefirió matarlos para que no se los quitaran. Pero, también, la niña pudo haber sido en ese momento su compañero, ella misma u otros fantasmas de su pasado. En este caso, parece que el ciclo de violencia cotidiana, el horror de lo siniestro en la cotidianidad, culmina en un acto sangriento, vivido como una fusión en el amor. Se produce un abrazo, un encuentro encarnado en el goce, en el goce mortal de los flujos. En la sangre,

el amor y el odio se unen en una sola corriente. Aparece el goce en la fusión con la muerte, en la destrucción del otro: "princesa duerma, duerma".

El maltrato, el abuso y el abandono son nombres comunes entrelazados entre los hilos que tejen la feminidad en nuestra sociedad. La fusión con la muerte, de sí mismas o de sus hijos, el salvarlos, protegerlos, amarlos, derretirse con ellos en la muerte, aparece como salida ante el horror que habitaba sus vidas. Al mismo tiempo, se mataron simbólicamente, destruyendo su maternidad, su fruto, para luego hundirse en una depresión profunda, en el odio contra sí mismas, contra sus vidas, contra sus madres.

Para Cixous (1975) el crimen es masculino y el pecado femenino; sin embargo, estas mujeres matan, al igual que Medea.⁴³ Su furia se desborda más allá de los límites establecidos, de lo permitido socialmente. Sí, estas mujeres matan, pero lo hacen como pecadoras. Terminan reventando, al transgredir violentamente las fronteras de la feminidad reclusa en los muros de la maternidad.

Los asesinatos, masacres o genocidios producto de la guerra y la dominación política son legitimados desde épocas muy lejanas.

43. Según Lagarde (1990): "Es evidente que existen diferencias genéricas en torno al delito, consistentes en que las

Los maltratos y la tortura dentro de la organización intrafamiliar son igualmente justificados por la necesidad de "educar" a los niños y "guiar" a las mujeres. Parece que hay una continuidad desde la violencia estructural en la sociedad global hasta la violencia cotidiana desarrollada en el mundo privado de la familia. Desde el lugar del poder, la violencia se impone como normalidad imperante, como condición necesaria para la preservación de la sociedad. Por el contrario, desde el lugar del sometimiento, la violencia aparece como transgresión, como amenaza para el ordenamiento social. En estas situaciones, la muerte que fluye también destruye la vida, pero lo que procura es protestar contra la

mujeres delinquen significativamente menos que los hombres, y aunque comparten delitos las mujeres destacan en algunos de ellos. Su modo de vida doméstico, privado, sus funciones y sus relaciones vitales dadoras y nutricias, y el conjunto de compulsiones que las obligan a ser "buenas" y obedientes hacen infrecuente la delincuencia. La servidumbre voluntaria las hace desarrollar niveles elevados de tolerancia a la opresión, así como obediencia a las normas positivas y al poder, la dependencia vital las sujeta y la feminidad dominante contiene su agresión y la limita a manifestaciones no consideradas delictivas.

En cambio, la vida pública de los hombres, sus relaciones de competencia en el mundo clasista del trabajo valorado y del dinero, aunado a su carácter social de proveedores de los otros, y a su necesidad de acumular, de poseer y de apropiación, los acerca al ámbito del delito. La masculinidad exige de ellos la agresividad, la fuerza y la violencia, y conforma un contexto que favorece la realización de lo que en esta cultura se considera delito" (pp. 623-624).

propia destrucción. El asesinato del otro en estos casos, es una trampa que también destruye al propio sujeto, al aniquilar la propia subjetividad a través de la muerte del otro. Al respecto, afirma Hinkelammert (1993):

"El asesinato es un suicidio... Siempre el asesinato ha sido visto como una relación doble. La víctima es el asesinado, pero el asesinato transforma también al victimario. Lo deshumaniza. Que no haya asesinato salva a las víctimas. Sin embargo, en una segunda instancia, salva también al victimario de aquella autodestrucción implicada en su transformación en asesino." (pág. 10)

Estas mujeres al explotar en el acto del asesinato liberan la furia y la frustración encadenada durante años, pero, al mismo tiempo, se destruyen a sí mismas en el cuerpo de sus propios niños. Como madres, pero también como mujeres, se agreden intensamente al sacrificar a sus hijos. La agresión al hijo previa a la muerte, es ya una expresión de la impotencia y el dolor vivido en la maternidad y en la relación de pareja, es un signo de la desesperación que las asfixia como mujeres carenciales. Sin embargo, las opciones, los escapes, las alternativas se les cierran hasta quedar atrapadas en el odio hacia aquellos más vulnerables. La diferenciación frente a

las demandas de estos se va borrando hasta confundirse con ellas mismas. Al agredir a sus hijos, se agreden a sí mismas, destruyen su propia creación materna, aquello que les ha dado sentido a sus vidas, una parte fundamental de su identidad como mujeres.

Los velos imaginarios de la cotidianidad

Desde el lugar de exclusión como mujeres pertenecientes a los sectores más empobrecidos de la sociedad costarricense, no se les hace evidente en sus imágenes de mundo o en la vida cotidiana misma, las condiciones de producción y reproducción de la vida en que se han socializado. La vivencia de exclusión, discriminación o explotación social se les presenta como natural, como una realidad suprahistórica de la que no se pueden escapar. De acuerdo con Gallardo (1992), el dolor social como sentimiento de carencialidad, como una ausencia de plenitud, se asume desde la impotencia frente a fuerzas superiores que controlan sus vidas más allá de la voluntad. Podríamos hablar de una inevitable *inserción inercial*,⁴⁴ en la cual la

44. Gallardo define la inserción inercial como las prácticas sociales o individuales que tienden a la reproducción del orden social establecido. Propone que "estas prácticas pueden ser más o menos conscientes e incluyen la aceptación sin crítica de la identidad social, la cotidianidad,

*imagería ideológica*⁴⁵ predomina sobre las posibilidades de comprender críticamente las condiciones histórico-sociales, en las que se despliega una realidad de dominación que tiende a la destrucción y autodestrucción de la vida misma. El optar o decidir sobre sus vidas les ha sido negado, parece ser que no se pertenecen a sí mismas, la vida ocurre por encima de sus propios deseos y voluntad.

En los discursos de estas mujeres se manifiesta un desgarramiento entre los ideales morales que sostienen y la vida concreta en la que han habitado. A pesar de poder sentir el dolor social pegado en sus pieles, bajo diversas formas de carencialidad, viven estas experiencias como naturales o, incluso, como un castigo divino ante sus actitudes transgresoras frente al

las instituciones y las estructuras sociales, los productos simbólicos, etc., que son percibidos/valorados como naturales, en su doble sentido de necesarios y sin alternativa. Un varón o una mujer que no percibe la discriminación sexista existente en las sociedades actuales y que, consecuentemente la niega mediante su existencia "normal" diaria, posee una inserción inercial respecto de la discriminación/violencia patriarcal y funciona en el sentido de su reproducción" (*Op. cit.*, pág. 29).

45. Gallardo define la imagería ideológica o la ideología como una forma de conciencia que: "no se pone en condiciones de dar cuenta de su propia producción como conocimiento. Llamo ideología, por consiguiente a un tipo de "conocimiento" representativo que no está en condiciones histórico-sociales de dar cuenta de su producción en tanto que conocimiento. Como ignora las condiciones histórico-sociales bajo las cuales se produce como conciencia, la imagería ideológica inventa (autogenera imaginariamente) estas condiciones" (*Op. cit.*, pp. 28-29).

rol tradicional femenino. Dios aparece como una figura supra-histórica con un poder sobrenatural, superior, que las juzga y sanciona por sus pecados o debilidades. Igualmente, la mirada del otro, predominantemente masculino, es vivida como la mirada de una autoridad que evalúa y juzga sus comportamientos o, incluso, sus pensamientos más íntimos.

En las conversaciones que tuvimos con estas mujeres, se siente este temor al juicio del otro y esta necesidad de presentarse como mujeres que de alguna manera responden a las imágenes ideales de la feminidad en una sociedad patriarcal. Esta sociedad queda oculta bajo un velo de legitimidad de las relaciones de dominación entre los géneros, así como, de las formas de explotación entre las clases sociales. Se siente la precariedad, la humillación, el sufrimiento intenso y la desesperación como un destino inamovible. La realidad estructural que determina estas condiciones de exclusión, la tensión entre el individuo y la sociedad como totalidad, queda silenciada, negada por un discurso que no conoce su propia historia. Ellas no se perciben a sí mismas como parte de una realidad socio-histórica global, como insertas en la sociedad costarricense a fines del siglo XX. Más bien, asumen su vida como un destino, un azar o un castigo ante lo cual no tienen poder de influencia.

Por más que intentan pertenecer al mundo, cumplir con el destino asignado, la realidad las expulsa hacia el espacio de la transgresión: tanto socialmente, como en el mundo interno, dónde igualmente quebrantaron la regla de no realizar el deseo inconsciente. La imagen de sí mismas se quiebra en los reflejos de lo abominable, la madre asesina que destruye, devora no solo a su hijo, sino también a la maternidad misma. En palabras de Lagarde (1990), se podría afirmar que:

"El filicidio es un hecho complejo de la mujer: es el hecho real y simbólico mediante el cual se realiza una ruptura extrema de la mujer –en particular de algunas mujeres–, con el eje positivo de su condición genérica, de su ser madre, como vínculo dador, nutriente y vital. Así, el atentado político más grave que puede cometer una mujer en su particular y genérica situación de madre, es el filicidio, que es a la vez un suicidio: es el cercenamiento en acto, de su esencial ser maternal" (pág. 638).

La maternidad queda fijada en una imagen diabólica, de maldad y animalidad, en la que la mujer pierde sus rasgos humanos. La maternidad queda despojada de su condición genérica y, por lo tanto, se vuelve aterradora. El infanticidio, por parte de la madre, viene a cuestionar el espacio sagrado del amor materno en

el que la agresividad de la mujer y, de las madres en particular, queda oculta bajo una imagen distorsionada y parcializante. Es esta agresividad materna, la cual, al hacerse evidente colectivamente, provoca un horror y una rabia incontenible en la mirada del otro.

Así como los otros miran a estas mujeres transgresoras como mujeres-monstruo, como lo abyecto, ellas mismas se viven de esta forma y sienten la urgencia de reconstruir la imagen de sí mismas. Necesitan poder verse como humanas, como mujeres decentes y normales, como pertenecientes al adentro y no a ese afuera terrorífico. A pesar del delito –lo acepten o no– todas tratan de rescatarse como madres, como mujeres capaces de cumplir con las funciones maternas, no solo con los hijos, sino en todas las relaciones cotidianas. Surge la urgencia de ocultar su propia agresividad y frustración. La historia de sus cuerpos queda silenciada por una sociedad que les niega el derecho a la protesta, a la resistencia frente a un poder destructivo. Al mismo tiempo, su realidad es una denuncia, no del fracaso de la maternidad en estas mujeres, sino de las múltiples formas de exclusión en nuestras sociedades; aquellas que destruyen la vida en nombre de la moral y el orden, o en otras palabras, del mercado y el éxito.

La multiplicidad de lo corpóreo

Estas mujeres-madres –al igual que las otras mujeres– no responden a la imagen mítica de la Virgen María, como tampoco a la imagen idealizada de la *madresposa* abnegada, ordenada, sumisa, que vive felizmente su encierro en la domesticidad, al lado de sus "hermosos hijos" y su "adorable esposo". Son mujeres reales, fracturadas en la posibilidad de integrar lo femenino y lo masculino, la reflexión y la acción, la necesidad de dependencia frente al otro y la posibilidad para el desarrollo de la autonomía. Mujeres con rostros diversos, diferentes a los rostros de las madres "vírgenes y puras", que no existen, pero que representan un ideal tanto para las mujeres mismas, como para los hombres. La homogeneidad del imaginario social sobre lo femenino y lo masculino es una mito trágico, que está desgarrado de la realidad de las mujeres y los hombres concretos, diversos, múltiples.

La homogeneidad de lo humano que la racionalidad absoluta del mercado total pretende imponer en la cotidianidad, constituye una forma de destrucción sistemática de la pluralidad. Esta violencia del sistema y de los seres humanos que lo componen, queda oculta bajo su propia negación y legitimación; sin embargo, al ser desplazada hacia los

otros, como persecución de lo extranjero, expresa su propia destructividad como éxito, como triunfo. Es este "éxito" de la modernidad y el progreso, el que estas mujeres, por medio del asesinato de sus hijos, vienen a denunciar. Las voces de estos niños y de estas mujeres nos hablan de la muerte que habita la cotidianidad, del miedo presente en la familia y del odio que las fue amurallando en su lugar de *madresposas*, en la privacidad del mundo doméstico. Mujeres amas de casa, excluidas de formas diversas, atrapadas entre los muros de un destino que se considera no solo normal, sino necesario para la supervivencia de la sociedad. Reducción de la feminidad a la maternidad, de la mujer en madre, conversión del amor en sacrificio, del cuerpo en impureza, todos estos traslados, desplazamientos, llevan a que la muerte se instaure prematuramente en los comienzos de nuestras propias vidas.

La homogeneidad buscada actualmente por medio de la globalización del mercado, la exclusión diversa de grupos y colectividades y la escisión del mundo cotidiano en polos opuestos, a través de *roles* endurecidos, de máscaras y trajes detrás de los cuales debemos ocultarnos, constituyen condiciones que destruyen la vida, que siembran una muerte siniestra en la familiaridad de la vida cotidiana.

La heterogeneidad, la vida para todos dentro de la diversidad, dentro de los rasgos particulares y universales de los diferentes actores sociales, sin exclusiones, constituye una visión utópica de un futuro alternativo frente a la destrucción de la humanidad y la naturaleza prevaleciente.

Se nos plantea como urgente de construir el concepto de necesidades tal y como ha sido utilizado en la modernidad, desde conceptos como desarrollo y progreso humano. En los cuales, necesidades, se refiere exclusivamente a las condiciones materiales o físicas necesarias para la supervivencia humana. Aquí, retomaremos el concepto de *necesidades corpóreas* que desarrolla Hinkelammert (1981). El habla de la vida real, corporal y material y del derecho universal de todos los seres humanos a tener una vida plena en comunidad. Nosotros creemos que es necesario ampliar este concepto a las necesidades materiales y espirituales, biológicas y simbólicas, que conforman el cuerpo humano. Hacer explícito que la vida no se reduce a la subsistencia física; como el mismo autor afirma, el comer es ya un acto ritual, igual que el vestido y la vivienda. Las necesidades están conformadas por los componentes materiales, así como por aspectos rituales y simbólicos que las determinan desde condiciones socioculturales

particulares. Aceptar la separación entre el espíritu y el cuerpo o entre la masculinidad y la feminidad como opuestos absolutos, constituye una legitimación de la dominación entre iguales, provocándose una inversión entre la vida y la muerte. Es alabar el circuito sacrificial que se ha perpetuado históricamente en la sociedad occidental.

La vida corpórea se refiere a la satisfacción de las necesidades fundamentales para poder seguir viviendo, como son la comida, la vivienda, la salud, la educación y el trabajo, que ya en sí mismas son experiencias intersubjetivas de convivencia social. Pero, también, se refiere a otras necesidades humanas, como el encuentro solidario, la comunicación intersubjetiva, y la *articulación plural* entre diversos grupos humanos o sectores sociales.⁴⁶ El respeto hacia la diversidad y la autonomía de estos actores sociales, desde sus propias identidades y particularidades concretas, es una condición fundamental de la

46. Para Gallardo (1992) "la articulación plural del actor político popular (movimiento popular) solo es posible en cuanto sus sectores y segmentos logran concretar espacios de encuentro y diálogo que serán políticamente fructíferos si en ellos domina su propia (apropiada) conceptualización histórica. 'Políticamente fructífero' designa aquí un doble movimiento: hacia la constitución de una identidad independiente, liberadora, se trata de una permanente interlocución con el sí mismo histórico para cada sector o segmento popular, y hacia la articulación horizontal productiva con otros sectores sociales populares" (pág. 41).

vida misma. Igualmente, la sensualidad, el goce corporal, la creatividad, la imaginación liberadora y el acceso al conocimiento crítico de la realidad, son necesidades vitales de todos los seres humanos. Sin embargo, nada de esto es posible, sino aprendemos a expresar y tolerar la agresividad propia y de los otros. La frustración y la carencia son condiciones humanas inevitables; por lo tanto, la ira, la angustia y el miedo que estas producen son parte de la vida misma. Ha sido su negación, lo que ha permitido desplazar la hostilidad y el horror que llevamos dentro, sobre los otros, sobre aquellos vividos como extraños.

Adentrarnos en nuestros propios temores, nuestras pérdidas y nuestros deseos insatisfechos, en nuestra propia ira acumulada y en la muerte que nos habita cotidianamente, puede facilitarnos el encuentro con la vida en sus propias contradicciones, en esa ambivalencia insondable que la caracteriza. Asimismo, tratar de salirnos de los roles endurecidos de la feminidad y la masculinidad y de las múltiples separaciones bipolares que nos rodean, parece ser una necesidad urgente para poder enfrentarnos de una forma diferente con nuestro mundo interior y con aquellos con los que convivimos en la cotidianidad.

Reflexiones finales:

Lo siniestro que habita nuestros sueños

¿Desde dónde hablan estas mujeres, quién habla en ellas, qué saben de la vida y de la muerte que las habita, cómo conocen el mundo que las parió? Son preguntas que nos hacemos al acercarnos a los textos vivos que produjimos juntas en nuestros encuentros. Mujeres estas, ausentes del engranaje de poder en el que son ubicadas al asesinar a uno de sus hijos. Vidas entrecortadas por el silencio que el dolor infame les ha impuesto en las entrañas de sus cuerpos. Pareciera que sus voces salen desde un hueco profundo, en el que lo funesto se introduce en la cotidianidad como un cáncer, como un tumor que hay que extirpar para salvarnos de esta sombra fatal que nos cubre sin poder palparla. Acercarse a mujeres marcadas por el sacrificio mortal de sus propios hijos, expresión de una indecible violación del mito del amor maternal, de la maternidad sagrada que nos cubre como un manto siniestro a hombres y mujeres, constituye una aproximación cautelosa al límite

trágico de una cadena de sacrificios que se ejecutan cotidianamente en el mundo privado de la familia.

Traspasar el velo curtido que cubre los espacios interiores donde se despliegan las vivencias familiares, puede desencadenar visiones de escenas macabras que procuramos evitar ante el horror repulsivo que nos generan. El odio, el rencor e incluso el asco que nuestra propia madre pueda sentir hacia nosotros mismos, pueden ser vivencias humanas profundamente intolerables. Sentimientos estos que nos amenazan con el aniquilamiento psíquico, la destrucción de nuestro cuerpo, la muerte, el abandono, la soledad y el silencio. Igualmente, el odio y el resentimiento hacia nuestra propia madre, la vergüenza sentida por la repugnancia que nos puede haber provocado su cuerpo, la culpa por haber sentido deseos de matarla, de destruirla, se convierten en experiencias repulsivas que deseamos rechazar y negar para protegernos del peligro que invocan. Solo la posibilidad de integrar estas experiencias de hostilidad y el placer vivido con nuestra madre, el deseo de fusión con su cuerpo, el goce intenso de sus caricias, del reconocimiento mutuo, de los encuentros posibles, de la confianza y seguridad compartidas, nos puede permitir tolerar la amenaza de la furia y el miedo, del

horror de lo innombrable. Igualmente el deseo de unión con la madre, con la liquidez oceánica de su cuerpo, con la amenaza de disolución de nosotros mismos, solo puede ser tolerado si está integrado con el odio y el deseo de separación necesarios en el camino de hacernos individuos.

Compartiendo con estas mujeres, con sus vidas selladas por inefables repudios que se han ido desplegando desde el momento inicial de la gestación en los cuerpos de sus propias madres, se pueden escuchar las voces femeninas de infinitas generaciones. Historias encadenadas por intensos dolores que se van encarnando en las pieles endurecidas de mujeres-madres encerradas entre las paredes de sus propias moradas de barro. ¿Por qué hablar de lo ciego, de lo roto, por qué dar voz a lo que no se dice? ¿Por qué escribir sobre la derrota, sobre lo demolido, sobre la muerte tocándonos la espalda, sobre el horror mojando nuestros cuerpos? ¿Es la escritura una tarea siempre afirmativa? ¿O es que el escribir es un modo de decir no, de recrear el mundo, de crear aquella vida ausente? ¿Cómo se compagina la escritura con la destrucción que nada respeta, ni nada propone? ¿Cómo escribir sobre las ruinas de lo edificado en la cotidianidad de la vida? ¿Cómo compaginar un texto con lágrimas?

El cómo se ama, el cómo se vivencia la pasión desde la condición femenina en nuestra sociedad, el terror al abandono, el amor y la locura y la locura en el amor de las mujeres, el necesitar sentirse o haberse sentido amadas para amar a los hijos, son condiciones, preguntas que han brotado de los textos de estas mujeres. Experiencias entrelazadas con el horror que el odio de la madre hacia sus hijos invoca, con el horror que el sacrificio del hijo en las manos de su propia madre nos incita. ¿Cómo amar bajo el permanente signo del abandono? ¿Por qué se permite cualquier destrucción, la de sí misma, la de sus hijos, la de su cuerpo, con tal de que el otro no abandone? Son preguntas que fueron tomando fuerza en esta investigación.

Experiencias tempranas de maltratos corporales, humillaciones intangibles, sometimiento paralizante, constituyen parte de la cotidianidad de estas mujeres. La pobreza, la ausencia de estudio más allá de la primaria o ni siquiera el acceso a esta, el trabajo precoz en la calle, el silenciamiento de sus protestas, fueron condiciones que dejaron huellas en sus vidas. La agresión física, los insultos y los gritos aparecieron como el modo de resolver los conflictos y el odio que iban surgiendo en las experiencias de la vida cotidiana. Frente a las parejas, la contención de la rabia y la frustración

era urgente, incuestionable. Mantener el vínculo se convertía en condición para la vida, para darle continuidad a su existencia como mujeres. La posible ruptura o abandono era vivida catastróficamente.

En medio de estos equilibrios precarios, los hijos vienen a constituirse en *prolongaciones* de sí mismas y de sus parejas o, más bien, de la fusión que se establece entre ambos. La idealización y la identificación proyectiva con los compañeros se pretende fortalecer teniendo hijos. Se espera que estos pueden llegar a satisfacer la valoración narcisista tan deseada y tan amenazada y, a la vez, la necesidad de completud que se ha visto seriamente dañada. Además, vienen a llenar los espacios de idealización de sus propias madres, como defensa frente al odio y el rencor sentido hacia estas. Pero también constituyen representantes de aquello profundamente aterrador, de lo más odiado y temido. Como seres frágiles y totalmente vulnerables, los hijos pueden convertirse en los depositarios de la rabia y el horror que estas mujeres llevan internalizados, de aquello que amenaza con la destrucción y la fusión, vivencias encarnadas en la relación con sus madres. Como madres, ellas mismas también se identifican como hijas con sus propias madres y reviven la ambivalencia abismal sentida en estos vínculos.

La maternidad se cuela en sus vidas como una experiencia desgarradora: por un lado, se idealiza como la forma de realización personal fundamental. El mito del amor maternal viene a cubrir las heridas que como mujeres han sufrido. Por otro lado, viene a movilizar los miedos, la ira y el dolor vividos como niñas vulnerables, desprotegidas y humilladas. Condiciones que no permitieron integrar las representaciones psíquicas placenteras y dolorosas. La escisión se convierte en la defensa primordial para protegerse de las amenazas pulsionales caóticas que peligran con desbordarse. Los hijos, su llanto, sus gritos, su enfermedad, sus heces, sus demandas, pueden llegar a movilizar una angustia aterradora que permite desbocar la furia contenida tenuemente en la piel de estas mujeres. La muerte de los niños se produce bajo el grito de protesta desesperado, contra un mundo que les ha venido cerrando la existencia hasta un límite intolerable. ¿Cómo contener este horror llevado dentro, cuando encerradas entre las paredes del hogar, como amas de casa, la soledad, el aislamiento del mundo, la pobreza, la impotencia y la humillación se entrelazan con el grito desesperado de un niño que pide lo que ellas nunca tuvieron? ¿Cómo entender este mundo siniestro que se gesta en el espacio privado de las familias y que hace posible el

paso de la violencia doméstica al asesinato de un hijo?

El asesinato del hijo propio tiene un antecedente en los malos tratos; muchas de estas agresiones podrían categorizarse como homicidios frustrados. El que un golpe cause o no la muerte puede ser que se deba a circunstancias aleatorias, depende de muchas condiciones casuales: el lugar del cuerpo donde caen los golpes, la resistencia psicofísica del niño y la regularidad o el tipo de agresión, entre otros aspectos. Hechos semejantes, escenas severas de violencia, pueden desencadenar diversos resultados. Esto se oculta mediante el horror sentido frente al infanticidio, silenciando, al mismo tiempo, la violencia cotidiana desencadenada dentro de las familias, como si este hecho monstruoso no estuviera engarzado dentro de las experiencias más familiares. La amenaza que estas mujeres representan para nuestra normalidad imperante, está asociada con aquellas manifestaciones profundas de rechazo y repulsión que sentimos hacia los deseos más prohibidos de ira y de muerte dirigidos hacia nuestros seres queridos. Deseos incomprensibles, enterrados en nuestros sueños más privados, nuestras creaciones, nuestros síntomas y nuestras mutilaciones corporales.

Estas experiencias invadieron nuestros encuentros con ellas de una espesa niebla de dolor impetuoso. La impotencia ante el dolor de estas mujeres, así como la rabia y la tristeza frente a situaciones en las que la ignominia se impone cotidianamente, fueron tiñendo la investigación de un velo de amargura que hacía pesada la tarea de reflexión colectiva e individual. Ha sido necesario llevar a cabo un arduo proceso de autorreflexión sobre las experiencias afectivas que se nos han movilizad, en este intento de conocer algo sobre las fronteras entre la maternidad y la muerte. Que la vida y la muerte se encuentren al borde una de la otra, que baste un beso o un abrazo entre ambas para palparse, provoca una angustia insólita, difícil de abordar intelectualmente. Que el sacrificio del hijo como extremo infausto de la sacrificialidad cotidiana, vivida en el ámbito familiar, se encuentre tan cerca de nuestros deseos y terrores más profundos, constituye una amenaza para nuestra interioridad psíquica. Descubrir que la frontera entre lo siniestro y lo familiar es tan difusa, se convierte en un peligro para la integridad de los límites morales y normativos sobre los que hemos sido socializados.

Al mismo tiempo, descubrir esta cercanía, poder internarse en lo funesto presente en la vida cotidiana, puede ser una forma de desmantelar las mistificaciones petrificadas que

encierran los *roles* sociales y sexuales en los que nos vemos atrapados desde que nacemos. Develar los tejidos entre la ira intensa y el amor, entre la vida y la muerte, entre el placer y el dolor, puede permitir un acercamiento más transparente con la realidad de la violencia y las relaciones de poder entre los géneros presentes en la familia. Puede ser un sendero hacia la posibilidad de rechazar los extremos en los que generalmente nos ubicamos, los abismos que cubren nuestra vida cotidiana, pero que procuramos silenciar, olvidar, distorsionar, para creer que la soportamos. Rechazar los *roles*, las verdades últimas, acercarnos a lo silenciado, lo excluido, lo incomprensible, se nos presenta como una tarea necesaria para encontrar la posibilidad del goce, de la sensualidad, de la ternura, de la vida oculta en las relaciones de dominación que nos asfixian.

Epílogo

BROTES INMOLADOS

Nos miramos desde el frágil silencio de la nada
como errantes ánimas de la muerte
encarnadas en las oscuras siluetas de la ausencia.
Siento sus rostros derramándose en el mío
como hermanas palpándose desde el abismo
nocturnal de la ignominia,
permitiendo descubrir la intangible mueca
que nos cubre con sus mantos hilvanados
en los tejidos milenarios
de un insaciable hado de pasiones.

Me encontré con cuerpos levantados
entre secretas injurias de horrores tornasolados,
que se van amasando entre los agujeros
sembrados sobre los tenues bordes epidérmicos.
Mujeres de acuáticas raíces he escuchado,
deslizándose sigilosas entre las sombras
de sus lechos de cántaros quebrados.
Como furor incendiado llueve el cobre
sobre las costas de sus vientres impregnados
por las primitivas Erinias de un infame destino.

Esta es una insondable historia
de mujeres-madres que se incrustan
en la muda memoria de mi piel ceniza.
Con las lágrimas de sus verdes ilusiones
nos van hablando desde el amargo mutismo

que les cubre el alma, de acuosos sabores marinos
en los que habitaron desde sus comienzos.
Soñando intangibles uniones con durezas azules
en las que fusionarse más allá
de su febril feminidad enceguecida,
buscando en los solitarios avernos
de un tiempo doméstico de soledades mortales,
las he visto sumergirse con sus máscaras de papel
en impetuosas avalanchas,
arrastrando rojizas cascadas
de espacios sacrificiales.

Estas mujeres-niñas, augurios
de prohibidos lenguajes acallados,
se levantan en el límite trágico
de una temporal estabilidad desbordante.
Una sombra se impone radiante en las colinas
de este olimpo terrenal en el que habitamos.
Bajo la égida de un intocable
circuito sacrificial se va derramando
silencioso, sobre la piel purificada
de tantas almas edificadas,
un intangible canto sórdido
que las moja con su inmensa complicidad perpetua.

Oigo brotes inmolados desde el sagrado cuerno
de un ahogado grito de impotencia,
emanando entre las piernas paralizadas
de esta fábula indecible.
No se les quiere escuchar
para no palpar la hiriente llaga,
quemándonos la misma boca
con que pronunciamos la indignación
que luego nos cubrió
con torrentes de sangre bermellón
brotando por los poros.

Imposible no sentir el llanto
escurrirse entre mis brazos,
cuando en esta cavernosa escena
se va moldeando una macabra gestualidad
en el espejo. Amargo grito delirante
reflejado en sus suaves mejillas
de infante brumoso,
provocando un inmortal desgarramiento
inconmovible, en las limitrofes caricias
de la muerte.

Fúnebre estremecimiento de escuálidas
intenciones inunda aquellas pieles
amasadas por siniestros clamores
de voces uterinas. Espasmos corpóreos
de la impenetrable falta imaginaria
infestan sus fronteras
de cuerpos no tendidos a la sombra.
Sensibles impurezas se mezclan cautelosas
en los miedos asesinos, extraviados
en la infatigable maraña del desprecio.
Escucho a estas mujeres habitando
en el vértigo de lo ambiguo,
en el tejido inaprensible
de un territorio expulsado de sus vientres,
como flujos torrenciales de carencias
inundando los límites informes de la tierra.

Roxana Hidalgo

Bibliografía

BENJAMIN, Jessica. *The Bonds of Love*. Boston: Random House, 1988.

CAAMAÑO, Carmen y Constanza RANGEL. *Maternidad, Feminidad y Muerte. La mirada de los "otros" frente a la mujer acusada de infanticidio*. San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica (en prensa)

CARDINALE, Marie. *Les mots pour le dire*. Paris: Grasset y Fasquelle, 1975.

COLAIZZI, Giulia. *Feminismo y teoría del discurso*. Madrid: Cátedra, 1990.

CLEMENT, Catherine. "The guilty one". En: Cixous, Hélène y Catherine Clement. *The Newly Born Woman*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1988 (1975).

CIXOUS, Hélène. "Sorties: Out and Out: Attacks/Ways Out/Forays". En: Cixous, Hélène y Catherine Clement. *The Newly Born Woman*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1988 (1975).

- CHACÓN, Laura y otros. *Soy una mujer de ambiente. Análisis sobre prostitución femenina y SIDA*. San José: Instituto de Investigaciones Sociales. Editorial Universidad de Costa Rica, 1993.
- CHACÓN, Laura. "La mujer prostituta: cuerpo de suciedad, fermento de muerte". San José: *Revista de Ciencias Sociales* 58, 1992.
- DE BEAUVOIR, Simone. *Le deuxième sexe*. París: Gallimard, 1986 (1949).
- DE SIMONE, Alexandra; Saavedra, Paulina. *Lactancia y experiencia de maternidad. Estudio casuístico en madres de la consulta del Centro de Salud de Curridabat*. Tesis para optar al grado de Licenciatura en Psicología. Universidad de Costa Rica, 1992.
- DEVEREUX, George. *De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento*. México: Siglo XXI, 1983 (1967).
- DIO BLEICHMAR, Emilce. *El feminismo espontáneo de la histeria: estudio de los trastornos narcisistas del género*. México: Fontamara, 1989 (1985).
- DREYFUS, Hubert L. y Paul Rabinow. Michel Foucault: Más allá del estructuralismo y la hermeneutica. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1988 (1979).

- ERICKSON, Erick. *Childhood and Society*. New York: Norton, 1950.
- EURÍPIDES. Medea. En: *Las diecinueve tragedias*. México: Porrúa, 1989.
- FLANDRIN, Jean Louis. *La moral sexual en Occidente*. Barcelona: Juan Granica, 1984.
- FOULCAULT, Michel. *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta, 1980.
- FREUD, Sigmund. "Introducción al Narcisismo". En: *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortú, 1914.
- _____ "Metapsicología". En: *Obras Completas*. 1915.
- _____ "El malestar en la cultura". En: *Obras Completas*. 1930 (1929).
- GALLARDO, Helio. "Radicalidad de la teoría y sujeto popular en América latina". San José: Pasos, Número Especial 3, DEI, 1992.
- _____ *500 años: Fenomenología del mestizo. Violencia y resistencia*. San José: DEI, 1993.
- GIBRAN, Jalil. *El loco*. México: Orion, 1972.
- HERRA, Rafael Ángel. *Lo monstruoso y lo bello*. San José: Universidad de Costa Rica, 1988.
- HIDALGO, Roxana. "La feminidad, la subjetividad y el poder en América Latina". San José: *Reflexiones* 5, 1992.

HINKELAMMERT, Franz. *Las armas ideológicas de la muerte*. San José: DEI, 1981.

_____ *Sacrificios Humanos y sociedad occidental: Lucifer y la Bestia*. San José: DEI, 1991.

_____ "La lógica de expulsión del mercado capitalista mundial y el proyecto de liberación". San José: *Pasos*, Número Especial 3, DEI, 1992.

_____ "El cautiverio de la utopía: las utopías conservadoras del capitalismo actual, el neoliberalismo y la dialéctica de las alternativas". San José: *Pasos*, 50, DEI, 1993.

HORNSTEIN, Luis y otros. *Cuerpo, historia, interpretación*. Piera Aulagnier: *de lo originario al proyecto identificador*. Buenos Aires: Paidós, 1991.

IRIGARAY, Luce. *The Sex which is not One*. New York: Cornell University Press, 1984 (1977).

KING, Vera. *Die Urszene der Psychoanalyse. Adoleszenz und Geschlechterspannung im Fall Dora*. Stuttgart: Internat. Psychoanalyse, 1995.

KRISTEVA, Julia. *About Chinese Woman*. New York: Marion Boyars, 1986 (1974).

-
- _____ *Los poderes de la perversión. Ensayo sobre Louis-Ferdinand Céline.* México: Siglo XXI, 1989 (1980).
-
- _____ "Womens Time". En: Warhol Robyn y Diane Price Herndl. *Feminism and Anthology of Literary Theory and Criticism.* New York: Rutgers State University, 1991.
- KUNDERA, Milán. *Le valse aux Adieux.* Paris: Gallimard, 1986.
- LACAN, Jacques. *Le Seminaire livre XX. Encore.* París, 1975.
- LAGARDE, Marcela. *Cautiverios de las mujeres: Madresposas, Monjas, Putas, Presas y Locas.* México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1990.
- LEVI-STRAUSS, Claude. *Totemism.* Boston: Beacon Press, 1963.
- LEMOINE LUCCIONI, Eugenie. *La partición de las mujeres.* Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- LORENZER, Alfred. *Bases para una teoría de la socialización.* Buenos Aires: Amorrortu, 1973 (1972).
-
- _____ *Metateoría del Psicoanálisis.* Traducción de Henning Jensen. San José: Conferencias dictadas en Costa Rica, 1986.
- MOI, Toril. *Teoría literaria feminista.* Madrid: Cátedra, 1988.

NOIR, Lind. *Las muchas voces de las madres en las novelas de Tony Morrison*. Ponencia presentada en el V Congreso Internacional e Interdisciplinario de la mujer. San José, Costa Rica. Febrero, 1993.

PERROT, Michelle y Anne Martin-Fougier, "The Actors". En: Aries Phillipe y George Duby. *A History of Private Life. From the Fires of Revolution to the Great War*. Massachusetts: Harvard University Press, 1987.

PINKOLA, Clarissa. *Women who run with the wolves. Myths and stories of the wild woman archetype*. New York: Ballantine, 1993.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. *Diccionario de la Lengua Española*. Madrid: Espasa-Calpe, 1992.

REICHE, Reimut. *Geschlechterspannung. Eine psychoanalytische Untersuchung*. Frankfurt am Main: Fischer, 1990.

ROHDE-DACHSER, Christa. *Expedition in den dunklen Kontinent. Weiblichkeit im Diskurs der Psychoanalyse*. Berlin-Heidelberg: Springer, 1991.

SCHNEIDERMAN, Stuart. *Pasa un ángel o cómo se perdió la diferencia entre los sexos*. Buenos Aires: Manantial, 1992.

TAYLOR, Mark. *Altarity*. Chicago: University of Chicago Press, 1987.

- THEWELEIT, Klaus. *Male Fantasies*. Bd. 1-2. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1987 (1977).
- TODOROV, Tzvetan. *La conquista de América. El problema del otro*. México: Siglo XXI, 1989 (1982).
- VEYNE, Paul. "The Roman Empire". In: Aries Phillipe y George Duby. *A History of Private Life. From Pagan Rome to Byzantium*. Massachusetts: Harvard University Press, 1987.
- VUOLA, Elina. "La Virgen María como ideal femenino, su crítica feminista y nuevas interpretaciones". San José: *Pasos* 45, DEI, 1993.
- WARHOL, Robyn y Price Herndl, Diane. *Feminism and Anthology of Literary Theory and Criticism*. New York: Rutgers State University, 1991.
- WINNICOTT, D.W. *Juego y Realidad*. Barcelona: Gedisa, 1979 (1971).

Revisión filológica:
Maritza Mena C.

Corrección de pruebas:
Euclides Hernández P.

Diseño:
Ana Isabel Sáenz T.

Diagramación:
Alvaro Gómez Ulloa

Diseño de portada:
Wálter Rojas

Control de calidad:
Ana Isabel Sáenz T.

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de agosto del 2001
en los talleres gráficos de
EDITORAMA, S.A.
Tel.: (506) 255-0202
San José, Costa Rica



CUANDO LA FEMINIDAD SE TRASTOCA EN EL ESPEJO DE LA MATERNIDAD

Este trabajo es un acercamiento a situaciones familiares donde la violencia doméstica atrapa a la mujer en una situación autodestructiva y destructiva en la que las fronteras entre la feminidad y la maternidad se disuelven hasta volverse irreconocibles. Una mujer que mata a su propio hijo se ubica en un lugar límite de transgresión social donde la ambivalencia entre el amor y el odio, entre la ternura y la agresión se mezclan de forma trágica. El infanticidio realizado por la propia madre se convierte entonces en una reacción extrema, producto de las profundas heridas psíquicas vividas por la mujer en una cotidianidad desgarrada por la violencia. Esta investigación se realizó con base en entrevistas a mujeres penalizadas por infanticidio que se encontraban internas en el Centro Penitenciario "El Buen Pastor". Sin pretender abarcar la compleja realidad psíquica y social en la que la violencia doméstica se entrelaza con el infanticidio, buscamos más bien un primer acercamiento a la experiencia de sufrimiento y destrucción extrema que ha teñido la vida tanto de los niños que murieron, como de sus propias madres.

